

DANIELA ARNOLD



EN LAS TINIEBLAS DEL BOSQUE

UN FIN DE SEMANA
EN PLENO BOSQUE
LA TRAMPA PERFECTA

UN THRILLER PSICOLÓGICO

DANIELA ARNOLD

EN LAS
TINIEBLAS
DEL BOSQUE

DANIELA ARNOLD

EN LAS
TINIEBLAS
DEL BOSQUE

UN FIN DE SEMANA
EN PLENO BOSQUE
LA TRAMPA PERFECTA

UN THRILLER PSICOLÓGICO

© 2025 Daniela Arnold

86179 Augsburg, Almenrauschstr. 6a

www.daniela-arnold.com

Diseño de portada: Kristin Pang

Collage con temas de Shutterstock.com:

1777646930 (Niño) JACEK SKROK, 2250580785 (Cielo) Bernulius.

stock.adobe.com: 594897990 (Casa en bosque) ArtStage, 283042369 (Sombra en ventana) Katja, 334202798 (Estructura en Typo) Romain TALON

Revisión: Inca Vogt, Eva Trillo

Corrección: Ilka Bredemeier, Eva Trillo

Traductora: Eva Trillo Caramés

Composición tipográfica/Diseño interior: Inca Vogt

Motivos sacados de Depositphoto:

(Casa en bosque) 521394588, (Mono de palitos cómic) 227673740, (Cuervo) 577329614

La obra y todos sus contenidos están protegidos por derechos de autor. Se reservan todos los derechos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción total y parcial (impresión, fotocopia o cualquier otro procedimiento), así como el almacenaje, el procesamiento, la reproducción y la distribución mediante sistemas electrónicos de cualquier tipo sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora. Se reservan todos los derechos de traducción.

A pesar de una revisión y corrección exhaustivas, pudo haberse pasado por alto algún error. Es por ello por lo que la autora agradece cualquier sugerencia al respecto. Queda excluida toda responsabilidad y se reservan todos los derechos.

Se excluye cualquier responsabilidad, todos los derechos reservados. Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas es mera coincidencia y no ha sido intencionada.

CONTENTS

[Sobre La Autora](#)

[Sobre El Libro](#)

[Prologue](#)

1. [Fehmarn](#)
2. [Usedom](#)
3. [De Camino A Ückeritz](#)
4. [La Casa En El Bosque](#)
5. [La Casa En El Bosque](#)
6. [La Casa En El Bosque](#)
7. [La Casa En El Bosque](#)
8. [La Casa En El Bosque](#)
9. [La Casa En El Bosque](#)
10. [La Casa En El Bosque](#)
11. [La Casa En El Bosque](#)
12. [Ahlbeck](#)
13. [Visita A La Playa](#)
14. [La Casa En El Bosque](#)
15. [La Casa En El Bosque](#)
16. [La Casa En El Bosque](#)
17. [La Casa En El Bosque](#)
18. [La Casa En El Bosque](#)
19. [La Casa En El Bosque](#)
20. [La Casa En El Bosque](#)
21. [La Casa En El Bosque](#)
22. [La Casa En El Bosque](#)
23. [La Casa En El Bosque](#)

[Epilogue](#)

[Acknowledgments](#)

SOBRE LA AUTORA

La escritora de *thrillers* Daniela Arnold nació en 1974 y vive con su familia en la hermosa región de Baviera. Daniela Arnold estudió periodismo y trabajó durante mucho tiempo como escritora *free lance* para numerosas revistas de prestigio.

Es la autora de *Lügenkind* y *Scherbenbrut*, dos números 1 en las listas *Kindle* y *Bild*.

Con su *thriller* *El silencio de los pecadores* llegó a ser finalista en los *Kindle Storyteller Award* de 2020.

En las tinieblas del bosque es el *thriller* número 48 de esta autora de superventas.



SOBRE EL LIBRO

**Una bonita invitación
para pasar un fin de semana en la naturaleza,
en pleno bosque.
¡La trampa perfecta!**

La coronación de las vacaciones familiares...
Un fin de semana con los amigos nuevos en una isla preciosa en el
norte de Alemania. Pero la reunión de amigos, aunque jovial al
principio, dará un giro chocante.

El ambiente se viene abajo cuando uno de los niños suelta una
acusación increíble.
De repente todo gira en torno a la pregunta más básica de todas:

¿Quién de ellos saldrá vivo de la isla?

Para mi vieja amiga del colegio: C.

Sé que no lees mis libros porque detestas los thrillers. Demasiada violencia, demasiada oscuridad, demasiado miedo.

Pero también sé que de algún modo te has enterado de esto... Y quiero que sepas lo feliz que me hace que, después de tantos años, no nos hayamos alejado.

Muchos cientos de kilómetros que nos separan, dos vidas cargadas de obligaciones.

Y aun así...

Ahí sigue ese NOSOTRAS, que, a lo largo de todos estos años, ha desafiado esta conexión tan especial que ya nos unía antaño. No hemos cambiado... Las dos loquitas de siempre, unidas contra viento y marea.

¡POR NOSOTRAS!

PROLOGUE

Notaba los párpados pesados, todo a su alrededor se había vuelto borroso, la cabeza amenazaba con caérsele sobre el pupitre pequeño que compartía con su compañera de mesa. La libró de quedarse dormida el golpe en las costillas que esta le asestó.

—Te ha preguntado algo —le susurró Anja, a la que todos llamaban Frettchen.

Carraspeó, se irguió asustada.

—No estabas atenta. ¡Como siempre!

—Perdón —murmulló y avergonzada bajó la mirada.

—Esta vez no cuela, señorita —fue la réplica de Frauke Hellmann, profesora en prácticas y su tutora para este curso—. Quiero hablar contigo al terminar las clases. Y hazte a la idea de que hoy vas a quedarte más tiempo del habitual.

Indignada miró a la profesora.

—¡Eso no va a poder ser! Mi madre se preocupa si vuelvo tarde a casa.

—Pues vete pensando en cómo explicarle tu tardanza. Estoy segura de que se te ocurrirá algo. —Le dedicó un gesto serio más y volvió a dirigirse al resto de la clase—. Y ahora espero que haya alguien que me dé la respuesta que la señorita Schmidt me ha quedado debiendo. ¿Algún voluntario?

Ute Lassen, la chapona de clase, alzó la mano.

Frauke Hellmann asintió con la cabeza.

Ute se incorporó de un salto, abrió la boca para responder, cuando un estruendo ahogó el resto de los sonidos. Procedía de fuera. Algunas de las alumnas chillaron con el susto, otras se sobresaltaron, otras se taparon los oídos con las manos.

—¿Qué leches ha sido eso? —gritó Oli, el matón de clase.

—Parecían disparos —opinó su colega Eddy.

Más gritos desde fuera, mientras, en el aula estalló el caos. Los alumnos se levantaron asustados para ir a apretujarse junto a la puerta. Frauke Hellmann se les anticipó, bloqueó la misma con los brazos extendidos.

—Vamos a quedarnos todos aquí —gritó para imponerse a la bulla reinante. Le tembló la voz y resultaba más que evidente que estaba muy asustada—. Hacedme el favor de volver a ocupar vuestros asientos. Voy a cerrar la puerta con llave —dijo y corrió hacia su mesa, sin perder de vista la puerta para que ninguno de sus alumnos saliera. Cogió el manojito de llaves del cajón, regresó con él a la puerta de clase. Con manos temblorosas introdujo la llave, cerró con doble vuelta y respiró aliviada.

Tras echarles una ojeada a los niños, que regresaban a sus sitios y se atrincheraban tras sus pupitres volcados, sacó el móvil y llamó a emergencias.

—Me llamo Hellmann —soltó cuando descolgaron. Cerró los ojos por una milésima de segundos—. Soy profesora en el colegio de secundaria de Ahlbeck. Necesitamos ayuda urgentemente. Alguien ha irrumpido en el edificio y está disparando un arma de fuego. Tienen que venir lo antes posible.

Anja, que imitando a los demás se había acucillado detrás del pupitre, le hizo una seña.

—¿En serio? ¿Es un simulacro o algo por el estilo?

Pero el miedo que reflejaba Frauke Hellmann con su móvil en la mano, dejó bien claro que no se trataba de ningún simulacro. Su profesora parecía estar perdida y no saber qué hacer.

—Usted también tiene que esconderse —le gritó una alumna, pero Hellmann no reaccionó, estaba en *shock*.

Cuando alguien accionó el picaporte desde fuera, fue como si el vacío de la habitación se expandiera.

—¡Y una mierda! —soltó otra alumna—. ¡Esto no es ningún simulacro! ¡Esto es jodidamente serio!

Anja, su compañera de mesa, cogió aire como un pez, llevada por el pánico le hizo un gesto a Fabienne, que estaba acurrucada tras la silla situada en diagonal frente a ella. De tanto miedo que tenía parecía estar a punto de vomitar.

Otro estruendo. Esta vez no fue ningún tiro.

Más bien parecía que alguien estaba dándole una patada fuerte a la puerta. Y otra y otra...

La madera del marco acabó cediendo y dejó a la vista a una persona vestida con ropa de camuflaje militar que se abría camino a través de la puerta reventada. Llevaba además un pasamontañas por lo que no se le veía el rostro.

Se acurrucó aún más bajo el pupitre volcado, vio a Anja sollozar y barajó la idea de si taparle la boca. No hizo nada, tan solo se tapó la suya para evitar que se escapara ningún sonido.

Una de las chicas lanzó un grito cuando el tipo aquel avanzó entre las filas recto hacia la profesora, que seguía plantada allí de pie, tiesa como un palo.

Se detuvo delante de ella, el esternón se movió de manera violenta bajo la ropa de camuflaje, como si estuviera cogiendo mucho aire. Luego el silencio del aula se vio desgarrado por un estallido fuerte.

Unos cuantos alumnos empezaron a chillar desesperados, al ver a Frauke Hellmann desplomarse y quedar inmóvil en el suelo.

Oli, que siempre tenía que soltar un comentario de los suyos, estaba temblando tanto o más que Fabienne.

El enmascarado le dio un empujón con el pie a Frauke Hellmann, gruñó satisfecho.

Luego volvió a ponerse en marcha, miró detrás de todos los pupitres, hasta descubrir a Adrian y detenerse ante él.

Ella no tenía mucho trato con aquel chico. Solo sabía que era el portero del equipo del colegio. Un ligón que supuestamente cambiaba de novia cada semana.

Otro estruendo.

El grito de la compañera de pupitre de Adrian dio paso a unos gemidos trastornados.

Pero no cayó ningún disparo más.

Gracias a Dios, pensó para sus adentros. Luego miró a Anja, le cogió las manos temblorosas entre las suyas, cerró los ojos.

Nunca había sido muy creyente, pero en estos momentos rezó una oración muda. Necesitaban toda la ayuda posible...

Los pasos del hombre se acercaron.

Al ver las puntas de sus zapatos junto a ella, pensó que iba a vomitar.

Se despidió mentalmente de sus padres, de su hermano, de su mejor amiga, que hoy, por suerte, aquejada de gripe había tenido que quedar en casa.

El tipo aquel dio un paso más hasta quedar justo a su altura.

—Por favor —soltó, alzó la mano para protegerse—. Por favor. ¡Si no le hemos hecho nada!

El hombre le lanzó una mirada penetrante a través de la rendija del pasamontañas y tuvo la sensación de conocer aquellos ojos.

De conocerlos bien.

Cuando el hombre levantó la mano y se quitó aquella cosa de lana, un grito rasgó el silencio aterrador que se había extendido por el aula.

Tardó en entender que había sido ella quien había gritado. Se quedó mirando al hombre... quien en realidad no era más que un chico. Seguía sosteniendo el arma en su mano derecha, aunque no apuntándolas a Anja y a ella, sino apuntando al suelo.

—No entiendo —farfulló ahogada—. ¿Qué significa...? ¿Por qué has...? —Se interrumpió, ocultó la cara tras las manos, lloró desconsoladamente, sin ningún tipo de reparos.

Al notar que le tocaban el dorso de la mano, bajó los brazos, miró fijamente al chico. Se había acucillado delante de ella y sonreía triste.

Había visto tantas veces aquellos ojos, conocía cada rasgo de su cara, habría podido pintarla de memoria.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó con voz ahogada.

Él suspiró.

—Creo que ya sabes por qué —gruñó.

—Papá va a odiarte por esto —soltó—. Puede incluso que te mate.

Su hermano negó con la cabeza.

—Papá no va a volver a atacarme ni a darme ni una sola paliza más. Mamá no va a tener que seguir aguantando todo ni tener que seguir siendo testigo de cómo ese malnacido me humilla.

Quedaron mirándose a los ojos durante unos segundos, cuando de repente comprendió lo que implicaba aquello.

—¿Están...? ¿Los has...?

Su hermano esbozó una sonrisa, asintió.

—Les he pegado un tiro a todos aquellos que tienen la culpa de lo que le pasó a Sascha. A cada uno de ellos que me machacó por eso. A todos excepto a los dos gilipollas que por culpa de un resfriado no han sacado el culo de la cama. —Suspiró, sopesó indeciso el arma, se encogió de hombros—. Da igual —dijo, le sonrió—. Supongo que la pasma no tardará en llegar, así que será mejor que acabe con esto.

—Por favor —balbuceó ella—. No me hagas daño.

Él se encogió al oír aquellas palabras, hizo una mueca.

—Jamás te tocaría un pelo —le susurró—. Te quiero, ya lo sabes. Tú eres la única que siempre ha estado de mi lado y me ha apoyado.

Él bajó la cabeza, inspiró hondo.

Al volver a mirarla, tenía los ojos anegados en lágrimas.

Se oyeron a lo lejos las sirenas de la policía que acudía a toda prisa.

—Deja el arma —dijo con firmeza, miró a Thomas—. Entrégate, por favor, y todo saldrá bien.

Su hermano frunció el ceño, la miró como si estuviera tratando con una niña pequeña.

—He matado a ocho personas, hermanita. Nada va a volver a estar bien.

Se levantó, cogió aire, colocó el arma bajo la barbilla.

La miró una última vez más.

—Se me olvidaba. La foto —dijo apurado—. No he podido averiguar quién la hizo y la colgó. Ocupate de eso.

Quiso incorporarse de golpe, arrancarle el arma de la mano, pero los músculos ya no le respondían.

Otro estruendo más hizo retemblar el aula. A continuación, su hermano se desplomó, la mirada vacía dirigida hacia ella, como para asegurarse de que no solo hubiera oído sus últimas palabras, sino de que también hubiera entendido su significado.

UNO

FEHMARN

MILLA

—¿Cómo vas?

Milla se giró de golpe, miró a Joe.

—¿A qué te refieres?

Él señaló sonriente las maletas.

—¿Has conseguido meterlo todo?

Ella hizo una mueca.

—Parece que me he vuelto a pasar comprando cosas.

—A mí aún me queda hueco en la maleta por si quieres que te guarde algo...

Ella lo miró, se acercó a él, le besó la punta de la nariz.

—¿Seguro que no quieres cambiar de opinión? A los niños les gusta esto. Les encantaría quedarse un par de días más.

Joe frunció el ceño.

—Ya se lo he confirmado a Theo. Sería muy feo echarse atrás ahora. Seguro que su mujer ya ha comprado avituallamiento para todos, para que no nos falte de nada. Y conociendo a Theo, ya habrá elaborado un plan minucioso para todo el fin de semana. —Le sonrió—. ¿Qué es lo que te preocupa realmente?

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Venga, cariño, que nos conocemos. Hay algo que te preocupa. Ella se encogió de hombros, evitó su mirada.

—Ya sabes que no me siento a gusto con desconocidos y necesito mi tiempo para abrirme a los demás. Y ahora va y me veo obligada a pasar un fin de semana entero con esa gente.

—Theo es un tío genial, Milla. Confía en mí. Y seguro que su esposa también es un encanto.

—¿Cómo lo sabes? No la conoces, no la has visto nunca. Y en lo que se refiere a tu colega, ese tal Theo, a él tampoco lo conoces realmente.

—Eso no es del todo cierto.

Ella negó con la cabeza y lo miró.

—Tú y tus amigos de internet. ¿Cuánto tiempo lleváis chateando? ¿Un par de años, de meses? ¿Cuántas veces habéis quedado en persona? ¿Una vez?

—Dos.

—Sabes a lo que me refiero...

—¿En serio crees que vamos a meternos con nuestros hijos en la casa de un loco que luego va a perseguirnos con una motosierra?

Milla se lo quedó mirando, luego soltó una risita tonta.

—Eres idiota, ¿lo sabes?

—Solo quiero que no te preocupes, ¿vale? Es maravilloso conocer a gente nueva. Y más cuando de ahí puede surgir una bonita amistad, como la que tengo con Theo. ¿No sería maravilloso que tú te llevaras igual de bien con su mujer?

Ella lo miró con la duda reflejada en el rostro, acabó asintiendo.

—Puede que tengas razón.

—La tengo, ya verás. Y los niños también van a pasárselo en grande, prometido. La propiedad de Theo se encuentra cerca de la playa de Ückeritz. Incluso tienen un lago pequeño. Lenny podría, por fin, aprender a pescar – si quiere, claro.

—No quiere —fue la respuesta que salió como un disparo.

Milla se giró, vio a su hijo, se rio al verle los morros de fastidio que había puesto.

—Sabéis que esas cosas resbaladizas me dan asco. Además, no quiero tener que darle a ningún ser vivo un castañazo en la cabeza,

eso lo tengo muy claro. ¡Eso es de salvajes!

—Y con esto, tema zanjado —comentó Milla las palabras de su hijo de nueve años, sonrió y le mesó el pelo rubio que había heredado del padre.

—Pero no hay quien te saque del agua, al igual que a tu hermana mayor. Josie y tú podéis ir a daros un baño, hacer una cabaña en el bosque, todo eso que les gusta hacer a los niños.

Lennyladeó la cabeza, se quedó mirando a su padre.

—¿Hay por lo menos conexión a internet? ¡Me voy a volver loco si no puedo usar internet!

Joe alzó las manos al cielo teatralmente y fingiendo impotencia exclamó:

—Pero ¿qué hecho mal? Mi mujer es una paranoica y mi hijo un *friki*, casado con su ordenador.

—¡Papá! —contraatacó Lenny—. Yo no estoy enganchado como Josie. Pero quiero chatear con mis amigos, ¿vale? Además, estoy en medio de una partida. Si paso dos días sin conectarme, van a adelantarme todos los demás.

Joe le dirigió una mirada significativa a Milla.

—Ya —dijo esta sonriendo—. Es culpa mía que nuestro hijo esté mutando. Es que, ¿cómo pudo haberseme ocurrido regalarle un portátil por Navidad?

Joe sonrió, pero Milla sabía que Joe se tomaba aquello muy en serio. Si por él fuera, Lenny no hubiera tenido ordenador ni acceso a internet hasta los doce. Pero dado que todos sus amigos ya contaban con todo tipo de tecnología, había tenido que claudicar. Y así habían acabado teniendo un hijo de nueve años que llevaba el portátil incluso al baño. La situación con la hija no era mucho mejor. El móvil parecía habersele incrustado en la mano. Josie llevaba el cacharro a todas partes, dependía del *pling* que indicaba que le había entrado un mensaje de WhatsApp.

—Creo que no vais a tener que preocuparos por eso —le explicó Joe a su hijo—. El trabajo de Theo tiene algo que ver con internet. Tiene unas cuantas tiendas y necesita acceso constante a la entrada de pedidos, lo que significa que internet no debería ser un problema.

—En ese caso —fue todo lo que dijo Lenny. Lo que equivalía a un «entonces vale». Volvió a retirarse a la salita del apartamento vacacional para transmitirle la buena nueva a su hermana.

Milla se rio cuando Joe la cogió de la mano y la hizo dar una vuelta como para animarla a bailar con él. Luego la abrazó, la miró muy serio.

—Me cuesta entenderte —le susurró al oído—. Has nacido en la isla más bonita de Alemania y, sin embargo, te niegas con uñas y dientes a volver a pisar tu tierra natal. ¿Por qué insistes siempre en venir solo a Fehmarn o a Sylt? ¿Qué te molesta tanto de Usedom?

Ella lo miró, hizo una mueca.

—Si tienes razón. Usedom es precioso, pero yo prefiero Fehmarn, me gusta más. Además, a ti también te gusta Sylt. Es más, adoras esta isla.

—Sí, pero eso no quita que me interese el sitio del que procedes. Llevamos más de trece años juntos y sigo sin hacerme una idea de cómo es el lugar en el que te criaste.

—Allí no hay nada especial. Ahlbeck es un centro turístico, Joe. A partir de finales de mayo aquello está plagado de gente. Yo ya lo odiaba de pequeña... toda esa gente que bloqueaba con sus coches la única carretera de acceso que une todos los pueblos. No había día en el verano en el que no hubiera atascos. —Se calló, se encogió de hombros—. Por eso me gusta tanto Fehmarn: es un lugar mucho más tranquilo, de contemplación. Aquí se puede desconectar de verdad.

Joe sonrió.

—¿No será que Usedom alberga un antiguo amor con el que no quieres cruzarte?

Milla se rio.

—Me conoces demasiado bien. —De golpe se puso seria—. La última vez que estuve en la isla fue hace quince años cuando falleció mi padre. Era un isleño en cuerpo y alma. Adoraba esa tierra, quiso que lo enterraran allí. Pero mi madre es como yo, mejor dicho, me parezco mucho a ella. Cuando murió Papá, recogió sus bártulos y se mudó a Múnich conmigo. Por eso ya no tengo motivos para querer visitar la isla, ¿entiendes? Mi padre ha muerto, mi madre vive en

Baviera, ¿por qué iba a querer pasar las vacaciones allí si hay sitios mucho mejores?

—¿No te quedan amigos en Usedom a los que te gustaría volver a ver después de tantos años?

Milla dio un pequeño respingo interiormente, porque ese era un tema delicado. Negó con la cabeza, en un gesto demasiado vehemente.

—Para decir la verdad, no.

—¿Y la tumba de tu padre? Al entierro fuiste, pero no volviste nunca más.

—Ya sabes lo que opino al respecto. La tumba solo contiene las cenizas de mi padre, no quién era él, no su esencia. Cuando quiero estar cerca de mi padre, pienso en él y ya. Y eso puedo hacerlo en cualquier sitio. También aquí.

Joe ladeó la cabeza, buscó su mirada.

—Vale, lo he pillado, no te gusta la isla, pero ¿podrías al menos tratar de disfrutar un poco estos próximos días? Hazlo por mí.

Ella se calló. Suspiró y trató de dorarse la píldora. Al fin y al cabo, no era más que un maldito fin de semana. Setenta y dos horas, puede que alguna más. Y Joe llevaba razón en cuanto a lo de la gente. Seguro que eran muy amables. Pero ¿y la isla en sí? Aquel lugar en el que... Desechó los recuerdos sombríos. Podía fingir ser una turista más siguiendo la corriente, contemplar el pasado desde la perspectiva de la distancia.

—Qué más da —soltó—. ¡Tan mal no saldrá!

DOS USEDOM

SUSI

—¿Y si lo cancelamos todo? —soltó Susi echándole un vistazo a Theo.

—¿Y dejar escapar una oportunidad única? Estamos muy cerca. Si no lo hacemos ahora, no habrá mejor ocasión para quedar.

—No sé yo. ¿Y si no es como te lo imaginas?

—¿Johannes? —Theo echó una carcajada—. Es completamente inofensivo, créeme.

—Solo os habéis visto dos veces, Theo. Y siempre en compañía. No sabes nada acerca de ese hombre. En un chat se pueden decir muchas cosas. Pero lo que más me molesta es que aparezcan a la primera de cambio en la isla. ¿No podríais quedar unas cuantas veces más antes? ¿En terreno neutral?

—Te juro que no es un tío peligroso. Al contrario, cariño. Joe es todo un caballero. Amable, servicial, siempre pendiente de la reacción que provoca en los demás. Es incapaz de hacerle daño a una mosca.

—¡Los abogados no son gente amable! Más bien son unos codiciosos que retuercen la ley para beneficio propio.

—Joe no es de esos abogados. Trabaja como asesor legal para empresas enormes, ¿sabes?

Susi asintió con la cabeza, miró a Theo.

—¿Y ella? ¿Tu colega ha mencionado qué tal es ella?

—He sacado cierta información de las conversaciones que hemos mantenido. También es abogada, pero funcionaria. Creo que os vais a llevar bien.

—Pero ¿y los niños...?

—¿Qué les pasa a los niños?

Susi se giró hacia el columpio en el que estaba sentado Noah mirando al vacío.

—Ya he hablado un par de veces con él. Está al tanto y va a comportarse.

—Es que no me fío del todo de nuestro hijo.

Le guiñó un ojo a su mujer, sonrió.

Ella se relajó un poco, miró a Theo.

—¿Qué planes tienes exactamente para el sábado?

—Joe y yo vamos a ir de pesca, obviamente, y para la cena prepararemos lo que habremos pescado. Vosotras pasaréis el día con los niños. Charláis, vais de compras, a la playa – ya verás cómo va a ser un fin de semana maravilloso. Todo va a salir bien, tal como lo hemos acordado.

—¿Y qué pasa si Noah pierde los estribos? —Alzó los hombros, miró a Theo—. A veces tengo la sensación de no ser capaz de llegar hasta él. No como tú.

—No lo va a hacer —respondió él—. Hemos hablado con él, le hemos dicho lo importante que es este fin de semana para nosotros. Ha prometido controlarse.

—Noah tiene siete años. A esa edad los niños ya son en por sí impredecibles. Pero él... —Volvió a mirar en su dirección, suspiró—. Si empieza a soltar alguna de esas locuras suyas, si le da un ataque de llanto o si se autolesiona como el otro día, ¿cómo voy a quedar yo?

Theo la atrajo hacia él, la abrazó.

—Como una madre que ama a su hijo a pesar de las adversidades.

Permanecieron así abrazados un rato, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Luego Theo la apartó, le puso el dedo índice bajo la barbilla, le alzó la cara para que tuviera que mirarle a los ojos aunque no quisiera.

—Esto todo ha sido idea tuya, lo sabes, ¿verdad? Me propusiste invitar a mi colega de internet para que nuestras familias pudieran pasar juntas un fin de semana inolvidable.

—Ya lo sé —admitió ella de manera más brusca de la intencionada. No pudo evitar enfurecerse por habérselo recordado.

—Pero decir algo y planearlo mentalmente es muy distinto a vivirlo de verdad. Estoy preocupada, eso es todo.

—¿Preocupada por qué?

—Qué gracioso. ¿Te has parado a pensar qué pasará, si todo lo que pueda salir mal, sale mal? ¿Qué pasa si no nos soportamos o si no conseguimos congeniar? El fin de semana que nos estamos imaginando parte de la premisa de que confiamos los unos en los otros y nos entendemos.

Theo negó con la cabeza.

—Le estás dando demasiadas vueltas, cari. Deja que fluya. Ya se verá lo que pasa. Y en cuanto a Noah... —Se interrumpió, dio unos golpecitos al cristal de la ventana de la cocina para llamar la atención de su hijo.

El pequeño miró al instante en su dirección. Theo le invitó con un gesto de la mano a entrar en casa. Y efectivamente, Noah vino corriendo hacia la casa.

Pocos minutos después, Noah los estaba mirando expectante.

—¿Qué pasa?

Ella se acuclilló delante de él, respiró hondo.

—¿Recuerdas lo que Papi y yo te hemos dicho acerca del próximo fin de semana? ¿Que vamos a tener visita y que tendrás que intentar, bueno, ser normal?

Susi notó una mano en el hombro, alzó los ojos hacia Theo, que la miró con ceño hosco.

—Lo que quiere decir tu madre es que nos gustaría que te esforzaras de verdad. Sé un niño bueno. Nada más, ¿vale? ¿Crees que podrás hacerlo?

Noah asintió con la cabeza, pero no parecía muy contento.

Más bien daba la impresión de que daría lo que fuera para que ese fin de semana se terminara cuanto antes.

Al menos en cuanto a eso, parecían estar de acuerdo y haber un consenso tácito.

Ella le acarició el pelo, aunque sin sentir nada. Al contrario que Theo, que parecía florecer con su papel de padre.

Susi acarició la mejilla de Noah y le clavó una mirada penetrante.

—Solo quiero lo mejor para ti, mi tesorito... Al fin y al cabo, soy tu madre, Noah. ¡No lo olvides!

TRES

DE CAMINO A ÜCKERITZ

MILLA

—¿Falta mucho? —protestó Lenny desde el asiento de atrás.

También Josie, su hermana, no parecía muy contenta.

—Ahora podríamos estar tumbados en la playa o nadando —secundó las quejas de su hermano—. Pero no, en vez de eso, llevamos horas metidos en este montón de chatarra y lo único que podemos hacer es mirar por la ventanilla. Y solo porque a Papá se le ha antojado ir a visitar sí o sí a ese colega raro suyo de la pesca.

Joe le lanzó una mirada estresada por el retrovisor.

—Para el carro, señorita. ¿Cuántas veces he tenido que haceros de taxista a tus amigas y a ti llevándoos a no sé qué conciertos de la historia universal y luego teniendo que volver a recogeros? ¿Me has oído protestar alguna vez? ¡Yo no me he oído! ¡Y tú tampoco! Así que no debe de ser el viaje en coche lo que tanto te molesta.

Josie gimió, provocando con ello una sonrisa de satisfacción en Joe.

—Además, estamos cerca de Nienhagen. Allí vamos a parar, a tomar un descanso y a ir a dar un paseo por el Bosque de los fantasmas. ¿Habéis oído hablar de él?

—¿En serio tiene fantasmas? —preguntó Lenny con interés sincero.

—Es muy posible —contestó Joe risueño—. Pero bueno, el nombre le viene sobre todo porque tiene árboles con formas realmente espeluznantes. Vais a flipar, os lo prometo.

—¿Y después? ¿Cuánto nos quedará hasta llegar a Ückeritz?

—Desde Nienhagen queda poco —explicó Joe—. Y más teniendo en cuenta que vamos a parar también en Salzhaff para comer en un restaurante muy cuco que hay allí.

—Vale —dijo Josie—. Al menos algo guay en un día estúpido como este.

—¿No podrías echarme un cable? ¡Di algo tú también! —le espetó Joe a Milla, la cual, acurrucada en el asiento, se enteraba de la conversación familiar como a través de una cortina de niebla. Giró la cabeza hacia su marido y le sonrió con algo de malicia.

—Por esto vas a tener que pasar tú solito —respondió adormilada—. Pero Bosque de los fantasmas y restaurante suena prometedor. Incluso para nuestra prole quejica.

—¡Esto mola un montón! —exclamó Lenny entusiasmado cuando apenas una hora más tarde estaban en un acantilado de unos quince metros de profundidad observando la bahía. Desde allí se podían ver y admirar en todo su esplendor los árboles nudosos, desnudos y cubiertos de musgo, con sus ramas retorcidas alrededor de los troncos como si fueran dedos demasiado largos.

Incluso Josie accedió a emitir un comentario de entusiasmo:

—¡Es un poco como *El proyecto de la bruja de Blair*!

Milla se giró hacia ella.

—¿Cómo lo sabes? Esa es una peli de terror no apta para menores de dieciséis.

—¿En serio, Mamá? —dijo Josie irritada—. ¡Qué aguafiestas eres! Es una peli completamente inofensiva. No pasa gran cosa.

—Solo que acaban todos muertos —intervino Joe y le dirigió a su hija una mirada de seriedad fingida—. ¿Se puede saber dónde demonios miras esas cosas?

—En casa de Lisa —respondió Josie—. Tiene una tele en la habitación con acceso a Netflix. Ya hemos visto esa y también otras pelis de terror.

—¿Y de qué va? —quiso saber Lenny.

—Un grupo de realizadores jóvenes van a un bosque para investigar y rodar una peli acerca de una antigua leyenda sobre brujas. Creen que no es más que un cuento, pero enseguida descubren que en aquel bosque efectivamente pasan cosas raras. La bruja existe de verdad y al final los mata a todos.

—¡Josie! —soltó Milla, un poco fuerte de más—. ¡Que estás asustando a tu hermano con esa tontería de brujas asesinas!

Lenny la miró con el ceño fruncido, luego soltó una carcajada.

—Mamá, ¿en serio? ¡Que no le tengo miedo a una vieja huesuda que ni siquiera existe!

—¿Qué tal si en vez de discutir acerca de pelis raras disfrutamos sin más de estas maravillosas vistas? —intervino por fin Joe—. A saber cuándo volveremos a este sitio, así que, venga, a sacar los móviles y a hacer fotos. La mejor foto gana.

—¡Yo no tengo móvil, Papá! —se quejó indignado Lenny.

—Te dejo el mío —le dijo Joe—. Y luego me toca a mí.

—¿Y la mejor foto qué se lleva? —quiso saber Josie.

—A ver que piense... —pidió Joe y frunció el ceño—. ¿Qué os parece esto? Quien saque la mejor foto podrá pedir de postre el helado más grande del restaurante de Haff.

Joe había decidido que las fotos que se merecían el primer premio eran tanto la de Josie como la de Lenny por lo que los hermanos disfrutaban a lo grande con sus helados. Milla sin embargo, no paraba quieta. Se levantaba, se acercaba a la ventana, miraba a Joe, quien le devolvía una mirada interrogante.

—¿Se puede saber qué te pasa? Pareces un culo de mal asiento.

—Vuelvo enseguida, ¿vale?

Él asintió, frunció el ceño.

—Solo quiero acercarme un momento al agua, tomar algo de aire fresco y estirar un poco las piernas. ¡Lo necesito!

—¿Estás bien, cariño?

—Desde luego. Es solo que he comido demasiado —bromeó y para subrayar sus palabras, se frotó la barriga.

—Está bien. —Joe sonrió—. Pero no tardes. Nos quedan todavía dos horas y media de viaje y no sabemos si no nos encontraremos con algún atasco. Le dije a Theo que llegaríamos sobre las seis.

—¿Media hora? —preguntó Milla.

—Vale, pero no más —avisó Joe.

—Paga tú y ya luego nos vemos junto al coche.

Él asintió, la miró pensativo.

Ella cogió la rebeca del respaldo de la silla y se dio prisa en marchar antes de que él pudiera hacerle más preguntas que no quería contestar.

Por fin fuera y sola, Milla respiró hondo.

Le temblaban las piernas, y desde hacía rato ya. Desde que habían salido de Nienhagen, se sentía mal. Cada kilómetro que acortaban con su isla natal la estaba afectando.

Cuando hubo llegado a la orilla inspiró el aire del mar, a pesar de que el olor aquí abajo era de todo menos agradable. Olía a agua putrefacta y el agua salobre estaba sucia por culpa del alto contenido salino.

Y aun así, aquí abajo se sentía bastante más a gusto que en el restaurante con su familia.

Había albergado la esperanza de que la locuacidad de sus hijos y los ánimos de Joe la ayudarían a enfrentar el día de hoy con más optimismo, pero había sido todo lo contrario.

Estaba más nerviosa que por la mañana. Todo dentro de ella parecía estar gritándole que huyera. Largarse a las calladas, alejarse de todo lo que se le iba a venir encima. Por nada del mundo quería volver a Usedom. ¡Nunca más!

Cuando Joe la había despertado aquella mañana, su primer impulso había sido rogarle que cancelaran el viaje a Usedom.

Pero había notado la emoción de él, una emoción casi infantil, por pasar el fin de semana con su colega de internet y no había sido capaz de aguarle la fiesta. Joe jamás hubiera entendido por qué le repateaba tanto volver a aquel sitio. ¿Cómo iba a saberlo?

La culpa era de ella.

Desde que se conocían no había sido capaz de hablarle de la peor experiencia de su infancia. Sí, lo había intentado. Una y otra vez. Siempre esperando a que llegara el momento adecuado para contárselo todo. Pero ese momento se había ido retrasando primero de semana en semana y luego de mes en mes.

Hasta que un día se había dado cuenta de que jamás se lo contaría. Ni dentro de un año ni dentro de diez. No quería volver a hablar de aquello nunca más, ni siquiera quería pensar en ello.

Lo malo era que, sin querer, Joe ahora la estaba obligando a enfrentarse al pasado y lo odiaba por ello.

Cerró los ojos, trató de respirar con calma, se concentró en empujar esos pensamientos lúgubres a la esquina más recóndita de su subconsciente, pero en esta ocasión tampoco lo logró.

La vuelta inminente a Usedom pendía sobre ella como la espada de Damocles.

Volvió a abrir los ojos, le echó un vistazo al reloj que llevaba en la muñeca.

No servía de nada.

No sabía cómo, pero de alguna manera iba a tener que sobrevivir los próximos dos días.

Por Joe.

Y en el fondo también por ella.

Al fin y al cabo era la mejor manera de enfrentarse y vencer a sus demonios.

¡Y justo eso era lo que iba a hacer!

Costase lo que costase...

CUATRO

LA CASA EN EL BOSQUE

JOSIE

—¿Qué le pasa a Mamá? —quiso saber Josie y se inclinó hacia su padre, sentado en el asiento del conductor, mirando pensativo por la ventanilla.

—No tengo ni la más remota idea —murmuró él—. Puede que no le haya sentado bien la comida.

—¡No me refiero a la vomitona, Papá! Es solo que Mamá parece cabreada. Apenas habla. ¿Os habéis peleado?

—No, claro que no —protestó él—. Está un poco intranquila porque no conoce a la gente a la que vamos a visitar.

—A mí tampoco me mola —soltó Lenny—. ¿Y si son unos pirados?

—Para empezar, Theo no es ningún pirado —contestó Joe y a través del retrovisor le dirigió una mirada penetrante a Lenny—. Y tampoco creo que lo sea su mujer. Son gente normal como nosotros.

—Pues a mí Lenny sí que me parece un pirado —dijo Josie con una risa maliciosa.

—Entonces tú también —contraatacó su hermano—. A ver, ¿a quién le da por querer ir voluntariamente a clases de *shuffling*? Con lo ridículo que es ese baile.

Josie se cruzó de brazos, se quedó mirando fijamente a Lenny.

—Si tan ridículo te parece, ¿por qué practicas a escondidas?

—Eso no es practicar, es imitar —la corrigió él con aire de superioridad.

Su madre regresó con paso vacilante. Sin decir ni una palabra tomó asiento en su sitio de copiloto y cogió el cinturón de seguridad para abrochárselo.

Estaba blanca como la cera.

—¿Va todo bien? —quiso saber Papá y la miró preocupado.

—Arranca, venga —pidió ella con voz apagada—. Ya se me pasará.

—¿Seguro? —insistió él.

Ella tan solo asintió con la cabeza sin decir nada. Al igual que los hermanos. Era como si el mareo de Mamá les hubiera afectado a todos.

Cuando el navegador por fin anunció que tenían que salir de la carretera principal para meterse en una pista de grava que un poco más allá daba paso a un bosque, también a Josie se le puso un nudo en el estómago.

—Pensaba que era una broma, Papá —soltó—. ¿No vivirán en serio en pleno bosque?

—¿Broma por qué? —respondió su padre con una risa tonta—. ¿Acaso no os he prometido una aventura?

Durante un rato, en el coche reinó silencio absoluto.

A Lenny la idea de pasarse los próximos días en mitad de un bosque parecía hacerle tan poca gracia como a ella. Sin embargo, trató de disimularlo mirando por la ventanilla y guardando silencio.

Al cabo de un rato Mamá preguntó:

—¿No has dicho que tienen una casa enorme?

—Sí, tal como la ha descrito Theo, sí —respondió Papá.

—¿Y tú se lo has creído? ¡Venga ya, Papá! —lo regañó Josie—. Quiero decir, ¿qué puede aparecer al final de este camino? La casa será más bien una cabaña.

Lenny se rio.

—Seguro que el colega de Papá es en realidad un brujo que nos ha hecho venir a base de magia. Ya os imaginaréis para qué.

—Anda, ¿para qué?

—Pues para servirnos como menú para la cena. Nosotros seremos la comida.

—Bueno, si tanto sabes... —bromeó Papá—. Espera a ver el resto.

El camino trazó una curva muy cerrada a la derecha y desembocó en un claro. Estaban rodeados de árboles. Y en el centro del claro: aquella casa impresionante.

—¿Y eso qué es? —exclamó Josie—. ¡Eso no es una casa, eso es un jodido palacio! ¡Guau! No me lo puedo creer. —Se frotó los ojos. Aquel edificio impresionante le recordaba un poco la mansión de la familia de Edward Cullen de la segunda parte de *Crepúsculo*.

La fachada principal era casi en su totalidad de cristal y madera de color antracita, lo que significaba que sus habitantes no solo vivían en una casa en el bosque, sino que este, mediante un juego óptico, se fundía con el mismo formando un todo.

—No está mal la chabola —opinó Lenny a su lado.

Apenas hubo Papá aparcado el coche y apagado el motor, fue Lenny el primero en abrir la puerta y apearse.

—Bueno, al menos una que está entusiasmada —bromeó Papá y le dio un codazo cariñoso en el costado a Mamá—. ¿Y tú qué opinas?

—Lenny tiene razón —admitió Mamá—. La casa es una locura. Cuesta creer que les dejaran construir algo así en este entorno.

—¿Vamos? —preguntó Papá, se giró hacia ella.

Josie asintió con la cabeza, también se apeó, fue corriendo tras su hermano que ya se había encaminado hacia la casa.

Al abrirse la puerta y aparecer un tío más o menos de la misma edad de Papá, Josie respiró aliviada. Aquel hombre no tenía pinta de loco. Más bien de *híster* guay, como los que trabajan en internet y a los que se les ocurren las cosas más disparatadas.

Lenny le sonrió a su hermana.

—¿Te has fijado en el pantalón que lleva?

Josie soltó una risita.

—Eso se llama atrevimiento... ¿Eso es una falda-pantalón para tíos?

Lenny asintió y le dio un golpe a su padre en la cadera.

—Menudo pajarraco has pescado en internet, Papá.

Lo cierto era que el atuendo de aquel hombre le recordaba a Josie la moda de los setenta, con aquellos colores chillones, todo tan ancho... Que ese tal Theo se hubiera atado la melena formando un moño en la parte superior de la cabeza ya no le llamó la atención. Comparado con Papá, hasta lo hacía parecer mucho más joven de lo que seguramente era.

Nada más verlo, el tipo le pareció guapete, pero prefirió callárselo. Ahora comprendía por fin la insistencia de Papá en pasar un par de días precisamente con este colega, de entre los muchos que tenía.

Theo era todo lo contrario a Papá, que jamás llevaría el pelo tan largo ni se lo ataría en una coleta o en un moño. Papá era el típico tío de camisa y demasiado pendiente de su aspecto físico. Se afeitaba todos los días, era casi maniático cuando se trataba de hacerse la manicura. Pero este Theo... Parecía importarle un bledo lo que pensara de él la gente.

Vestía como un *hippy* y, aparentemente, disfrutaba de poder tomarse esa libertad.

A Papá, tan estirado él, tenía que fascinarle Theo.

Se giró hacia sus padres, pilló a Mamá estudiando furtivamente a Theo.

—Creo que a Mamá le mola el colega de Papá —le susurró a su hermano, quien acto seguido hizo el gesto de una arcada.

—Vosotros debéis de ser Lennard y Josephine —dijo Theo, que había llegado junto a ellos. Sonriendo le tendió la mano, primero a ella, luego a Lenny.

—La gente suele llamarme Josie —contestó ella—. Y a mi hermano, Lenny.

Theo sonrió.

—Encantado de conocerte, Josie —dijo y se dirigió a su hermano.

La puerta de casa volvió a abrirse y por ella salió un niño de unos siete años, con el pelo oscuro, casi negro. Con la mirada baja se dirigió lentamente hacia ellos.

—Yo soy Josie —le dijo al pequeño y le tendió la mano, pero este no reaccionó.

Ella miró a su hermano, desconcertada, este se quedó observando con el ceño fruncido al niño.

—Este es Lenny. ¿Te apetece enseñarle tu habitación?

El niño seguía con los ojos clavados en el suelo y Josie se fijó en que estaba temblando, como si les tuviera muchísimo miedo.

—¿Pasa algo?

De nuevo, reacción cero.

Sorprendida se giró hacia Theo, pero este estaba saludando efusivamente a sus padres.

Volvió a mirar al niño.

—¿Nos dices cómo te llamas?

Por fin el niño la miró y Josie dio un pequeño paso atrás al ver la tristeza reflejada en aquellos ojos.

Sin saber qué hacer miró a Lenny.

—Soy Noah —dijo por fin el pequeño. Tenía una voz monótona y como ensayada. Estiró el brazo de manera un poco patosa para darle la mano. A ella le resultó tierno aquel gesto, pero también un poco inquietante.

¿Qué le pasaba a este niño?

No pudo evitar sentir un poco de miedo. Volvió a mirar a su hermano. A este parecía estar pasándole algo parecido que a ella.

—¿Por qué no les enseñas tu habitación? —lo animó Theo. Acto seguido una sacudida atravesó el cuerpo del niño. Hizo un gesto de asentimiento en dirección al padre, la miró primero a ella, luego a Lenny. Luego se dio la vuelta de golpe y salió corriendo hacia la casa.

—¿Sabes lo que más miedo me daría? —susurró Lenny a su lado.

Ella lo miró, se encogió de hombros.

—Que tuviera que dormir en la misma habitación que ese *friki*.

CINCO

LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

—Esta casa es una locura —le susurró Joe mientras seguía a Theo al interior, donde los recibió el aroma a especias.

—Estoy preparando lomo de corzo —les explicó Theo y se giró hacia ellos—. ¿Os gusta el venado?

Joe asintió entusiasmado y, aunque ella raras veces comía carne, Milla también le sonrió al colega de su marido.

Que cocinara él, la dejó impresionada.

—Mucho, además —contestó ella y se paró para absorber la atmósfera peculiar de aquella casa y su concepto de espacios abiertos.

La cocina, el salón y el comedor se fundían entre sí de manera fluida dado que no existían paredes de separación. La única división eran unas pocas columnas gruesas hechas de troncos trabajados de manera tosca que servían de estática. El mobiliario, sin embargo, era ultramoderno, creando así un contraste muy atractivo. Se sentía casi apabullada y estaba a punto de comentarlo con Joe cuando les llegaron voces alteradas desde arriba.

—Parece que los niños ya están arriba —observó sonriendo.

—Eso parece, sí —contestó Theo mirando hacia arriba—. Subamos nosotros también. Os enseñaré las habitaciones que os ha preparado mi mujer—. Theo los invitó con un gesto a subir por la escalera de caracol y oscura madera pulida que llevaba al primer piso.

—Estupendo —le agradeció Milla, que estaba deseando poder darse una ducha refrescante antes de comer.

—Pues seguidme.

Theo les precedió, siguiendo la algarabía de voces que se seguía oyendo.

Una vez arriba, vieron a Lenny y a Josie viniendo a su encuentro con caras compungidas.

—¿Qué pasa? —preguntó Milla preocupada.

—Noah se ha metido debajo de la cama y no quiere volver a salir. Creo que nos tiene miedo.

Theo emitió un pequeño gemido y con cara de fastidio se giró hacia ella y Joe.

—Tendría que haberos avisado. Mi hijo tiene una especie de minusvalía... un trastorno por así decirlo. Tiene el síndrome de Asperger. Es autista, ¿entendéis? —Luego se dirigió a los niños—. Puede que el comportamiento de Noah os resulte extraño, pero para él es completamente normal. Le cuesta lidiar con cambios y con desconocidos. Por eso le va a llevar un rato acostumbrarse a vosotros. Pero no os preocupéis, no tardará en abrirse.

Milla se dio cuenta de que las explicaciones de Theo habían calmado un poco a sus hijos.

Ella, sin embargo, se sentía como una intrusa y trató de interpretar el rostro de Theo.

—¿Seguro que no os importa a vosotros, y sobre todo a Noah, que pasemos aquí la noche? Bajo ningún concepto queremos ser una carga ni asustar a Noah. Podemos quedarnos en un hotel y luego venir a visitaros durante el día. Puede que así Noah se sienta más tranquilo y no le molestaríamos de noche. —Se calló que ella también preferiría dormir en un hotel.

Theo la observó durante unos segundos, luego negó enérgicamente con la cabeza.

—Ni hablar. Susi y yo hemos hablado con Noah y le hemos explicado que sois amigos de la familia y que no representáis ninguna amenaza. Va a tener que acostumbrarse a la situación. Se está haciendo mayor y no va a poder evitar el mundo para siempre.

Joe asintió comprensivo, pero Milla no lo tenía tan claro.

—Venid —los invitó Theo con una sonrisa, interrumpiendo así el silencio incómodo de Milla—. Voy a enseñaros vuestras habitaciones. —Se volvió hacia los niños—. Lenny, tú compartirás habitación con Noah. Hemos preparado el sofá que está junto a la pared. Tú, Josie, tendrás una habitación para ti sola—. Dio unos pocos pasos, abrió una puerta a la izquierda, la invitó con un gesto de la mano—. Esto es para ti, cielito.

Milla le echó un vistazo al cuarto, dio un resoplido de asombro, igual que Josy.

Las paredes eran de un cálido tono naranja, la cama con baldaquín colocada en el lado izquierdo era tan ancha que ocupaba casi una tercera parte de la habitación. No había armario, sino un sistema abierto de estanterías, todas en blanco, igual que la cama, de cuyo centro salía un escritorio hacia el interior de la habitación. Bajo el alféizar que hacía de sofá enorme al estar cubierto de almohadones esponjosos de color naranja, había estanterías de libros que se extendían por toda la fachada del ventanal.

—Esta habitación es un sueño —soltó Josie con la respiración cortada—. ¿Es que también tenéis una hija?

Theo negó, sonriendo, con la cabeza.

—Susi utiliza esta habitación para venir a leer. Es su sala de lectura. Y también cumple la útil función de habitación de invitados. Los dos tenemos familias muy grandes y solemos tener muchas visitas.

Josie se sentó en la cama con una sonrisa de satisfacción. Luego se levantó y fue hacia el alféizar, se arrodilló y estudió los lomos de los libros.

—Cuántos libros infantiles —observó sorprendida.

—¿A ti también te encanta leer? Mi mujer es una lectora ávida.

Josie asintió con la cabeza y sacó un tocho, lo hojeó.

—Susi siente debilidad por la novela fantástica —explicó Theo señalando la portada, en la que se veía un dragón—. A ella le da igual si son libros para niños, adolescentes o adultos. En ese sentido sigue siendo una niña, lo que me parece entrañable.

—Por cierto, ¿dónde está tu mujer? —preguntó Milla.

Theo sonrió.

—Haciendo la compra.

Milla se lo quedó mirando sin entender, a lo que él se encogió de hombros algo avergonzado.

—¿Cómo decirlo? Mi Susi es un poco olvidadiza... Es su único defecto. Un asado de venado tiene que llevar sí o sí bollos de patata y lombarda. Pues como se le olvidó comprarlos, ha tenido que volver a salir.

Ladeó la cabeza, señaló a Josie, que estaba enfrascada en el libro que había cogido.

—Vuestra hija está ocupada. ¿Os parece si os enseño mientras tanto vuestra morada?

Milla asintió agradecida y cogió la mano de Joe. Juntos siguieron a Theo hasta una puerta al final del pasillo. Inconscientemente apretó la mano de Joe un poco más cuando su anfitrión accionó el picaporte y abrió la puerta.

—Bienvenidos. Este es vuestro reino —les anunció.

Milla entró, sacudió asombrada la cabeza. También aquí había una fachada completa compuesta de ventanal. El alféizar también hacía de sofá y a su izquierda había una especie de plataforma de vigas de madera con un futón cubierto de cojines y pieles.

Esta estancia no resultaba tan ensoñadora como la anterior, sino más como una habitación exclusiva y cara de un hotel de cinco estrellas. Siguió inspeccionándola, conteniendo la respiración inconscientemente.

En la pared frente a la cama descubrió un armario abierto que consistía tan solo en una barra de metal atornillada a la pared y unos cuantos tablones de madera. Todo tenía un toque elegante y rústico a la vez, al igual que el sistema contiguo de estanterías compuesto por vigas de madera en cuyo centro había un televisor enorme de pantalla plana.

—El cuarto de baño está justo al lado. Tendréis que compartirlo con los niños —explicó Theo y señaló una puerta a la izquierda de la cama enorme.

—Vuestra casa es impresionante —soltó Milla admirada—. Me encanta. ¿Cómo conseguisteis los permisos para edificar algo así en este entorno?

Theo se encogió de hombros.

—Lo cierto es que no constituyó problema alguno —explicó—. Este trozo del bosque es propiedad de la familia y no se encuentra dentro de la reserva natural de la isla. La única norma que resultó todo un desafío fue que no podíamos instalar ningún sistema de calefacción eléctrica, a gas o de gasóleo. Por eso tenemos calefacción de pelet en casa, que de paso también calienta el agua. Hemos instalado paneles solares en el tejado que abastecen de electricidad toda la casa. Eso sí, hubo que talar unos cuantos árboles porque tragaban demasiada luz solar. Pero incluso eso no fue ninguna sobreexplotación de la naturaleza. Utilizamos toda esa madera talada para introducirla y utilizarla en el diseño interior de la casa.

—Impresionante —soltó Joe—. Vivís como en el paraíso, en serio.

—No me quejo —dijo Joe riéndose. Dirigió la mirada desde Joe hacia ella—. Bueno, pues ahora voy a dejaros solos y voy a seguir atendiendo la comida. Vosotros refrescaros, descansad. Nos vemos abajo dentro de una hora más o menos.

—¡Oh dios mío! ¡Tienes que ver esto! —le gritó Joe.

Milla, que estaba deshaciendo las maletas, alzó la cabeza, se dirigió con el neceser en la mano al cuarto de baño.

—¡Santo cielo! —exclamó ella al ver la bañera doble ubicada en el centro de la estancia mirando al ventanal. Al otro lado de la habitación había una mampara que ocultaba la cabina de ducha a ras de suelo. Se giró, descubrió otra pared más, esta vez no de

cristal, sino de madera. Detrás estaban el inodoro y un lavabo de piedra natural.

—¿A qué has dicho que se dedica tu colega profesionalmente? —preguntó ella—. Para poder permitirse una casa así, Theo y su mujer tienen que estar forrados.

—Ya lo has oído, el bosque es propiedad de la familia. Supongo que habrá una buena herencia de por medio.

—Eso lo explicaría todo, sí —admitió Milla y miró con ojos anhelantes la bañera enorme—. ¿Podré darme un baño o sería demasiado descarado? —preguntó Milla.

—Bobadas —respondió Joe—. Ya has oído a Theo. Que nos sintamos como en casa.

Milla taponó el desagüe, abrió el grifo y se desnudó. Se estremeció ligeramente al notar dos brazos rodeando su cuerpo desnudo y Joe mordiéndole juguetonamente el cuello.

—Eso va a tener que quedar para más tarde —dijo con una risa tonta.

—¿Por? —preguntó Joe con voz ronca—. Aún nos queda casi una hora.

—¿Te has olvidado de los niños? Podrían entrar de un momento a otro. ¿No querrás traumatizarlos para el resto de sus vidas? A mí de pequeña me dio muchísimo asco pillar a mis padres en pleno acto sexual.

—¿Los pillaste? —preguntó Joe con una sonrisa maliciosa, le abarcó un pecho con la mano y lo masajeó suavemente.

Ella asintió sonriendo.

—A día de hoy esa imagen sigue grabada en mi memoria.

Joe se rio, le dio la vuelta y le besó la punta de la nariz.

—Vale, entonces luego. Cuando los niños estén durmiendo y reine el silencio en la casa, tú y yo tendremos una cita.

Milla se asustó al oír voces fuertes en la habitación de al lado. Se incorporó en la bañera, se puso a escuchar. Joe estaba hablándole a

Lenny, pero solo llegó a entender palabras sueltas.

Con un suspiro miró el reloj y se asustó. Ya casi había transcurrido la hora y ella aún tenía que vestirse, peinarse y maquillarse un poco. Sacó el tapón de la bañera, se levantó del agua y se giró para coger la toalla.

Al hacerlo sus ojos pasaron por el ventanal y vio a Theo corriendo a casa con unos cuantos leños en el brazo. En ese mismo instante él miró hacia arriba. Durante un segundo que se hizo eterno, ella quedó quieta, luego se apartó, se tapó apresuradamente y maldijo para sus adentros.

Cuando volvió a mirar por la ventana, esta vez envuelta en la toalla, Theo ya había desaparecido. Muy avergonzada resopló y aseguró la toalla con más fuerza alrededor del cuerpo.

Llamaron a la puerta.

—Mamá, soy yo. ¿Puedo entrar?

Milla abrió la puerta, se encontró frente a frente con Lenny, que la estaba mirando indignado.

—Pero ¿qué pasa?

Lenny miró alrededor, se escurrió para entrar en el baño y cerró la puerta.

—Pero di algo —insistió Milla.

—No pienso dormir bajo ningún concepto en la misma habitación que ese *friki* —susurró, como si temiera que pudieran oírle.

—¿Te refieres a Noah?

—¿A quién si no?

—¿Qué pasa con ese niño? —preguntó Milla preocupada.

—Me da muchísimo miedo, Mamá.

Ella tragó, miró a su hijo.

—Noah es un niño, Lenny. Y aun por encima más pequeño que tú. ¿Por qué ibas a tenerle miedo? Además, ya oíste lo que dijo Theo, es autista y no es culpa suya que su comportamiento sea un poco diferente. Yo diría que es más bien al contrario: él te tiene miedo a ti. Si Theo ya nos lo ha explicado.

Lenny negó con la cabeza.

—No has visto lo que ha hecho. —Resopló y se sentó en el borde de la bañera.

Ella se sentó a su saldo, lo cogió de la barbilla para que tuviera que mirarla.

—Cuéntame tranquilamente qué ha hecho Noah.

—Puso otra voz y me dijo que me largara. Y luego hizo esto... —Lenny dibujó con el dedo pulgar una línea de lado a lado de la garganta—. ¿A ti no te parece que eso es de pirados? ¡El chaval ese está enfermo!

Ella se lo quedó mirando, se encogió de hombros.

—Tiene siete años, Lennard. ¡Siete! Los niños a esa edad solo tienen bobadas en la cabeza. Seguro que solo pretendía asustarte un poco porque nota que no aceptas su manera de ser.

—¿En serio, Mamá? Te he avisado. Luego no te sorprendas si mañana por la mañana no estoy de una sola pieza. A saber qué planes tiene para mí ese *friki*.

—¡Ya está bien! —lo regañó ella indignada—. Y ahora ve a avisarle a tu hermana de que bajamos dentro de diez minutos. ¡Largo!

Cuando se hubo por fin vestido y maquillado, Joe soltó un pequeño silbido al verla.

—¿Tienes idea de lo preciosa que eres? —La atrajo hacia él, la besó, pero Milla lo apartó. Seguía dándole vueltas a la escena ocurrida con Theo—. Me ha visto, Joe. ¡Desnuda! —soltó.

Su marido frunció confundido el ceño.

—¿Quién?

—Pues tu colega. Me levanté en la bañera y él estaba fuera y miró hacia arriba y se me quedó mirando.

Joe soltó una carcajada.

—¿En serio?

Ella asintió compungida.

—Estoy súper avergonzada, Joe. Si por mí fuera, me pasaría el fin de semana aquí arriba en esta habitación.

Él sacudió la cabeza.

—¿Por qué? Sigues siendo preciosa. Y eso que has dado a luz dos veces. El resto de las mujeres mataría por tener tu cuerpo.

—Pero él es un desconocido. Me da mucho corte y me resulta desagradable.

—¿Y te preocupas por eso, cariño?

—Pues sí, mira tú por dónde —replicó ella con tono obstinado. Había esperado un poco de comprensión por parte de Joe, o al menos un poco de mosqueo para con su colega.

Joe la seguía mirando risueño.

—Será mejor que lo olvides, cariño. Seguro que él está igual de avergonzado que tú. Venga, ahora vayamos a por los niños y bajemos a hacerle compañía a Theo en la cocina y tú... pues tú haces como si no hubiera ocurrido nada. En este tipo de situaciones es lo mejor. Haz como si nada, tú relajada, y ya verás qué rápido queda olvidado el tema.

Al llegar abajo, Theo estaba delante de la cocina, dándole vueltas a algo en una olla enorme. Se giró hacia ellos, los recibió con una sonrisa.

—Por fin habéis llegado. ¿Qué os parece? ¿Comemos fuera o mejor dentro? —Miró primero a Joe, luego a ella. Alzó las cejas a modo de interrogante.

—Fuera suena bien —contestó ella y notó que lo había hecho con voz apagada. Para Joe era fácil, hacer como si nada...

Joe se colocó junto a Theo, echó un vistazo dentro de la olla.

—Vaya, qué buena pinta. Estoy muerto de hambre.

Que Theo aprovechara la ocasión para guiñarle un ojo a ella, como si estuvieran unidos por un secreto íntimo, la chocó sobremanera. Notó que se estaba sonrojando. Apartó rápidamente los ojos de la mirada intensa de él: era como si pudiera atravesarla y leerle los pensamientos.

Carraspeó incómoda, recordó el consejo de Joe. *Haz como si no hubiera pasado nada.*

—¿Puedo ayudar en algo? —se ofreció—. Podría poner la mesa.

Theo negó con la cabeza de manera vehemente.

—¡De eso nada! Tenemos por costumbre mimar con los cinco sentidos a nuestros invitados. —Se detuvo, volvió a dirigirle una mirada penetrante—. La mesa la pondrá mi mujer, por supuesto. Pero podrías decirme qué te apetece beber. Pide lo que quieras. Tenemos de todo. ¿Qué tal una copa de champán?

Ella asintió titubeante.

—¿Y tú, colega? ¿Qué te apetece? —le preguntó Theo a Joe.

—¿Tienes cerveza?

—Obviamente. —Theo fue a la nevera, sacó una botella de Moët, la dejó en la encimera frente a los hornillos. Luego cogió dos botellas de cerveza y las colocó al lado.

Por fin se dirigió a Lenny y a Josie.

—¿Y vosotros, encantos, qué queréis?

—Nada de cola —intervino rápidamente Milla.

—¿Qué tal un zumo? ¿Os gusta el de melocotón?

Los dos asintieron con la cabeza y dejaron que Theo le diera a cada uno una botella pequeña de zumo de melocotón. Tampoco aceptó ayuda alguna para abrir las botellas. Las abrió y llenó una copa de champán para Milla.

Cuando por fin todos tuvieron algo de beber en la mano, se dirigió a su hijo, que esperaba callado en el centro de la estancia y miraba fijamente el suelo. Era el único que no tenía nada de beber.

—Noah, sé buen chico y ve a buscar a tu madre, ¿vale?

El niño se dio la vuelta sin decir ni una sola palabra y se fue arrastrando los pies.

—¡Salud! —dijo Theo y brindó chocando su botella contra la de Joe, luego le hizo un gesto con la cabeza a Milla—. A por vosotros y un fin de semana maravilloso.

—¿No será mejor esperar con el brindis a que haya llegado tu mujer? —preguntó Milla mirando indecisa su copa.

Theo sonrió, dio un buen trago a la botella.

—Cuando esté aquí, volvemos a brindar, así que, nada de timideces.

Milla dio un sorbito. Le gustaba el champán, solo que el Moët no era de sus favoritos. Demasiado seco y demasiado ácido. Pero procuró que no se le notara. *Haz como si todo fuera sobre ruedas*, volvió a decirse una vez más.

Unos pasos ligeros en la escalera anunciaron la llegada de otra persona. Se dio la vuelta. Esta tenía que ser la mujer de Theo. Una rubia grácil, con una figura casi juvenil vino hacia ella. Al darle la claridad del sol que penetraba por la ventana de frente, no pudo distinguirla la cara de inmediato.

—Aquí está —anunció Theo animado—. Esta es mi Susi. Susi, ven, saluda a nuestros invitados.

Cuando Susi llegó a la altura de Milla y esta reconoció los rasgos de su rostro, se estremeció.

También Susi se detuvo de manera abrupta, mirándola sin poder dar crédito.

—¡No puede ser! —soltó, sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? —quiso saber Theo.

También Joe parecía confundido.

Aquel instante a Milla le resultó completamente irreal. Empezaron a pitarle los oídos y era como si no sintiera el suelo bajo los pies.

—¿Cariño? ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

La voz de Joe le llegó a través de un manto de niebla espesa, no podía dejar de mirar a la mujer de Theo.

Esta esbozó una sonrisa amplia.

—¡Menuda sorpresa!

SEIS

LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

Superado el *shock* inicial, Milla soltó una carcajada de asombro.

—Cuando Theo mencionó a su mujer, en la vida se me hubiese ocurrido que pudieras ser tú. —Milla corrió hacia la mujer, se detuvo ante ella, indecisa de qué hacer. ¿Abrazarla? ¿Darle la mano?

Susi decidió por ella al extender los brazos y abrazarla encantada.

—¿Quién puede explicarnos lo que está pasando aquí? —preguntó Theo mirando a una y a otra.

Tampoco Joe entendía nada y, encogiéndose de hombros, tan solo miraba a Milla.

—¿Es que os conocéis?

Milla se soltó del abrazo fuerte de Susi.

—Vaya si nos conocemos. Susi y yo crecimos juntas y fuimos al mismo colegio.

—Eso es quedarse corta —intervino Susi—. Milla y yo éramos... cómo se dice ahora... *besties*... Éramos inseparables.

Los hombres se las quedaron mirando boquiabiertos, luego estallaron las carcajadas.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Theo—. Si esto no es una señal del universo de que vamos a pasar el mejor fin de semana de todos los tiempos...

—¿Seguro que nadie quiere repetir? —preguntó Theo a los comensales. Todos negaron al unísono con la cabeza. El ambiente era distendido e incluso Lenny y Josie se habían controlado y asimilado que su madre también era amiga de la anfitriona. Tan solo Noah no había abierto la boca hasta ahora y había clavado la mirada en la comida que tenía en el plato y que apenas había tocado.

De repente, le devolvió la mirada de preocupación a Milla. A esta le costó controlar el impulso de no mirar rápidamente hacia otro lado. Por fin entendió que su hijo se sintiera tan incómodo ante la presencia de Noah. Este niño emitía una oscuridad tenebrosa que no había percibido aún en ninguna otra persona.

Los ojos de Noah eran casi negros y reflejaban sentimientos que no podía explicar. ¿Dolor? ¿Miedo? ¿Desamparo? Sí, más bien eso. Ese niño parecía sentirse fuera de lugar.

Pero ¿eso no tenía ningún sentido!

¿Por qué iba a tenerles ese niño miedo a ellos?

Joe no asustaba a nadie. Todo lo contrario. Todo aquel que lo conocía lo consideraba un pedazo de pan – porque lo era.

¿Y ella? No, ella daba tan poco miedo como Lennard y Josephine. Que su familia tuviera ese efecto en el niño, tenía que deberse al autismo.

—Acabará acostumbrándose a vosotros —le susurró Susi, le apretó suavemente la mano—. No te preocupes.

Miró a su vieja amiga, asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Susi frunció el ceño.

—Unos ocho años. Al principio vivíamos en Kölpinsee, pero cuando heredamos el terreno y construimos la casa, nos mudamos aquí. En esta casa llevamos unos dos años.

—¿Te costó?

—¿A qué te refieres?

—¿Volver a vivir en la isla?

Susi se encogió de hombros.

—Al principio era raro, pero luego... —Tragó—. Es mi hogar —soltó—. Mejor dicho, nuestro hogar.

Milla bajó la mirada.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí?

—Para el entierro de mi padre.

—Me enteré. Lo siento mucho. Sé lo bien que os llevabais.

Milla miró a Susi.

—Yo también lo siento. Todo.

Susi frunció el ceño, de repente pareció distante y fría.

—¿Me ayudas a recoger? —preguntó tras una pausa demasiado larga.

—Claro. —Milla se levantó, apiló los platos vacíos y se dirigió hacia la casa.

Susi entró tras ella en la cocina, carraspeó.

—Él no está al tanto. Solo para que lo sepas.

Milla dejó los platos en la encimera, se giró hacia Susi.

—¿A qué te refieres?

—¡Lo sabes perfectamente!

Milla abrió mucho los ojos.

—Pero ¿qué pasa con...?

—No sabe nada de nada y así tiene que ser. ¡Por favor! No me apetece tener que lidiar con miradas de lástima ni nada parecido y mucho menos que mi marido me mire con otros ojos. Ni una palabra a nadie, ¿entendido?

Milla asintió con la cabeza.

—¿Y tú? ¿Se lo contaste a tu marido? ¿A tus hijos?

—He querido contárselo a Joe, pero nunca fui capaz.

—Mejor así —dijo Susi muy seria—. Lo pasado, pasado está. Nosotras estamos aquí y estamos bien, eso es lo único que importa.

Milla asintió, aunque hubiese querido decirle a su amiga que en este sitio estaba de todo menos bien. La isla y todos los recuerdos que conllevaba le provocaban un malestar casi físico.

—Theo ha dicho que eres abogada. —Tras un silencio incómodo, Susi cambió de tema.

Milla asintió.

—Ahora soy fiscal. Joe tiene su propio bufete, pero ya no quería seguir trabajando con él, ¿sabes? Mezclar trabajo y vida privada no me parecía lo correcto.

Susi asintió.

—Yo soy periodista —dijo luego—. Al trabajar por cuenta propia, puedo escribir lo que me dé la gana y ofrecer mis textos y vendérselos libremente a las editoriales interesadas. No es que me forre con eso, pero los ingresos de Theo son más que suficientes. Así que hicimos un trato: sería yo quien se ocuparía de Noah. Y te puedo asegurar que necesita un montón de atención.

Milla hizo una mueca empática.

—No es tan grave como puede parecer al principio, cuando lo ves por primera vez —explicó Susi—. Noah tiene una inteligencia superior a la media. Su déficit se limita al contacto social. No tiene amigos porque los demás niños le tienen miedo. A eso hay que sumarle las pesadillas y los ataques de pánico que pueden aparecer de un momento a otro. Según su psiquiatra, tanto lo uno como lo otro va a mejorar con el tiempo, pero ahora mismo es extremado. De hecho, quería pedirle a Theo que dejara este encuentro para más adelante, pero luego lo vi tan ilusionado... —Susi se calló, miró a Milla con expresión seria—. Te estoy contando esto para que sepas que cuando a Noah le da un ataque por la noche, pone la casa patas arriba. Estando al final del pasillo como estáis, no deberíais enteraros de mucho, pero sí que podría despertaros.

—Lenny va a compartir cuarto con Noah. Tal vez sería mejor que Noah durmiera solo, por si le da un ataque —sugirió Milla, recordando lo que le había contado Lenny.

—Qué va, ya nos las arreglaremos —dijo Susi y Milla se fijó en los ojos vidriosos de su amiga de la infancia. ¿Eso eran lágrimas?

Milla le dedicó una sonrisa cálida.

—Escucha, Susi. No queremos desbaratar vuestras vidas ni que Noah sufra con nuestra visita. ¿No sería mejor que nos fuéramos a un hotel? ¿Tú qué opinas?

Susi sacudió la cabeza, trató de controlar el llanto emergente. Abrazó a Milla, se puso a sollozar.

—No voy a permitir bajo ningún concepto que vuelvas a irte tan pronto.

Se oyeron gritos.

Lenny...

Milla se soltó de Susi, salió corriendo al exterior, vio a su hijo que venía hacia ella llorando y cojo. Josie corría detrás de él y negando con la cabeza.

Joe y Theo estaban tan absortos en su conversación, que ni se habían enterado del drama.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Milla a su hijo.

—Estaba jugando con Josie al escondite y tropecé con una raíz.

Milla se acuclilló, observó la rodilla abierta, se giró hacia Susi, que se había colocado a su espalda.

—¿Tienes algo para desinfectar? ¿Y una tirita grande o un esparadrapo?

Susi asintió muda, con los ojos clavados en la rodilla de Lenny. Entonces pareció despertar y dio media vuelta.

—Siéntate en el escalón —le ordenó Milla a su hijo, sacó un pañuelo de papel del bolsillo, limpió con cuidado y someramente la herida, haciendo caso omiso de los quejidos de Lenny.

Pero ¿dónde quedaba Susi con el botiquín? Miró hacia atrás para ver si aparecía.

Cuando hubieron transcurrido varios minutos y seguía sin aparecer, Milla miró a su hijo.

—Quédate aquí, ¿vale? No te muevas.

Él asintió gimoteando.

Milla desapareció en el interior de la casa, buscó a Susi, pero no la vio por ninguna parte.

Milla dio media vuelta, volvió a salir para reunirse con Joe y Theo.

—Necesito un antiséptico y tiritas. Lenny se ha abierto la rodilla.

—Dile a Susi que traiga el botiquín —dijo Theo.

—Ya lo he hecho, pero se ha ido y no ha vuelto.

Theo sonrió, se levantó.

—Seguro que no lo encuentra, como siempre. Mi mujer es muy descuidada, ¿sabéis? Deja las cosas en cualquier sitio y luego no encuentra nada. Será mejor que vaya yo.

—Deja —intervino Joe—. Tengo un botiquín en el coche.

Joe corrió hacia el coche y Milla volvió junto a Lenny. En ese preciso momento apareció Susi. Estaba saliendo de la casa y parecía alterada.

—He puesto la maldita casa patas arriba. No tengo ni idea de dónde está el botiquín.

Milla miró a su amiga, la tranquilizó.

—No pasa nada. Joe tiene uno en el coche. Ha ido a cogerlo.

Susi la miró como pidiendo disculpas.

—No llevamos el tiempo suficiente aquí como para tener un sitio concreto para todo. Me paso el día buscando cosas que ahora están aquí y luego allí.

—Sé de qué me hablas —respondió Milla, aunque no era verdad. Ella en su casa sabía perfectamente dónde estaban las cosas. Y eso que su marido ordenado la consideraba la reina del caos. Lo raro era que recordaba a Susi siendo todo lo contrario. Su amiga siempre había insistido en no cambiar nada de sitio en su habitación.

Miró a Susi, pero esta eludió su mirada.

¿Sería posible que su amiga supiera en qué estaba pensando?

—Aquí está. —Joe interrumpió sus pensamientos, le entregó el paquetito con el material para los primeros auxilios.

Con cuidado de no hacerle daño a Lenny, Milla le hizo las curas. Cuando ya casi hubo acabado, notó una corriente ligera a sus espaldas.

Echó un vistazo por encima del hombro, vio a Noah plantado allí de pie. La observaba, como en trance. Luego vio las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Milla miró a Susi, luego de nuevo a Noah.

Su amiga, al seguirle la mirada, se estremeció. Acto seguido se colocó junto a Noah.

—¿Qué te pasa, cariño? —Lo cogió en brazos, lo apretó contra ella. Pero el cuerpo del niño se tensó, parecía más asustado que aliviado.

A Joe tampoco le pasó desapercibida la desesperación del niño por librarse del abrazo de su madre. Noah no apartaba los ojos de Milla. Era como si no existiera su madre, tan solo estaba pendiente de su mirada.

Cuando Susi fue corriendo con el niño en brazos hacia Theo, las miradas de Milla y Joe se cruzaron.

Él asintió con la cabeza.

Ella había entendido sin necesidad de que dijera nada.

¡Eso había sido una escena realmente extraña!

SIETE

LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

La despertó un grito. Se incorporó medio confundida y buscó a oscuras el móvil que había dejado en la mesilla de noche. Pero no estaba.

Parpadeó y trató de orientarse, hasta que recordó. No estaba en su casa, ni tampoco en Fehmarn. Estaba en Usedom, visitando a Theo y Susi en esta magnífica casa en pleno bosque.

Agotada se desplomó de nuevo sobre la almohada y reflexionó. ¿De verdad había sido un grito o más bien una pesadilla? ¿Y dónde había dejado el maldito móvil?

Oyó sollozos.

Eran reales. No se trataba de una pesadilla.

Oyó una puerta, pasos en el pasillo.

Metió los dedos bajo el futón, en busca todavía del móvil. Por fin lo encontró.

Lo cogió, deslizó el dedo por la pantalla, activó la linterna. Tras echarle un vistazo a Joe, que seguía durmiendo tranquilamente, se levantó, fue hacia la puerta, accionó el picaporte y tiró de la puerta hacia dentro. Una vez en el pasillo, vio que se abría la puerta de la

habitación de Noah. De ella salía Susi con su hijo de siete años en brazos. El niño lloraba desconsoladamente.

—Noah ha tenido una pesadilla —le explicó la amiga—. Ha despertado a Lenny. Tal vez deberías ir a ver cómo está.

Milla asintió, pasó la mirada de Susi a Noah, que había pasado a farfullar algo en voz baja para luego sollozar lastimosamente.

Pasó al lado de Susi y Noah y se metió en la habitación. Allí vio a su Lenny sentado tieso en la cama. La estaba mirando con los ojos muy abiertos, totalmente perturbado.

Cerró la puerta con cuidado, se sentó junto a Lenny en el sofá-cama.

—¿Qué ha pasado, mi niño? ¿Fuiste tú quien gritó de manera tan horrible o fue Noah?

Lenny infló los carrillos.

—¡Fui yo! Pero solo porque el *friki* ese me dio un susto de muerte.

—¡Lennard, no quiero que hables así de Noah! Sabes que no es culpa suya que a veces se comporte de manera algo extraña.

—Ya, ya —dijo Lenny con voz de fastidio—. Como es autista, puede comportarse como un maldito *friki*. Lo he pillado. Pero a mí me da miedo igual.

—¿Quieres contarme qué fue lo que pasó?

Lenny cogió aire, asintió.

—Yo estaba profundamente dormido, pero tenía como una sensación extraña. Creo que fue eso lo que me despertó. Al abrir los ojos, vi una sombra junto a mi cama. Al principio no pillé que era Noah, pero luego me tapó la boca y me susurró algo al oído. ¡Jopé, qué miedo!

—¿Y luego?

—Aparté su mano con un golpe y te llamé. Y entonces Noah empezó a llorar como un bebé.

Milla le apartó a Lenny un mechón que se le había quedado pegado a la frente empampada en sudor.

—¿No sería que estabas roncando, colega? ¿O hablando en sueños? ¿No podría ser que Noah se levantara a mirar cómo estabas y que te dijera que te callaras?

—¡Bobadas! —farfulló Lenny.

—Bueno, pero podría ser, ¿no? Puede que para que pararas te tapara la boca y te susurrara al oído. Sería posible ¿o no?

Lenny la miró consternado.

—Josie es la que ronca por culpa de los pólipos que tiene en la nariz. ¡No yo!

—¿Seguro? —Milla le dedicó una sonrisa maliciosa—. Creo recordar que a ti también ya te he oído barritar como a un elefante.

Había querido animar a Lenny, pero este tan solo sacudió la cabeza con vehemencia.

—¡Pero no fue eso lo que pasó! Noah ya estaba raro antes.

—No me digas. ¿En qué sentido? ¿Dijo o hizo algo?

Lenny se encogió de hombros.

—Cuando nos metimos en cama ya estaba raro. Yo estaba acostado y quería dormir. Y entonces él vuelve a levantarse, se sienta en el suelo junto al sofá y no deja de mirarme. A oscuras solo vi su figura y, por si las moscas, volví a encender la luz. Le dije que se pirara. Pero él quedó allí, todo el rato dibujando con el dedo algo en la alfombra. Y de vez en cuando me miraba como un loco. Hasta que me harté y me di la vuelta hacia la pared.

Milla frunció el ceño, miró pensativa a Lenny.

—¿Y luego? Has dicho que te susurró algo al oído. ¿Qué te dijo?

Su hijo la miró indeciso.

—Total, no me vas a creer...

—Probemos.

Una sombra cruzó el rostro de Lenny, luego este soltó un resoplido, pero no dijo nada.

—Venga. Suéltalo ya —volvió a intentarlo Milla—. No puede ser tan malo.

Lenny la miró con lágrimas en los ojos.

—Me dijo: «No quiero que te mueras».

Milla se estremeció, se quedó mirando fijamente a su hijo.

—¿Qué?

Él se encogió de hombros.

—Tú me preguntaste. Eso fue lo que me susurró al oído.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Joe, nada más se hubo acostado a su lado.

—Noah le ha dado un susto de muerte a nuestro hijo.

Joe se giró hacia ella. La luz de la luna que entraba en la habitación bastaba para mostrar la preocupación reflejada en el rostro de Milla.

—No sé, pero el hijo de Susi es muy rarito para la edad que tiene.

—Déjate de rodeos. ¿Qué hizo el niño?

—Le dijo que no quiere que Lenny muera.

—Vaya, parece que le gusta nuestro hijo.

—Ese tipo de palabras saliendo de la boca de un niño de siete años no son normales.

—Noah tiene Asperger. Y esos niños... lo he buscado en Google, son... muy especiales.

—Ya lo sé —le espetó Milla—. Pero comprendo a Lenny. Primero Noah no le deja dormir y luego lo despierta asustándolo de esa manera. Supongo que a mí también me hubiera dado un yuyo si en plena noche alguien me tapara la boca y me susurrara cosas espeluznantes al oído.

—¿Dónde está Noah ahora?

—Susi se lo ha llevado con ella.

—Entonces todo en orden. Ahora nuestro hijo ya podrá dormir.

Notó la mano de Joe sobre su cadera, pero no estaba de humor para arrumacos. La frase extraña de Noah seguía rondándole la cabeza. Tampoco Joe parecía muy concentrado. Se apartó de ella, la observó.

—¿Qué? —quiso saber ella.

—Esa Susi... tú y ella, erais muy amigas, ¿no?

—Hace siglos de eso —esquivó ella.

—¿Y por qué habéis perdido el contacto a lo largo de todos estos años?

—Cosas de la vida —dijo ella, restándole importancia—. Susi se mudó al continente. Al principio aún nos escribíamos cartas, pero cada vez menos. Hasta que lo dejamos del todo. Eso es todo. Hasta hoy.

—Hay algo que no entiendo —murmuró Joe, sin apartar los ojos de ella.

—¿El qué?

—Pasan un montón de años y de repente, así sin más, el destino os vuelve a juntar. Pero en vez de alegrarte, tengo la impresión de que, desde que os habéis visto, lo único que quieres es esfumarte.

Ella se rio, asustada. Ojalá, Joe no notara que había dado en el clavo.

—Eso solo son imaginaciones tuyas, cariño. Y ahora, venga, a dormir.

OCHO

LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

La asustó una especie de crujido. Levantó la cabeza, miró hacia la puerta, pero allí no había nada. Joe dormía como un bendito, roncando ligeramente.

Pero no eran sus ronquidos lo que había oído. Al fin y al cabo, estaba familiarizada con los ruidos que hacía Joe al respirar.

Milla se incorporó, buscó a tientas el móvil, pero, al igual que antes, no lo encontró.

Todo resultaba extraño en aquella habitación. Desacostumbrado.

Entonces recordó que había dejado el móvil junto al lavabo en el cuarto de baño.

Le echó un vistazo al reloj de pulsera y constató que aún no eran ni las cinco de la mañana. El asunto de Noah de antes, la preocupación de Lenny de que el otro niño pudiera hacerle algo la habían mantenido despierta mucho tiempo.

Apartó la manta, sacó las piernas, se sobresaltó al notar algo blando, caliente a sus pies.

¿Qué era eso?

Reptó hasta el otro extremo del futón, bajó por allí, fue corriendo al baño. Tras coger el móvil, activó la linterna y la dirigió hacia su

lado de la cama. Bajo la carcasa de madera yacía un cuerpo pequeño, enrollado, durmiendo tranquilamente en la alfombra.

Noah... Había traído su almohada y estaba abrazado a un peluche. Verlo allí conmovió tanto a Milla que se le llenaron los ojos de lágrimas.

Volvió a meterse en cama, despertó a Joe.

—¿Qué pasa? —preguntó este con voz de sueño.

—Noah está durmiendo en la alfombra —susurró—. ¿Qué hacemos?

—Eh, nada, Milla. Deja que el pequeñajo duerma y duérmete tú también.

—Pero no podemos dejarle ahí en el suelo. ¿Qué pensará Susi cuando despierte y no encuentre a su hijo por ninguna parte? Tenemos que llevarlo de vuelta.

—¿Y luego? —preguntó Joe—. Cuando el peque comprenda qué está pasando seguro que se pone a llorar y despertará a todos. Déjalo ahí. Tampoco es que hubiera desaparecido del mapa.

—Pero ¿y si lo buscan sus padres? Dudo que entren así sin más en nuestra habitación...

Joe suspiró.

—Le estás dando demasiadas vueltas, cariño. Sigue durmiendo. Cuando despiertes de nuevo, el niño seguramente ya habrá vuelto a su habitación. Se irá igual que ha entrado. Puede que sea sonámbulo.

Milla se rindió por fin media hora más tarde. No había dejado de mirar preocupada cómo seguía Noah, dormido en el suelo junto a su lado de la cama. Ya no tenía sentido pensar en volver a dormir.

Menos mal que Noah y Joe seguían profundamente dormidos, por lo que se levantó tratando de no hacer ningún ruido para no despertarlos. Se metió de puntillas en el cuarto de baño, se lavó en un abrir y cerrar de ojos, se puso la ropa del día anterior y salió de la habitación.

No había nadie más levantado, pero eso le dio igual. Quería dar una vuelta por los alrededores, despejar la cabeza. Y para eso no había nada mejor que un paseo de madrugada.

Le apetecía muchísimo un café bien cargado, pero aquella máquina enorme, de color cromado y con un sinfín de botones tenía pinta de hacer un montón de ruido nada más conectarla.

El café tendría que esperar.

Sopesó por un momento si dejarle una nota a Susi, en caso de que se pusiera a buscar a su hijo, pero optó por no hacerlo. ¿Qué iba a decirle?

¿«Tu Noah está durmiendo en el suelo junto a nuestra cama»?

No. Estaba dándole demasiadas vueltas. Al fin y al cabo, era el hogar de Noah. Ella solo era una invitada.

Se puso la chaqueta y salió al exterior. Durante varios segundos inspiró profundamente, ansiosa por dejar que entrara en ella el aire fresco y el aroma intenso del bosque. Luego cogió el camino que salía del claro.

Decidida, caminó siempre recto, recorriendo a la inversa el mismo camino que atravesaba el bosque y por el que habían venido, hasta que llegó a la carretera. A cada paso que se alejaba de la casa, se iba sintiendo mejor.

Pero ¿por qué?

Al fin y al cabo, Susi no era una extraña. Al menos la Susi que conocía de antes, la que había sido como una hermana, hasta que una tontería lo había destruido todo entre ellas.

Milla volvió a sentir esa presión tan familiar en el estómago, ese malestar estomacal que se apoderaba de ella solo con pensar en el pasado.

Tenía que dejar de rumiar sobre eso porque, si no, perdería el suelo bajo los pies.

Pero ocurrió.

Se mareó y le entraron arcadas.

Miró a su alrededor, pero no vio ningún banco, ni siquiera un tocón donde poder sentarse – solo praderas y campos. Se dejó caer en la hierba, se tumbó de espaldas, quedó mirando el cielo azul sobre ella, se concentró en respirar.

Susi y ella eran unas crías.
Solo quince años. Unas niñas prácticamente.
Lo habían compartido todo.
Se habían contado todos sus pensamientos más íntimos.
Lo que habían experimentado juntas...
El primer día de colegio.
El primer enamoramiento.
Golpes emocionales duros.
Claro, de vez en cuando habían tenido encontronazos fuertes,
pero siempre acababan reconciliándose.
Hasta que...
Todo cambió de la noche a la mañana. Por una tontería. Una riña
que lo destruyó todo.
Milla volvió a incorporarse, notó la mejilla húmeda. Se tocó y
entonces se dio cuenta de que estaba llorando.
¿Sentiría Susi lo mismo?
¿Seguiría sufriendo con lo que había pasado?
Milla sacudió la cabeza. ¡Qué pregunta más estúpida!
Claro que lo hacía. Seguramente incluso más que ella.
Pero qué alegre y con qué franqueza había reaccionado ante el
reencuentro. Aquello la dejó realmente impresionada. Incluso tras el
shock inicial, a Susi no se le había notado nada.
Tan solo la alegría al verla...
¿O no?
Milla tragó.
¿Por qué no podía ella hacer lo mismo?
¿Era por la mala conciencia?
¿Sentimientos de culpabilidad tal vez?
Tragó.
No, no era nada de eso.
Se levantó, se encaminó de vuelta a la casa. Aunque a medida
que iba acercándose, sus pasos se volvían cada vez más lentos y
titubeantes.
Una vez hubo llegado a la casa y a las escaleras que llevaban a la
entrada, se concedió algo más de tiempo, oyó risas, mucho antes de
abrir la puerta y entrar.

Joe estaba intentado poner la cafetera en marcha. Susi y Theo lo rodeaban y observaban atentamente. Por un instante le sorprendió esa repartición de tareas, antes de llamar la atención sobre su propia persona.

—Buenos días a todo el mundo —exclamó, con la esperanza de que nadie notara que en aquella casa se sentía de todo menos a gusto.

Susi le echó una mirada sonriente por encima del hombro.

—El encanto de tu marido se ha ofrecido amablemente a revelarnos el misterio de nuestra máquina de café. La hemos comprado hace poco y seguimos sin saber cómo funciona. —La amiga se giró del todo hacia ella, la estudió—. ¿Va todo bien? Pareces trasnochada.

—Qué va, todo bien —contestó Milla al instante—. Solo lo normal. La primera noche en un ambiente extraño siempre me resulta un poco complicada. Por eso me he levantado temprano y he salido a dar un paseo.

Susi suspiró.

—¿Es por Noah? Os despertó a todos anoche. Pero voy a hablar con él, prometido. Supongo que está un poco nervioso y por eso ha alargado el día hacia la noche. Seguro que la noche que viene irá mejor.

Milla le restó importancia con un gesto de la mano.

—Si no fue para tanto —dijo—. Lenny se tranquilizó enseguida y volvió a dormirse. Mi inquietud no tiene que ver con nada de eso. Es solo que la primera noche no soy capaz de dormir ni en el hotel más lujoso. Siempre me lleva algo más aclimatarme. Noah no tiene culpa alguna.

Susi se le acercó, le dio un abrazo fuerte.

—Estoy tan contenta de que estés aquí. —Luego la apartó sin soltarla, la miró sonriendo.

A Milla le pareció sincera. Susi parecía efectivamente feliz por tenerla allí, pero ella... Seguía sin poder dominar esa sensación extraña en el estómago. Ese acto reflejo de querer huir con el que estaba lidiando desde anoche no había desaparecido aún.

—Yo también —logró articular, deseando que Susi no se diera cuenta de que era una mentira descarada.

—¡Cariño, lo he pillado por fin! —gritó Theo y atrajo de nuevo la atención de Susi.

Milla respiró aliviada.

Juntas se acercaron a la cafetera.

Theo, lleno de orgullo, le mostró a su mujer cómo funcionaba la máquina.

Todavía ensimismada en sus propios sentimientos, Milla se mantuvo algo alejada y observó a los tres y al objeto que reclamaba su atención. La monstruosa máquina de café, que tampoco ella se había atrevido a usar, ahora emitía los ruidos habituales. Pero no fue eso lo que la molestó.

La máquina estaba llena de polvo y en los laterales cromados había gotas de agua reseca. ¿En una cafetera nueva que los dueños no sabían manejar? Se acercó algo más. La máquina seguía teniendo aspecto de haber sido usada y no haber sido limpiada a fondo desde hacía tiempo. En la parte de atrás, en la tapa que cubría los granos de café, incluso faltaba una esquina. ¿Cómo podía ser si, según Susi y Theo, hacía poco que la cafetera había llegado a casa?

¿Se trataría de una cafetera usada adquirida a buen precio? ¿Les daba vergüenza admitirlo?

¡Qué raro!

Todo lo demás parecía elegante y exclusivo, seguramente carísimo. No le cuadraba que hubieran invertido en un aparato viejo.

¿O acaso no era oro todo lo que relucía? ¿No le iría tan bien a la pareja como parecía a primera vista?

Milla trató de ocultar su sorpresa.

—Voy a darme una ducha rápida —anunció y escapó corriendo hacia arriba para poner orden en su cabeza.

Una vez en el baño, se desnudó y cuando estaba a punto de meterse bajo la ducha, se abrió la puerta y entró Joe. A diferencia de otras veces, no se fijó en su cuerpo, sino que la miró muy serio a los ojos.

—Quería hablar a solas contigo —comenzó.

—¿Qué pasa?

—Susi, tu amiga. —Se interrumpió, sacudió la cabeza, parecía dar con las palabras adecuadas—. Estaba buscando a Noah y, obviamente, no daba con él porque estaba en nuestra habitación. Cuando me enteré, le mostré al niño que seguía dormido en el suelo.

—Sí, ¿y?

Él carraspeó.

—¿Qué pasa?

—Según ella, llevaba una eternidad buscándolo por toda la casa. Y cuando lo vio, reaccionó de manera bastante fuerte.

—¿En qué sentido?

—Empezó a gritar y a reñir, estaba extremadamente enfadada...

—¿Enfadada? ¿No aliviada?

—No. Cabreada de verdad. Cabreada con Noah y conmigo.

NUEVE

LA CASA EN EL BOSQUE

JOSIE

Josie salió a hurtadillas de la habitación de sus padres, cerró la puerta tras de sí y respiró hondo. Luego se dirigió a la habitación de Noah, que compartía en estos momentos su hermano. Llamó dos veces a la puerta, la abrió, metió la cabeza entra la rendija.

—¿Puedes venir un momento? —le pidió a Lenny.

—Claro —respondió este, se levantó de un salto del sofá-cama y la siguió—. ¿Qué pasa? —preguntó en el pasillo.

Ella negó con la cabeza a modo conspirativo.

—Aquí no —dijo y lo invitó a seguir hacia delante, en dirección a su habitación de invitados. Una vez allí, cerró la puerta con cuidado, antes de empezar a susurrar, como si temiera que pudieran oírla—. Aquí está pasando algo raro. Papá también se ha dado cuenta. Se lo acaba de contar a Mamá.

—¿A qué te refieres? ¿A lo del *frikí*?

—¿Te has enterado del cabreo que pilló su madre cuando lo encontró en la habitación de nuestros padres?

—No del todo. ¿Qué pasó?

—Por lo que he entendido, Noah se pasó un buen rato durmiendo con ellos en su habitación. Tirado en el suelo, junto a la

cama. ¿Te imaginas?

—No muy bien —contestó Lenny—. Solo me di cuenta de que no volvió para cama, pero no le di más vueltas. Como tras los chillidos Susi se lo llevó con ella... Supongo que esperó a que se durmieran sus padres para luego meterse a escondidas en la habitación de Mamá y Papá.

—Es de locos. ¿Por qué lo haría?

—Ni idea.

Josie volvió a mirar a la puerta, como si desconfiara de que los estuvieran espiando.

—¿Recuerdas que sus padres dijeron que Noah tenía problemas con la gente que no conoce? —preguntó a media voz.

—Sí, claro. Con eso disculparon su comportamiento en la mesa, cuando no dijo ni una sola palabra y todo eso.

—¡No hables tan alto! —lo avisó Josie.

—Vale, vale —aceptó Lenny y también bajó la voz—. Es todo muy raro. Si a Noah le asustan los extraños, ¿por qué se esconde en la habitación de Mamá y Papá y se queda a sobar allí tirado en el suelo junto a su cama en vez de con sus padres?

Josie miró a su hermano, asintió con la cabeza.

—Eso es lo que yo tampoco entiendo. Si le dan miedo los desconocidos, lo normal sería ir a esconderse a la habitación de sus propios padres.

—Hm. —Lenny la miró, se encogió de hombros—. Puede que no se diera cuenta de a dónde iba. Puede que sea sonámbulo. Con ese tío no me extrañaría nada.

Josie reflexionó, luego negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —quiso saber Lenny.

—Piensa —le ordenó Josie—. Si Noah realmente fuera sonámbulo, ya lo habría hecho con anterioridad, sus padres lo sabrían y seguro que nos hubieran dicho que a su hijo le da por fantasmear de noche por la casa adelante. Pero no mencionaron nada por el estilo, así que eso queda descartado.

Lenny resopló desconcertado.

—Pero ¿entonces por qué hace esas cosas espeluznantes?

—¿Espeluznantes? —Josie se quedó mirando pensativa a su hermano—. A mí ya no me parece que el comportamiento de Noah sea espeluznante o que dé miedo. Al principio sí, pero ahora...

—¿Qué ha cambiado?

—Para ser sincera, me parece mucho más espeluznante el comportamiento de sus padres. Si los comparas con Mamá y Papá, ¿qué te llama la atención?

Lenny se la quedó mirando perplejo.

—Ni idea.

—No son como los típicos padres. El padre de Noah se comporta como si él mismo aún fuera un niño. Habla con Noah como con un colega más. Y la madre, la tal Susi... —Josie se interrumpió para pensar cómo expresar lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Qué pasa con Susi? —quiso saber Lenny.

—Parece completamente sobrepasada. Casi como si no le gustara ser madre. Y tampoco es muy cariñosa con Noah. Es como si estuviera haciendo el paripé para que veamos qué genial es como madre. Pero es todo falso. Me temo que cuando nos hayamos ido, volverá a ser un témpano de hielo. Creo que no quiere a su hijo.

Lenny se la quedó mirando.

—No lo pillo.

Josie resopló.

—¿Recuerdas hará unos dos años cuando después del colegio me fui a la casa de una amiga? Se me había olvidado avisar en casa y aún no tenía móvil. A Mamá casi le da algo de lo preocupada que estaba y, cuando por fin me encontró, se puso a llorar de alegría. No se enfadó conmigo, tan solo estaba contentísima porque yo había vuelto y no me había pasado nada.

—¿Algo parecido como cuando me escondí y ninguno de vosotros me daba encontrado?

—Exacto —respondió Josie—. A Mamá simplemente se le cayó un gran peso de encima, estaba aliviada porque estabas bien. Pero Susi antes... ¿Has visto sus ojos cuando sacó a Noah a rastras de la habitación de Mamá y Papá? Estaba súper cabreada y pasó de que estuviera bien. Creo que eso no es normal. Como tampoco lo es el comportamiento de Noah con respecto a todos nosotros.

Lenny entrecerró los ojos.

—¿Crees que lo maltrata?

—Puede. Eso al menos explicaría por qué está tan perturbado.

—Quieres decir chalado.

—¡No! —Josie miró muy seria a su hermano—. ¡Piensa! Apenas habla, tiene pesadillas. Se te queda mirando fijamente cuando os quedáis a solas en la habitación. ¿Y si lo que pasa es que quiere decirte algo, pero no se atreve? Y sus padres... a ellos les preocupa que pueda contarle a alguien lo que pasa en casa. Por eso puede que le hayan amenazado con hacerle algo malo si cuenta lo que le hacen.

—¿Crees que son los dos?

Josie asintió con la cabeza.

—Creo que el padre sabe qué hace Susi y, aun así, se calla. Así también cobra sentido que trate a su hijo como si fuera un colega.

—¿Quieres decir que juegan al poli bueno y al poli malo con él?

—Inconscientemente sí. Susi es la que pierde los estribos porque no puede con la enfermedad de Noah o por lo que sea. Por eso lo trata como la mierda, porque cree que ella no se merecía un hijo así. Descarga sobre él toda su rabia, le pega. Puede que incluso le diga que lo odia. Y Theo... él se entera de lo que está pasando, claro, pero no puede o no quiere intervenir. Así que trata de arreglarlo, transmitiéndole a su hijo que es colega suyo.

Lenny asintió pensativo, luego alzó las cejas.

—Lo que lo convierte en un gilipollas todavía mayor, porque permite que su mujer le haga eso a su hijo. Lo acepta sin ayudar, piensa que queda arreglado si al menos él es amable con Noah.

Josie resopló, sacudió la cabeza.

—Ven conmigo —ordenó decidida.

—¿Vas a decírselo a Mamá y a Papá?

—No. Total, no nos creerían. Tengo una idea mejor.

Salió de la habitación, le hizo señas a Lenny para que la siguiera y se encaminó decidida a la habitación de Noah. Se detuvo delante de la puerta, pegó la oreja a ella. Luego llamó con los nudillos, accionó el picaporte.

El niño estaba sentado en el suelo, con los ojos clavados en su tren de juguete.

Ni siquiera alzó la cabeza para mirarla. Era como si le importara todo un bledo.

—¿Puedo pasar? —preguntó ella de todos modos.

Reacción cero.

Se sentó frente a él, lo miró un rato sin decir nada. El niño tampoco reaccionó a eso.

Incluso cuando Lenny se dejó caer en el sofá-cama, soltando un suspiro sonoro, Noah no dijo ni mu.

Permaneció con la vista clavada en el suelo, parecía estar en su propio mundo.

—Oye, Noah. ¿Te importaría contarme por qué dormiste anoche en la habitación de nuestros padres? —le preguntó Josie en voz baja.

Nada.

—¿Tuviste una pesadilla?

Ninguna respuesta.

—Seguro que estabas muy asustado, ¿verdad? —Josie procuró mantener una voz cálida y amable. Tenía que llegar a Noah como fuese—. Cuando yo tenía tu edad, también tenía pesadillas horribles, ¿sabes? —Siguió parloteando sin más—. Soñaba con brujas y monstruos. Eran horripilantes, con dientes enormes y garras. Solía despertar empapada en sudor y luego ya no era capaz de volver a quedar dormida. Por eso me metía en la cama de Mamá y Papá. Con ellos no tenía miedo y todo estaba bien.

Miró a Lenny.

—A ti también te ha pasado, ¿verdad, hermanito?

Él la miró, parecía no entender. Ella abrió los ojos, le lanzó una mirada feroz, hasta que por fin Lenny hubo entendido qué estaba tratando de transmitirle.

—Ah, sí. Ya sé a qué te refieres —dijo para seguirle el juego—. Cuando vi la peli del *Hobbit*, también tuve pesadillas. El orco malvado me perseguía, quería comerme.

—¿Tú también has visto *El Hobbit*? —le preguntó Josie a Noah.

Al principio dio la impresión de que Noah volvería a no reaccionar a la pregunta, pero luego negó vacilante con la cabeza.

Josie respiró aliviada para sus adentros.

—¿Tus padres no te dejan ver esa peli?

Un asentimiento tímido con la cabeza.

—¿Te enfadaste con ellos por eso?

Él alzó la mirada, parecía sorprendido, luego negó con la cabeza.

—Y anoche —siguió tanteando ella—, ¿tuviste en serio una pesadilla?

Negación muda.

—Pero tenías miedo.

Asentimiento mudo.

—¿De nosotros?

Él bajó la mirada, lo negó sin decir palabra.

—¿De nuestros padres?

Otra negación.

—¿Te metiste por eso en su habitación? ¿Porque te caen bien, porque confías en ellos? Sabes que son buena gente, ¿verdad?

Noah volvió a alzar los ojos, se la quedó mirando un rato, finalmente asintió con la cabeza.

—Vale —concluyó Josie—. Así que no nos tenías miedo ni a nosotros ni a nuestros padres, pero ¿entonces a quién?

Silencio.

—Y ahora mismo... ¿tienes miedo? —intervino Lenny.

Noah miró a su hermano, luego asintió muy despacio.

—¿Puedes decirme a qué?

El niño pareció reflexionar, luego negó con la cabeza.

—¿Ha pasado algo malo? —preguntó Josie—. ¿Algo de lo que crees que no debes hablar con nadie?

Las manos de Noah se convirtieron en puños, pareció enfurecerse de repente.

—¿Alguien te ha hecho daño?

Él alzó la mirada, asintió titubeante.

—¿Pero no puedes decirlo?

Noah empezó a temblar repentinamente.

—Puedes confiar en mí, Noah. ¿Qué pasa? —preguntó Josie.

De repente, Noah empezó a sollozar por lo bajo.

Algo dentro de Josie se rompió. Se sintió irremediablemente sobrepasada.

—Hey, Noah, peque. Si no nos dices qué pasa, no podremos ayudarte.

—A nosotros nadie puede ayudarnos —soltó Noah de golpe.

Josie se sorprendió al darse cuenta de que esa era la primera oración completa que le había oído decir al niño. Además, sonó completamente normal.

—¿A quién te refieres con «nosotros», Noah? ¿A tus padres y a ti?

Él asintió.

—¿Son ellos los que te hacen daño? —Josie fue a por todas.

Durante un rato no pasó nada de nada, luego miró muy seria a Noah.

—Es tu madre, ¿verdad?

Noah hizo una mueca, pero no dijo nada. Luego rompió a llorar.

—¿Quieres que vaya a buscar a tu padre? —le propuso ella con delicadeza, con el dedo índice le alzó la barbilla, lo miró compasiva—. Él al menos parece más amable.

La expresión de Noah cambió de golpe. Si antes parecía desesperado, ahora tan solo era rabia lo que se veía. Negó vehementemente con la cabeza, miró a Lenny y luego otra vez a Josie, a la vez que alzaba la mano, ponía el pulgar en el lado izquierdo de la garganta, se lo llevaba al otro lado. Un gesto inequívoco.

—No es tan amable como dice ser. ¿Es eso? —preguntó Josie.

Noah bajó la mirada, negó con la cabeza.

Ella miró a su hermano.

—¿Lo has oído, Lenny? Eso en cuanto a tu teoría de que Theo es guay con su hijo.

—¿Qué quieres decir?

—A ver, piensa —le ordenó con una sonrisa de desprecio.

—¿Que lo único que hace es fingir ante Noah? —preguntó Lenny a media voz—. ¿Que solo hace como si fueran colegas?

Josie negó lentamente con la cabeza.

—No. Theo no finge ante Noah. Finge ante todos nosotros.

DIEZ

LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

—¿No deberíamos bajar ya? —preguntó Joe cuando por fin se hubieron vestido.

—¿Tienes hambre o a qué viene tanta prisa?

Él asintió.

—Me muero de hambre. ¿Acaso tú no?

Milla negó con la cabeza.

—La verdad es que no. ¿Sabes qué planes tienen Susi y Theo para hoy?

—De momento aún no. Anoche él comentó algo de que hoy haría bueno para ir de pesca. Supongo que querrá salir conmigo a pescar con mosca. Al fin y al cabo, ese fue el motivo de la invitación: la idea era pescar juntos en la laguna Achterwasser.

Ella asintió pensativa.

—¿Qué pasa?

—No es nada —respondió ella.

—Cariño, que no soy tonto. Le estás dando vueltas a algo.

—Para serte sincera, me gustaría estar hoy un rato a solas. Quiero ir a visitar la tumba de Papá, dar una vuelta por Ahlbeck, ver qué ha cambiado. Ya que estamos aquí, quiero aprovechar.

Él frunció el ceño.

—Pues hazlo. Estoy seguro de que Susi lo entenderá.

—¿Y si no? ¿Qué pasa si ya ha hecho planes para nosotras?

—En ese caso le dices que aplaze esos planes para la tarde porque primero quieres ir al cementerio. No es nada del otro mundo. Quieres visitar a tu padre muerto. ¿Quién si no la mejor amiga de la infancia no entendería eso?

Milla miró a Joe, asintió.

—Tienes razón. Voy a contarle durante el desayuno mis planes y luego ya veré qué dice al respecto.

—Pues entonces, vamos —la animó Joe impaciente—. Recogemos a los niños y bajamos a la cocina. Está llegando el aroma a beicon frito hasta aquí arriba y se me está haciendo la boca agua.

Los ánimos en la mesa estaban divididos. Joe, Theo y Susi charlaban animados. Los niños, sin embargo, no decían ni mu, como si hubieran hecho un pacto.

Lenny se metía sin ganas trozos de tortita en la boca, sin notar siquiera que Theo le había metido trozos de fruta en la masa, cosa que su hijo detestaba.

Josie también jugaba desganada con el huevo revuelto, lo pinchaba con el tenedor, le echaba de vez en cuando miraditas a Noah, el cual a su vez parecía querer estar en cualquier sitio menos aquel.

Milla se dio cuenta de todo esto, pero no le encontró ninguna explicación, por lo que siguió atenta al parloteo de los adultos. El tema era la cafetera a la que Theo le había dado el título de monstruo que por fin había vencido.

—Efectivamente, encontré en internet un manual de instrucciones en formato vídeo —estaba explicando—. El vídeo tiene más de siete mil *Likes*, lo que significa que yo no soy el único palurdo que no se aclara con el chisme ese.

—No le des tantas vueltas —intervino Susi—. Es un aparato nuevo. ¿Cuánto crees que tardé yo en saber manejar el robot de cocina? Y eso que no tiene ni la tercera parte de mecánica que la cafetera esa.

Milla buscó la mirada de Joe, pero este estaba completamente centrado en Theo. ¿Acaso no se daba cuenta de lo contradictorio que resultaba todo aquello?

Esa cafetera ya era vieja y estaba usada. ¿A quién pretendían engañar Theo y Susi? ¿Y por qué? ¿Por qué mentían tan descaradamente? ¿Porque les daba vergüenza no saber manejar su propia máquina? ¿O había algo más?

¿Al final, no sería ella la que se ahogaba en una gota de agua, la que hacía una montaña de un granito de arena? ¿Reaccionaba de aquella manera hipersensible a cualquier incongruencia y minucia por haber vuelto después de tantos años y porque cada célula de su cuerpo se estaba rebelando contra ello, por dejar que los viejos sentimientos y recuerdos salieran a la superficie?

Miró hacia Susi, que se percató de que la estaba mirando. La amiga ladeó la cabeza, sonrió.

—¿Y tú y yo qué vamos a hacer hoy?

—La verdad es que yo tenía pensado... —empezó Milla.

—Pero ¿qué pregunta es esa? —la interrumpió Theo—. Las chicas os vais de compras y luego a la playa con los niños. Hace un tiempo maravilloso y vais a pasar un día perfecto.

Susi paseó la mirada desde su marido hacia Milla.

—¿Te parece bien?

Milla suspiró para sus adentros, luego asintió.

Joe la miró sorprendido, le guiñó un ojo, lo que la enfureció. ¿Qué iba a hacer si no? ¿Estropearle el buen humor a Susi hablando de cementerios y recuerdos nostálgicos que quería revivir?

Hizo un gesto apenas perceptible de negación en dirección a Joe. Si se le ocurría dejarla ahora al descubierto, les estropearía a todos el día. Pero no hizo nada por el estilo, simplemente parecía estar contento con la aventura de hombres que le esperaba. Sin mujeres. Sin hijos. Tal como lo habían planeado. Él y su colega.

Susi, sin embargo, parecía querer asegurarse.

—¿Y vosotros? —preguntó mirando primero a su marido, luego a Joe.

—Nosotros vamos de pesca, como habíamos planeado. No hay cambios —dijo Theo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues todos contentos —constató Susi de buen humor y le echó una mirada de comprobación a su hijo, que seguía estoicamente con los ojos clavados en el plato. Frunció el ceño preocupada—. Cariño, ¿por qué no comes?

Noah no reaccionó. Ni siquiera alzó la mirada.

Susi se levantó de golpe, dio la vuelta a la mesa rápidamente, le puso la mano en la frente. Pero a Noah le debió de desagradar el contacto. Se estremeció.

Pero ¿eso no era algo normal en niños autistas?, se preguntó Milla, que se había informado al respecto en internet.

—No tiene fiebre —constató Susi y suspiró indecisa.

—Creo que lo que le pasa es que está cansado, nada más —dijo Milla—. Anoche no durmió mucho tumbado en nuestra habitación. —Sacó el tema conscientemente—. No creo que haya descansado lo suficiente, con lo que ronca Joe.

Esperó con cierta tensión a ver cómo reaccionaría Susi a la indirecta.

Pero esta ni la tuvo en cuenta, estaba centrada en Noah única y exclusivamente. Se inclinó sobre él.

—Ven que te llevo arriba, ¿vale? Te acuestas un poco y por la tarde ya veremos qué hacer. —Soltando un suspiro miró a Milla—. Me temo que lo de ir de compras no va a poder ser. Prefiero quedarme con Noah. No vaya a ser que esté incubando algo.

A Milla se le cayó un gran peso de encima. Al final podría poner en marcha su plan. Les pediría a los niños que guardaran silencio en el cementerio y luego se lo pasarían en grande yendo de compras los tres juntos.

Lenny gimió.

—Mami, no me apetece ir de tiendas. Tú y Josie sois súper lentas.

—Si quieres, puedes quedarte aquí —ofreció Susi sonriendo—. Siempre y cuando tu madre esté de acuerdo.

—Tengo una idea mejor —intervino Josie—. Lenny y yo nos quedamos con Noah y así podéis ir juntas a la ciudad.

Milla se percató de que Susi se quedó mirando perpleja primero a su hija y luego a Lenny.

—¿Haríais eso?

Josie asintió vehemente con la cabeza y Lenny se unió a ella.

—Pensaba que os costaba lo suyo lidiar con mi niño —dijo Susi con voz tan baja que casi no la oyeron.

Josie se encogió de hombros, se dirigió a Noah.

—Ya nos las arreglaremos, ¿verdad?

Noah la miró, asintió con la cabeza.

—Yo también me las arreglaré con él —confirmó Lenny—. No es que hable mucho, pero nos entendemos de todos modos.

Susi los miró a todos con el ceño fruncido, al principio no supo cómo reaccionar ante la sorprendente amistad que había surgido entre los tres.

También a Milla le sorprendió y tampoco supo qué pensar.

Pero Susi negó de manera resoluta.

—Es muy amable por vuestra parte, niños, pero no puedo dejar a Noah solo. No cuando está claro que no se encuentra bien... —Lo miró, ladeó la cabeza—. Mami va a quedarse contigo, cariño. No tengas miedo. —Balanceó su silla—. Ahora voy a llevarte arriba, ven, mi niño.

Milla observó a Noah levantarse a regañadientes, irse sin más, sin mirar atrás.

Miró a sus hijos, que la estaban mirando de manera muy intensa, como si quisieran decirle algo, pero no tuvo ocasión de preguntar.

Joe carraspeó. Ella giró la cabeza.

—Podrías ir al cementerio y dar una vuelta por Ahlbeck, luego hacerle algo de compañía a Susi. Puede que para entonces Noah ya se encuentre mejor. Así al menos podréis ir a la playa.

—¿He oído cementerio? —preguntó Susi, que había vuelto a la cocina sin que se dieran cuenta.

—¿Noah duerme? —preguntó Theo sin entrar al trapo a la pregunta de ella.

Ella negó con la cabeza.

—Está en su habitación. Quería descansar un poco. Supongo que Milla tiene razón. Fue una noche larga para él. —Se giró hacia ella—. ¿He oído bien? ¿Quieres ir al cementerio de Ahlbeck?

Milla asintió.

—Espero que no te importe. No tardaré.

Susi le restó importancia con un gesto de la mano.

—Malo será que no sea capaz de lidiar con tres niños. Tú ve a visitar a tu padre y luego te vas de compras tranquilamente. Tan pronto se encuentre mejor Noah, cojo a los niños y nos vamos a la playa. Reúnete allí con nosotros cuando hayas vuelto.

Milla miró a Lenny, luego a Josie.

—¿Os parece bien?

Los dos asintieron al unísono, cosa que raras veces ocurría. Ahí tenía que haber gato encerrado, pensó Milla.

—¡Pues listo! —exclamó Susi—. Los hombres se van de pesca, Milla se va sola y yo me quedo con los niños hasta que Noah se encuentre mejor y podamos ir a darnos un baño.

En la habitación, Milla se quedó mirando pensativa por la ventana y se sobresaltó al notar los brazos de Joe abrazándola desde atrás. Él la besó en el cuello, pero en esta ocasión este gesto cariñoso la dejó fría. Se dio la vuelta y lo miró pensativa.

—¿Has notado lo raro que ha sido todo?

—¿A qué te refieres?

—Primero lo de la cafetera. Dicen que es nueva, pero hasta un ciego vería que se trata de un aparato viejo.

—¿Acaso crees que la robaron? —bromeó él.

Ella resopló molesta.

—No estoy de broma, Joe. Es solo que me parece raro que ni Theo ni Susi sepan manejar esa máquina.

—Bueno, Theo es informático, no experto en máquinas ni ingeniero. No es manitas, eso es todo. Igual que yo.

—Ya, pero tú supiste al menos cómo encenderla y hacer que echara café.

—Porque conozco ese tipo de máquina —le explicó—. Es de la serie Gastro, salieron difíciles de manejar.

—Pero Theo miente al decir que es nueva.

—Puede que la hayan comprado hace poco de segunda mano.

—Eso también lo he pensado yo, pero fíjate en esta casa. ¿Hay algo aquí que te haga pensar que los habitantes de esta casa comprarían una cafetera usada? Cada detalle o aparato o pieza que forme parte de la decoración es jodidamente caro, eso hasta lo sé reconocer yo, que no tengo ni idea de estas cosas. ¿Por qué entonces una cafetera usada?

Joe se la quedó mirando, hizo una mueca.

—¿Qué es lo que te pasa de verdad? ¿A qué vienen estas dudas repentinas?

—El niño, Noah, no entiendo por qué ha dormido con nosotros en vez de quedarse con su madre. Y luego Susi. Es tan distinta a cómo la recordaba.

—¿A qué te refieres con distinta?

—No sé cómo describirlo. Es como si estuviera interpretando un papel. Y eso me tiene intranquila. Ya no me siento como antes cuando estoy con ella. Me siento mal, de alguna manera.

Joe la miró.

—Puede que sea por el entorno. Desde el principio no querías venir. Y ahora proyectas ese rechazo a tu antiguo hogar en tu amiga de la infancia.

Lo que Joe estaba diciendo tenía sentido, pero esa no era la razón de su inquietud. Sin embargo, en vez de sincerarse con él, solo asintió, para mantener la paz.

—Deberías estar contenta —dijo Joe sonriendo, la atrajo de nuevo hacia él—. Incluso los niños parecen estar a gusto, hasta se llevan bien con el rarito. ¿Te diste cuenta antes cómo hicieron piña solo para no tener que ir de compras contigo?

Milla asintió.

—Ahí hay gato encerrado... Josie no renunciaría nunca a ir de tiendas porque sabe que siempre acaba llevándose algo sin tener

que tocar su paga. Y hoy, sin embargo, insiste en quedarse con Lenny y Noah – ¿por qué?

Joe se encogió de hombros, le dio un beso en la punta de la nariz.

—Tal vez porque los milagros sí existen.

Milla suspiró para sus adentros. Su maldito marido estaba en una nube y ella podría decir lo que fuera que él iba a encontrarle una explicación a todo, así que dijo simplemente:

—Voy a ver cómo están los niños antes de salir.

Se soltó, salió de la habitación. Sabía que su comportamiento a Joe le tenía que parecer el de una paranoica, pero le daba igual.

Notaba, sin más, que en esta casa, en esta familia, pasaba algo raro. Y no debería importarle. Al fin y al cabo, ya no era amiga íntima de Susi. No soportaría más traumas relacionados con la isla y por eso andaría con ojo.

Pocos minutos después llamó a la puerta de Josie, vio a Lenny sentado en el alféizar, entró.

—¿Qué está pasando aquí? —Esperó que la severidad de su voz les dejara bien claro que esperaba una respuesta sincera.

—Queremos quedarnos con Noah, en serio —explicó Lenny—. Creo que tiene miedo estando solo. Queremos cuidarlo, jugar con él e intentar hacernos amigos de verdad. Me da un poco de pena.

—Pensaba que lo tenías por un... cómo dijiste... *friki*.

Lenny se puso como un tomate.

—He cambiado de opinión. Noah no es ningún *friki*. Es solo que parece miedoso y por eso me da lástima y me quiero quedar con él.

—Que tú no quieras venir conmigo, tampoco me preocupa mucho que digamos —admitió Milla—. Pero, Josie, ¿qué pasa contigo? Si te encanta ir de compras. ¿Tú qué excusa tienes?

—Noah —fue la respuesta escueta de su hija—. Como acaba de decir Lenny, creo que tiene un miedo terrible.

—Y por eso se queda su madre con él.

Lenny y Josie se miraron sin decir nada, luego la miraron a ella.

—Ese es el problema —dijo su hija titubeante—. Creo que Noah les tiene mucho miedo a los dos. A sus propios padres.

ONCE

LA CASA EN EL BOSQUE

JOSIE

—¿De dónde habéis sacado esa idea? —preguntó su madre, mirando interrogante primero a Lenny, luego a ella.

Josie suspiró.

—Noah se pasó el dedo por la garganta, ya sabes, el típico gesto de matón cuando quiere amenazar a alguien de muerte. Ya es la segunda vez que lo hace. Primero delante de Lenny y hace un rato también delante de mí.

—¿Así sin más o había una razón?

—Estábamos hablando de Theo. Creo que Noah quería hacerme entender que no es tan amable como parece.

Lenny, que estaba a su lado, se balanceaba nervioso de un pie a otro.

—Ahí lo tienes, Mamá. A mí no quisiste creerme. Ahora ha vuelto a hacerlo. Y ya te he contado lo que me dijo por la noche.

Josie frunció el ceño.

—Pero a mí no me lo has contado. ¿Qué ocurrió?

—Se lo conté a Mamá.

—¿El qué? Venga, di.

—El niño está enfermo, Lennard, o al menos tiene una deficiencia mental o como quiera que se considere el autismo —explicó Mamá—. Creo que le cuesta expresar que alguien le cae bien. Seguro que su intención no era ni la mitad de siniestra como te pareció.

—¿Qué dijo exactamente?

—«No quiero que mueras.»

Josie se quedó mirando a su hermano.

—¿Eso dijo anoche? ¿A ti?

Lenny asintió con la cabeza.

Milla fijó su atención en ambos.

—Por eso no entiendo que de repente queráis quedaros con Noah. Después de todo lo ocurrido, más bien me hubiera imaginado que aprovecharíais la primera ocasión que se os brindaran para salir de aquí. ¿Ha pasado algo mientras tanto entre vosotros y Noah de lo que yo no me haya enterado?

Josie pasó la mirada de su madre a Lenny, luego cuadró los hombros.

—¿Y qué? A veces es un poco rarito, pero no es más que un niño. Y yo voy a quedarme con él.

—Yo también. —Lenny sacó el labio inferior a modo de desafío.

—Vale —aceptó Milla—. Pues quedaros con Noah. Pero prometedme que no haréis ninguna tontería. Sobre todo no con Noah, ¿entendido?

Josie puso los ojos en blanco.

—Tengo doce años, no seis. Y si quieres saber por qué queremos quedarnos, te lo diré. Lenny y yo queremos averiguar qué pasa con Noah porque creemos que tiene que haber una razón para que Noah sea tan raro. Y no es por su enfermedad. Si sus padres tienen algo que ver, vamos a ayudarlo.

—Muy bien. —Milla asintió—. Me parece genial que queráis apoyarle, pero hablad conmigo antes de emprender cualquier acción. Por favor. Y hablando del tema, ¿alguna cosa más que me hayáis ocultado? ¿Ha dicho Noah algo que os haga pensar que les tiene miedo a Susi y a Theo?

Josie resopló.

—No hace falta que lo diga. ¿No basta con que prefiera dormir en el felpudo de vuestra cama antes que con su madre? ¿Y por qué crees que despierta por las noches, tiene pesadillas y luego llora desesperadamente?

Milla alzó las cejas.

—¡Espera, Mamá, que eso no es todo! Ni siquiera quiere que llamemos a sus padres para decirles que no está bien.

—¿Así que en serio creéis que Susi y Theo lo maltratan?

Josie soltó un resoplido fuerte.

—Ni idea si son culpables de eso, pero tu amiga sobre todo, la Susi esa, se comporta muy raro con Noah. Puede que esté sobrepasada porque está enfermo y que lo descargue con Noah. Pero eso bien no está.

—Vale. —Milla se rindió—. Pero repito: prometedme que no actuaréis sin pensar. No atosiguéis a Noah. No le acuciéis para que diga algo que tal vez no quiera decir. Y tampoco llaméis a los servicios sociales ni nada parecido, ¿entendido?

Josie eludió la mirada de su madre.

—¡Josephine! ¡Quiero que me lo prometas!

—No voy a llamar a nadie.

—Eso ya lo dijiste en otra ocasión.

Josie mantuvo la mirada seria de Milla, presintiendo nada bueno.

—¿Recuerdas el asunto del perro de la señora Weber? —prosiguió, en efecto, Milla.

Josie se puso como un tomate.

—Estaba claro que ibas a sacar eso ahora —protestó—. Mis intenciones eran buenas. En serio pensaba que la Weber le pegaba y no le daba de comer.

—¿Y por qué pensabas eso?

—Porque esa mujer es un bicho y porque siempre se portaba mal con nosotros. No quería que acariciáramos a Chappy o que le diéramos golosinas. Y como se pasaba las noches aullando, pues pensé que estaba sufriendo, por culpa de ella.

—¿Y también recuerdas lo que pasó cuando llamaste a la protectora de animales?

Lenny soltó una risita tonta.

Josie le dirigió una mirada furiosa, luego se dirigió a su madre.

—No sabía que Chappy tenía cáncer y que por eso estaba tan delgado y que solo podía comer determinadas cosas. Pero por eso también me disculpé con la señora Weber y lo siento. ¿Qué más quieres que diga?

—No quiero que aquí montes un circo parecido, ¿queda claro? Esta vez no se trata de un perro, sino de una persona. Se trata de Noah, de un niño que ya bastante tiene con qué cargar. Y los de los servicios sociales no se andan con chiquitas, ¿entiendes? Una acusación falsa puede poner patas arriba la vida de muchas personas. En mi trabajo he sido testigo de eso en más de una ocasión.

—Te lo prometo, Mamá. Nada de llamadas ni intentos de salvar a alguien sin antes haber hablado con Papá o contigo. ¿Te sirve?

—Vale. Me voy a fiar de ti —dijo Milla y miró a Lenny—. Y tú, compórtate, ¿vale? Si Susi te dice algo, le harás caso mientras yo no esté. Y repito: no atosiguéis a Noah, ¿entendido?

—¡Sí, mi capitán!

Al cabo de una hora escasa Susi salió para unirse a ellos en el jardín, las manos detrás de la espalda. Josie dejó la pelota con la que estaba jugando con Lenny y miró en su dirección.

—¿A quién le apetece un helado? —preguntó Susi con entonación conspiradora.

Lenny se encogió de hombros.

—Yo me tomaré uno.

Susi le sonrió a Josie.

—¿Y tú?

—Claro, ¿por qué no?

La sonrisa de Susi se ensanchó, sacó los brazos de detrás de la espalda, le tendió a cada uno un *Magnum* grande.

—Ya sabía yo. Que os aproveche. Dentro de media hora partimos a la playa.

—¿Noah ya está bien? —preguntó Josie.

Susi meció la cabeza.

—Voy a mirar cómo está dentro de un ratito. Se ha acostado, pero va siendo hora de despertarlo. Si duerme tanto de día, luego por la noche va a estar aún más activo. —Dirigió la mirada hacia Lenny—. Por cierto, me alegro de verdad de que os hayáis arreglado con mi niño. Le vendrán muy bien un par de amiguitos. Puede que pasar un poco de tiempo con otros niños le ayude.

—Noah es bastante guay cuando has pillado por fin cómo le regula la cabeza —dijo Lenny.

Susi lo estudió.

—¿Y tú lo has hecho? —preguntó en voz baja—. ¿Pillar cómo regula?

—¿A qué se refiere? —La voz de Lenny resultó un poco aguda de más, como si se sintiera desorientado.

—¿A qué va a ser? ¿Entiendes a mi hijo? Pensaba que te daba miedo. ¿No fue eso lo que le comentaste a tu madre? ¿No lo llamaste incluso *friki*?

Josie notó que su hermano se estaba poniendo tenso.

Ahora mucho cuidado con lo que dices, le pidió mentalmente a Lenny, como si con el mero poder de su mente pudiera llegar al oído de su hermano.

—¿Cómo sabe eso? —susurró Lenny.

—Oí vuestra conversación ayer.

Josie vio que su hermano se había ruborizado. Estaba como un tomate.

—Lo siento —soltó él—. No debí haber dicho algo así.

El rostro de Susi mudó a una sonrisa cálida.

—No pasa nada, Lenny. Estoy acostumbrada a que la gente desconfíe de Noah al principio. Los adultos no son mucho mejores en ese sentido. Y tú eres un niño pequeño. Es normal que el comportamiento de Noah resulte extraño al principio. Además, tiende a expresarse mal. A veces dice algo incomprensible, da a entender cosas erróneas sobre él mismo o su familia, ¿entendéis?

Josie asintió con la cabeza, le lanzó una mirada conspirativa a Lenny: ahora era mejor no decir nada más.

—Cambiemos de tema —exclamó Susi con una sonrisa radiante—. Voy a preparar algo para hacer un pícnic en la playa. ¿Qué os apetece comer?

—A mí me gustan los bocatas —soltó Lenny y Josie notó que respiraba aliviado. Igual que ella. Las insinuaciones de Susi también la habían intimidado.

—Y a mí me encantan los palitos de pepino y zanahoria o cualquier cosa sana —intervino ella.

Susi asintió lentamente.

—Pues entonces voy a ir a preparar unas cuantas delicias. Vosotros, mientras tanto, podéis preparar vuestros bolsos de la playa.

—Venga, tropa —dijo Susi tras haber extendido las mantas en la playa y haberse acomodado—. ¿Qué os apetece hacer? Podéis jugar a la pelota o hacer un castillo de arena. Pero nada de meteros en el agua sin mí. No quiero que pase nada. Milla jamás me lo perdonaría.

—Soy socorrista —replicó Josie molesta—. No necesito que nadie cuide de mí. ¡Ya sabía nadar con seis años!

Susi asintió impresionada.

—¿Y tú? —le preguntó a Lenny.

Lenny volvió a ruborizarse.

—Yo también sé nadar, aunque no estoy en la brigada de socorrismo acuático. Pero hasta hace poco estaba en un equipo de natación.

—¿Entonces los dos sois buenos nadadores?

Josie y su hermano asintieron al unísono.

—Vale, si es así, podéis meteros en el agua. Pero Noah... no sé...

—Cuidaremos de él —se ofreció Lenny rápidamente.

—Está a salvo con nosotros —corroboró Josie.

—Pero Noah no sabe nadar —objetó Susi—. Sería una responsabilidad muy grande y...

—¡Pero si sé nadar! —gritó Noah tan alto que todos se asustaron.

Se quedó mirando a Susi con los ojos muy abiertos. El niño estaba temblando de excitación. O puede que de rabia. Josie no lo tenía muy claro.

Lanzó una mirada algo irritada a Susi, que al principio pareció enfurecerse con el estallido de su hijo, pero que mudó enseguida de parecer y se rio de manera apaciguadora.

—Claro que sabes, mi hombrecito. —Les echó unas miradas cargadas de intención a Lenny y a Josie y les guiñó un ojo.

Josie asintió. Había captado el mensaje. No perdería de vista a Noah ni un solo segundo mientras estuvieran en el agua.

El agua del Mar Báltico estaba a tan solo veintidós grados y a los tres les había costado un poco meterse en el agua fría. Pero ahora que se habían metido hasta la cintura, ya se habían acostumbrado a la temperatura. Al menos Lenny y Josie. Noah sin embargo, situado al lado de Josie, se había agarrado con fuerza a su mano y tiritaba de frío.

—¿De verdad sabes nadar? —le preguntó ella.

Noah asintió con la cabeza.

—¿Te enfadaste porque tu madre dijo que no sabes?

Noah la miró, calló, cosa que ella interpretó como un sí.

—Entonces ¿por qué dice esas cosas? —preguntó Lenny.

Noah no le contestó, lo que no sorprendió a Josie.

Al menos parecía estar reflexionando sobre ello. Ya no tiritaba, pero ahora tenía los ojos anegados en lágrimas. A Josie le dio de golpe mucha pena.

¿Qué le estaría pasando por la cabeza a este niño de siete años? ¿Qué no tendría que tragarse?

Este niño le tocaba la fibra. Se trataba de algo completamente distinto a lo de Chappy. El perro le había dado pena, había malinterpretado su mirada triste. Y había odiado con todas sus fuerzas a la vieja Weber, al igual que todos sus amigos y amigas.

Cada vez que se les brindaba una oportunidad, le hacían una jugarreta. Le contestaban con descaro. Sabía que si hacía lo que Selina, su amiga, le había aconsejado, se metería problemas: llamar a la protectora de animales y pedir ayuda para Chappy.

Esto era diferente.

No sentía solamente lástima por Noah. Este niño había despertado su instinto protector y no era capaz de plantearse el dejarlo abandonado a su propia suerte. Tenía que descubrir obligatoriamente si iba bien encaminada con su sospecha de que los padres del niño le pegaban. O peor.

Se acordó de Tessa. Una niña de la clase de al lado. Nadie, ni las amigas, había sospechado que su padre la maltrataba desde hacía años. A ella también le había parecido una niña completamente normal, hasta que un día le dio por proyectar toda su rabia en un compañero de clase dándole una buena paliza. Y solo porque el niño le había preguntado que a qué se debían sus moratones.

Disimuladamente buscó estigmas traicioneros en el cuerpo de Noah. Como iba en bañador, pudo verle bien el resto del cuerpo. Que no viera ningún moratón no tenía por qué significar nada. Puede que ante la visita inminente, Susi y Theo simplemente anduvieran con cuidado.

¿O habría alguna otra explicación?

Solo de pensarlo se puso enferma. Carraspeó, tiró de Noah un poco más hacia el agua, solo para asegurarse de que Susi no pudiera oírla.

—¿Puedo preguntarte algo, Noah?

Él le apretó la mano algo más fuerte, lo que debería de significar tanto como un sí.

—Tus padres, Susi y Theo, cómo decirlo... ¿Te han tocado de manera inapropiada?

—¡Venga ya, Josie, que me entran arcadas! ¿Cómo se te ocurre preguntar esas mierdas? —intervino Lenny muy molesto.

—iTú, cállate! —increpó a su hermano. Luego volvió a dirigirse a Noah—. Quiero decir, si tus padres te han tocado de una manera que no es normal.

Se paró porque a Noah el agua ya le estaba llegando al cuello.

La respiración del pequeño era agitada, suspiró por lo bajo.

—Sois tontos —dijo por fin en voz baja. Su voz ya no sonó asustada sino resignada—. Los dos.

Se soltó, se dio la vuelta y regresó a la orilla luchando contra las olas. Una vez en la orilla se sentó allí mismo y empezó a hacer un castillo de arena.

Josie buscó a Susi con la mirada, pero esta estaba ocupada leyendo un libro y no parecía haberse enterado de que Noah ya no estaba en el agua.

—¿Qué acaba de decir? —preguntó Lenny.

Josie tragó.

—Que somos tontos. Los dos.

Él se la quedó mirando.

—¿En serio?

—Sí. Tú estabas buceando y volví a sacar el tema de los malos tratos.

—¡No me extraña! ¡Eso es asqueroso! ¿Cómo pudiste preguntarle algo así?

—¡Si solo estoy intentando ayudarle, Lennard! Y por si no te has dado cuenta: Noah no tiene ni un solo moratón. Solo quise asegurarme, ¿vale?

La miró, hizo una mueca.

—Se puede maltratar a alguien sin tener que pegarle.

Ella frunció el ceño.

—Por cierto, ¿cómo es que sabes de estas cosas?

—Porque no nací ayer.

—Vale, vale —soltó ella—. ¿Y tú qué sugieres que hagamos ahora?

Él la miró.

—Tenemos que aprovechar cualquier ocasión para sonsacarle.

—Pues vamos —dijo ella—. Salgamos a jugar con él, a lo que sea.

Cuando se unieron a él, Noah ni alzó los ojos.

Josie le echó un vistazo al castillo que había empezado a construir.

—¿Podemos jugar? —preguntó algo más fuerte de lo normal para que Susi se enterara.

Noah se encogió de hombros, lo que debía de significar tanto como que le daba igual y que ya no estaba molesto.

Ella se sentó a su lado en la arena, empezó a hacer un agujero con las manos.

Cuando Noah empezó a hacer un dibujo en la arena, ella se detuvo y se quedó mirando lo que estaba dibujando.

—¿Es una casa? —preguntó en voz baja, aunque era evidente.

Noah asintió con la cabeza, siguió dibujando sin detenerse. Una casa, al lado, unos palitos, personas, supuestamente. En total cuatro. Una casa y cuatro personas.

Josie miró el dibujo, luego a Noah.

—¿Quieres contarme algo? ¿Qué significa?

Noah guardó silencio, pero trazó una raya por debajo de los cuatro monigotes junto a la casa, lo que debía de significar tanto como que el foco de atención yacía allí. Ella frunció el ceño, miró a Lenny.

—¿Qué crees que quiere decirnos?

Su hermano miró los garabatos, hizo una mueca. Luego extendió el dedo, señaló uno de los monigotes que parecía más corpulento que los demás. Le sonrió.

—¿A quién te recuerda?

Ella se encogió de hombros.

Lenny se rio.

—Eres dura de entendederas, hermanita. ¡Eres tú! Noah nos ha pintado a nosotros. Mamá, Papá, tú y yo. —Miró al niño, alzó las cejas a modo de interrogante—. ¿Tengo razón, Noah?

El niño se quedó mirando un rato a Lenny, luego negó muy lentamente con la cabeza.

—¡Los dos sois duros de entendederas! —Su voz era débil, casi imperceptible. Al final hizo una mueca de rabia, borró el dibujo hasta quedar completamente irreconocible, clavó la mano en la arena, como si fuera una garra—. Ojalá no hubierais venido —soltó y se levantó. Luego arrojó la arena que llevaba en la mano directamente a los ojos de Lenny.

DOCE

AHLBECK

MILLA

Dejar a sus hijos en la casa con Susi e irse sin Joe le había resultado angustioso.

No solo por dejar a Lenny y a Josie al cuidado casi de una desconocida. Al fin y al cabo, transcurridos todos esos años, Susi ya no era una amiga de verdad en la que poder confiar. Si es que alguna vez lo había hecho; había llegado al punto de ponerlo en duda.

Lo no dicho de entonces, pero que seguía entre ellas, se manifestaba como una carga incluso más pesada. El mero recuerdo resultaba aplastante.

Al mismo tiempo, Milla era consciente de que las cosas no podían quedar así. Algún día tendría que sentarse con ella y hablar sobre todo lo que había ocurrido en el pasado. Pero ¿de verdad podría revelarle a Susi lo que la preocupaba desde entonces? ¿Le estaría permitido, sin tener que temer las consecuencias?

¿No conmocionaría con ello también a Susi, ahora que era evidente que le iba muy bien? ¿No les afectaría a los cimientos de su salud mental? ¿Y si volvía a abrir todas las compuertas?

¿Podía correr ese riesgo, solo para averiguar si su amiga sabía algo?

No había hablado con nadie sobre los acontecimientos de entonces, ni siquiera con sus padres. Sin embargo, el recuerdo la corroía, no la soltaba.

De repente sintió la necesidad de tirar del freno de mano y dar la vuelta. Regresar de inmediato junto a sus hijos, meterlos en el coche, largarse. Muy lejos. Lejos de esta isla, lejos de Susi y Theo – lejos incluso de Joe.

Amaba de todo corazón a su marido, pero a veces la ponía de los nervios que fuera tan crédulo, casi ingenuo, con su fe en la bondad de las personas. Y eso que siendo abogado tenía que enfrentarse a menudo con personajes turbios y con el lado oscuro de la vida.

Divorcios horribles.

Delitos.

Tragedias familiares.

Joe consideraba que conocía perfectamente a las personas, se fiaba de ese conocimiento. Lo consideraba una especie de instinto que hacía sonar todas las alarmas cuando se acercaba a personas que no le hacían bien, que incluso podrían hacerle daño.

¡Pero estaba tan equivocado!

Al fin y al cabo, se había acercado a ella. Se había enamorado de ella. Se había incluso casado con ella. Y ella era de todo menos buena persona.

Milla suspiró.

Ella ni siquiera era un buen partido... y algún día, estaba segura de ello, desde que la había convencido para tener una primera cita, él también lo entendería.

Al traspasar los raíles y ver el sendero estrecho que atravesaba el bosque y subía hacia el cementerio, se le aceleró el corazón.

En el pasado no solo había engañado a Joe, sino a cada una de las personas de su entorno. Pero lo más doloroso era saber que su querido padre se había tenido que ir sin haber descubierto quién era ella en realidad.

Cuando hubo llegado al aparcamiento, se dio cuenta de que se había olvidado traer flores.

Sopesó por un momento si dar la vuelta y regresar más tarde, pero al final se quedó. ¿Qué más daba si visitaba con o sin flores la tumba de su padre? Papá estaba muerto, enterrado desde hacía mucho. Y dondequiera que estuviese ahora, si es que existía una vida tras la muerte, seguro que le traería sin cuidado si encima de sus restos humanos había flores frescas o no.

Se encaminó lentamente hacia el portalón. Cada paso que la acercaba a la tumba de su padre resultaba más difícil.

Por un momento sopesó si llamar a su madre, pero desechó enseguida la idea. A sus más de treinta años y a estas alturas tendría que saber cómo lidiar con situaciones como esta.

Cuando hubo llegado a la tumba, se sentó en el suelo, quedó mirando la lápida durante un rato, intentó sentirse cerca de su padre. Ella no creía en esa fantasmada de la reencarnación o los contactos con el más allá, pero en momentos como este resultaba reconfortante creer que existía una conexión más allá de la muerte.

Dejó caer la cabeza lentamente sobre las rodillas encogidas, cerró los ojos.

Al parpadear y ser consciente de dónde se encontraba, la recorrió un escalofrío. Había refrescado notablemente y, al consultar la hora en el reloj, se asustó. Llevaba casi dos horas aquí sentada. A ella no le habían parecido más que minutos.

Se levantó, echó un último vistazo a la tumba, le lanzó un beso con la mano a la lápida en el extremo, luego dio media vuelta y salió corriendo hacia el coche.

Cuando hubo llegado, se dejó caer en el asiento del piloto y estuvo a punto de seguir el impulso de regresar lo antes posible a Ückeritz.

Pero algo se lo impedía.

Trató de escuchar su cuerpo y comprendió que necesitaba unos momentos para bajar a tierra.

Arrancó con calma el motor, regresó al pueblo a una velocidad más lenta de la permitida, giró para tomar la Avenida de la Playa. Tras encontrar un hueco en el aparcamiento ubicado tras la iglesia, estacionó el coche.

Dos minutos después estaba de camino hacia el paseo marítimo. Daría un paseo hasta el puente y luego iría de tiendas para comprar regalos.

No tardó en encontrar un pequeño detalle para cada uno. Solo le quedaba coger algo para Joe. Ensimismada, pensando en qué comprarle, se dirigió tranquilamente hacia una librería, cuando notó la sombra de una persona reflejada en el escaparate de al lado. La persona la estaba mirando sin disimulo.

Milla se giró.

—¿Nos conocemos?

La mujer se ruborizó.

—Yo diría que sí. Eres Milla, ¿no?

—Sí. —Intentó leer aquella cara, se fijó en los ojos de un azul pálido, reconoció la nariz llamativamente aguda... soltó un jadeo de incredulidad—. Eres Anja, ¿verdad? Anja Uhlig.

La mujer se rio.

—La misma. Aunque un poco más entrada en carnes. Los años, ya sabes. Pero tú estás casi igual que antes—. Anja cogió aire, la observó sorprendida—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás de vacaciones?

—Algo parecido —soltó Milla—. Mi marido ha venido a visitar a un colega en Ückeritz.

—Entonces no estás lejos de Fabienne. ¿Ya os habéis visto?

Milla negó con la cabeza.

—No, pero me he reencontrado con Susi.

Anja sonrió.

—Hace siglos que no la veo. ¿También está de vacaciones?

—Vive en Ückeritz desde hace dos años.

—¿Qué dices? Qué raro, después de todo lo que tuvo que... — Anja dejó la frase a medio terminar, suspiró—. Dale recuerdos de mi parte.

—Claro. —Milla asintió, a punto de irse, Anja la agarró del brazo—. Ahí delante está el Hotel Mar Báltico. Podríamos sentarnos en la

terrazza y tomar café y un pastel. Puede incluso que quede alguna caseta libre en la playa. ¿Qué te parece? ¿Nos tomamos un café y recordamos los viejos tiempos? Resulta tan reparador ver una cara conocida.

Milla echó un vistazo al reloj. Seguía necesitando un regalo para Joe y quería volver con sus hijos, pero rechazar la invitación de Anja sería descortés.

—Vale —aceptó—. Pero deja que entre rápidamente en la tienda. Tengo que comprar algo. Mientras, busca una mesa libre. Yo no tardo.

Cuando poco después, cargada con otra bolsa, entró en la terraza del Hotel Mar Báltico, vio a Anja, que, efectivamente, había conseguido una caseta abierta de mimbre y estaba encendiendo un cigarrillo.

De golpe sintió el deseo incontenible de fumar.

—¿Puedo cogerte uno? —le preguntó a Anja, señalando la cajetilla que estaba en la mesa.

Anja asintió con la cabeza, le pasó el mechero. Tras la primera calada profunda, tuvo que lidiar con la tos, pero por suerte, justo en ese momento se acercó el camarero con una jarra de agua que dejó en la mesa sin decir nada. Pidieron café, gofres belgas con nata y cerezas, se miraron sonrientes.

—Venga, cuenta. ¿Cómo te ha ido en todos estos años?

Milla suspiró.

—Que mi Papá murió seguro que ya lo sabes, ¿no?

—No. —La antigua compañera de clase la miró consternada—. ¿Cuándo ocurrió?

Milla hizo un gesto para restarle importancia.

—Hace una eternidad. Ya me he acostumbrado a que no esté conmigo. Aun así, me cuesta ir al cementerio, imaginarme que ahora yace allí bajo tierra.

—Él no —observó Anja—. Solo su carcasa.

Milla recordó que ya entonces Anja había tenido una vena esotérica. La miró, ladeó la cabeza.

—No creo en esas cosas, ¿sabes?

Anja se encogió de hombros.

—Tampoco tienes por qué. ¿Cómo está tu madre?

—Vive en Baviera con su nuevo marido. A solo un par de casas de nosotros.

Anja la miró perpleja.

—Eso sí que no me lo esperaba. Tus padres eran como uña y carne. Que fuera capaz de abandonar su querida isla... Vaya.

—Tras la muerte de Padre ya no le quedaba nadie en Usedom. Por eso aceptó mi propuesta de venirse a Baviera. Así puede ver a sus nietos siempre que quiera. Y tomando algo de distancia con su antigua vida, incluso ha podido empezar algo nuevo. Es feliz, no como con mi padre, pero aun así, feliz.

—¿Y tú? ¿Tú eres feliz?

—¿Te refieres a lo de tener a mi madre cerca?

Anja negó con la cabeza.

—Me refiero en general. Ni siquiera sé a qué te dedicas. ¿Trabajas?

—Estudié derecho, trabajé una temporada como abogada y ahora soy fiscal en la Audiencia provincial de Múnich.

—¡Vaya! Fiscal del estado, genial. —Anja la miraba impresionada—. Sabía que estudiarías, aunque pensaba que te dedicarías más bien a la rama médica.

Milla se rio.

—Para eso no me llegó la nota.

—Ay, la nota... —Anja sonrió—. Hablando de abuelas, así que tienes hijos. ¿Cuántos?

—Un niño de nueve años, una niña de casi trece.

—¿Y tienes marido?

Milla asintió.

—Johannes, o Joe, como lo llamo yo. Es estupendo.

—¿Cómo es?

—Bueno, es abogado —respondió Milla hartándose ya un poco de aquel interrogatorio—. ¿Y tú? —preguntó a su vez—. ¿Tú qué haces?

Anja suspiró.

—Resulta difícil encontrar trabajo en la isla. Por eso los jóvenes se marchan al continente. Y los pocos que quedan no encuentran trabajo porque se lo dan a la mano de obra más barata que viene del extranjero. Sobre todo los puestos en restauración.

—¿Tú qué estudiaste?

—Cocina —respondió Anja—. Además, hice un curso de pastelería artesanal: pastelillos bonitos, galletas y bombones rellenos, ese tipo de cosas. Pero ni con eso me quieren dar un puesto fijo. Mi marido y yo estamos pensando si mudarnos a Hamburgo. Estos trabajos temporales me están tocando la moral. Se cobra una miseria que no da para nada.

—¿Tenéis hijos?

Anja hizo una mueca.

—Dios me libre. Eso no es para mí. Sigo teniendo de sobra con mis siete hermanos. Y casi todos se han reproducido, lo que significa que soy once veces tía. Eso ya es bastante agotador.

—¿No quieres ser madre nunca?

Anja negó con la cabeza.

—Por suerte mi marido tampoco siente la necesidad de traer hijos a este mundo. Nos bastamos el uno al otro. Y no tener hijos también significa libertad.

—¿Y cómo es que aún no te has ido de la isla?

El rostro de Anja se ensombreció.

—No es tan fácil.

—¿Tu marido no quiere?

Anja sacudió la cabeza.

—Él sí que quiere, créeme. Mucho más que yo, pero hasta ahora... simplemente no ha sido factible. Puede que nunca lo sea.

—¿Por motivos económicos?

—¡Qué va, no! Más bien por motivos familiares.

Milla miró a Anja.

—¿Quieres hablar de ello?

—Para eso necesito una copa. —Le hizo un gesto al camarero para que se acercara—. ¿Para cuándo nuestras consumiciones? —le

espetó al joven. Luego suspiró—. Lo siento. Traiga también un gintonic. —Miró a Milla—. ¿Tú también quieres?

—Gracias, pero tengo que conducir.

El hombre desapareció y durante un rato reinó el silencio entre ambas.

Al final Anja soltó un hondo suspiro.

—Me he casado con Mike Berger. ¿Te suena el nombre?

Milla negó con la cabeza.

—Pero de Jannik Berger si te acuerdas, ¿no?

Milla frunció el ceño.

—¿No iba dos cursos por encima de nosotras?

—Era el mejor amigo de Rene Wolf. Y a Rene deberías conocerlo, ¿o no?

—¿No estuvo Susi saliendo con él?

Anja asintió.

—Y Fabienne estuvo con Rocco, antes de que él... —Se calló.

Milla rompió a sudar.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Jannik Berger era el hermano pequeño de Mike.

—O sea, que es tú cuñado.

—Lo era —respondió Anja.

—¿Qué significa eso?

Se encogió de hombros, guardó silencio mientras el camarero, completamente sobrepasado, les servía las bebidas y los gofres.

Por fin Anja volvió a mirarla.

—Significa que Jannik está muerto.

Milla abrió mucho los ojos, la miró sin poder creérselo.

—¿Qué pasó?

—El hermano de Mike murió hace dos años. Salió con el barco, seguramente se metió en una tormenta. Cuando encontraron su barco a la deriva, él no estaba. La guardia costera lo estuvo buscando durante días, pero nada.

—Lo siento —dijo Milla y miró a Anja con pena—. ¿Es por eso por lo que no podéis ir de aquí?

Anja suspiró.

—El padre de Mike y Jannik murió de cáncer hace un par de años. Luego el accidente... fue demasiado para su madre. La pobre no puede más psíquicamente y Mike no se ve capaz de dejarla sola.

—¿Ella no quiere irse? ¿Incluso después de todo lo ocurrido?

—A mi suegra le dio un ictus y ahora está en una residencia. Trasladarla a una residencia en el continente sería demasiado ajetreo para ella. Mike no quiere hacerle eso.

—¡Pobre tú! —exclamó Milla—. Así que estáis atrapados aquí.

Anja asintió.

—Al menos hasta que Dios le conceda a mi suegra su deseo más grande y se la lleve con Él. Quiere reunirse con su marido y con Jannik, ¿entiendes?

Milla asintió sin decir nada, esta historia tan trágica la había dejado sin palabras.

—Por cierto, Rene tampoco está ya entre nosotros.

A Milla se le abrió la boca.

—¿Te refieres a Rene Wolf? ¿El mejor amigo de Jannik?

Anja asintió.

—Sucedió hace siete meses. Estaba talando leña en el bosque y parece que lo aplastó una rama.

Milla miró horrorizada a Anja.

—¡Pobre familia! —soltó—. ¿Rene no era hijo único?

Anja asintió.

—Por suerte se casó con una mujer encantadora y tuvieron cuatro hijos. Los padres de Rene están destrozados, obviamente, pero al menos les quedan los nietos y la nuera.

Milla asintió perdida en sus pensamientos.

—Entonces han muerto los tres componentes de la pandilla de entonces. Primero Rocco y ahora también Jannik y Rene. Qué raro, ¿no te parece?

Anja la miró sorprendida.

—¿Qué insinúas?

Milla le devolvió la mirada, pensó qué contestar sin sonar del todo paranoica. Y eso que ni siquiera era capaz de decir qué exactamente había hecho saltar las alarmas.

—No, nada —acabó diciendo—. Es que menuda tragedia. Tantas vidas jóvenes... borradas sin más.

TRECE

VISITA A LA PLAYA

SUSI

La playa y desconectar con un libro para Susi era relax total. Se sobresaltó al verse este de repente interrumpido por un fuerte griterío. Bastante molesta, cerró el libro de golpe y miró hacia Noah. Claro, tenía que ser él. ¡Como siempre!

El hijo de Milla estaba llorando y Noah estaba plantado delante de él, con los brazos cruzados. Su expresión de furia bastó para que Susi se hiciera una idea.

—¿Qué pasa? —gritó, se levantó y corrió hacia los niños que parecían tan absortos en lo suyo que ni uno solo reaccionó.

Noah seguía tieso, mirando cómo Lenny lloraba y se frotaba los ojos mientras que su hermana trataba de convencer a los dos.

Susi tragó. Este niño acabaría con ella.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar cuando estuvo a su lado.

Josie al menos la miró.

—Noah le ha tirado arena a los ojos a mi hermano. Un puñado lleno.

Susi sintió la ira apoderándose de ella. Miró a Noah.

—¿Es cierto eso?

Él levantó la cabeza, la miró, lo que la hizo estremecer. Había algo en sus ojos que le daba miedo. Había odio puro en su mirada.

—Te he preguntado algo —repitió ella.

Noah esbozó una sonrisa de desprecio, se giró sin decir nada, salió corriendo hacia las cosas y se sentó en la arena.

Susi se lo quedó mirando un momento, tragó, se dirigió a Lenny y a Josie.

—Mirad, siento mucho lo que ha pasado. Yo tampoco sé qué le pasa a ese niño. —Se acuclilló delante de Lenny—. ¿Me dejas ver?

Él negó con la cabeza, se frotaba desesperadamente los ojos.

—No frotes —le recomendó ella con voz suave—. Hay que lavarlos con agua. —Miró hacia Josie—. En mi bolso tengo una botella de agua mineral. Por favor, ve a cogerla y ayuda a tu hermano. Creo que está enfadado conmigo. Y no le falta razón, me temo. No debí haberos traído, no estando Noah así.

Josie la miró sin decir nada y sin moverse ni un solo centímetro.

Había algo en la mirada de la niña que no le gustó. No encajaba con una niña de doce años. Primero el cabreo con Noah y ahora la rebeldía de esta chiquilla. ¿Qué le pasaba? Tuvo la impresión de que esta niñata la estaba juzgando.

—Vale. Pues ya voy yo a buscarla —soltó.

Volvió corriendo a las toallas, cogió la botella, le lanzó un vistazo a Noah.

—Y de ti, amiguito, espero que te disculpes con el hijo de Milla. ¿Me has entendido? ¡Que no se repita algo así!

Reacción cero.

—¡Noah! —dijo con voz más afilada—. ¡Mírame, maldita sea! ¿Se puede saber qué se te pasa por la cabeza cuando te comportas de esa manera? Si lo habíamos hablado antes de que llegara nuestra visita. Prometiste que te portarías bien.

Él levantó la cabeza lentamente, la miró. No había emoción alguna en aquellos ojos.

Ella suspiró, alzó las manos, sacudió la cabeza.

—Ya no puedo más. Esto me supera.

Siguió mirándolo un momento, sin saber qué hacer, con la esperanza de que sí hubiera alguna reacción. Luego se rindió, volvió

junto a Lenny y Josie.

Cuando hubo llegado, le tendió la botella a Josie.

—Prueba con esto. Trata de lavarle los ojos para sacarle las arenas.

Josie le arrancó la botella de la mano.

—Ya puedo yo sola —le espetó de malos modos—. Después sería mejor volver a casa. Lenny ya no quiere quedarse.

—¿Quedarse? ¿A qué te refieres?

Josie volvió a taladrarla con la mirada.

—Aquí, en la playa —dijo finalmente—. Lenny quiere volver a casa y acostarse.

—Claro —soltó Susi aliviada—. Voy a recoger las cosas.

De vuelta en casa, Susi volvió a comprobar los ojos de Lenny. Estaban irritados y un poco hinchados, pero lo peor era que el niño parecía seguir afectado.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó acucillándose delante de él. Por el rabillo del ojo pudo ver que Noah seguía con la vista clavada en el suelo, como si todo aquello no le incumbiera.

—¡No! —rechazó Lenny enérgicamente, como culpándola a ella de lo ocurrido.

—Creo que la situación lo ha agobiado —explicó Josie—. Mi hermano solo quería ser amable con Noah y jugar con él. Y surgió una pequeña riña. —Josie miró a Noah—. Porque fue eso lo que pasó, ¿verdad, peque? ¿A que no querías hacerle daño a Lenny? Es solo que exageraste un poco al reaccionar.

Noah alzó la cabeza, miró primero a Josie y a Lenny, luego a ella.

—Lo siento, mami. No era mi intención.

Susi respiró aliviada.

—No te disculpes conmigo. ¡Hazlo con tu amigo!

Noah miró a Lennard.

—Lo siento, Lenny, no quería hacerte daño.

El hijo de Milla le devolvió la mirada, esbozó una sonrisa.

—No pasa nada, colega. He sobrevivido, ¿no?

Susi sonrió ya más relajada.

—Entonces ¿todo en orden?

Todos asintieron con la cabeza.

—¿Qué os apetece hacer ahora? Aún queda hasta la cena.
¿Queréis salir a jugar al jardín?

—Buena idea —aceptó Josie y se dirigió a Noah—. ¿Te apetece, Noah? ¿Jugamos al escondite?

Noah asintió tímidamente con la cabeza.

—¿Puedo? —le preguntó a su madre.

Susi asintió.

—Pero prométeme que vas a portarte bien.

Noah soltó una carcajada, que a oídos de Susi sonó malvada.

—Claro, mami —soltó—. Yo siempre me porto bien, ya lo sabes...

Susi estaba preparando la cena cuando oyó el ruido de neumáticos sobre la grava. Miró por la ventana de la cocina, reconoció a Milla, que estaba aparcando delante de la casa.

Se lavó las manos, salió.

—Tengo que confesarte algo —soltó, nada más se hubo apeado su amiga.

—¿Ha pasado algo? —Milla miró nerviosa alrededor.

—Me temo que sí —admitió Susi—. Mi hijo le tiró arena a los ojos a Lenny. Los dos tuvieron una pequeña pelea cuando estaban jugando en la playa. Pero tranquila, ya está todo bajo control. Tu hijo está bien y él y Noah ya vuelven a ser uña y carne.

—Vale —dijo Milla, como esperando algo más.

—Siento de veras que Noah sea tan difícil.... Incluso más de lo habitual. Y precisamente ahora que habéis venido vosotros.

Milla hizo un gesto para restarle importancia al asunto.

—Son niños, Susi. Nosotras éramos igual. ¿Ya olvidaste la que montamos? Nos lanzamos medusas a la cara. Por mi culpa tuviste

que ir al oftalmólogo porque uno de aquellos bichos asquerosos te provocó una reacción alérgica.

Susi resopló sorprendida.

—¿Aún lo recuerdas?

Milla asintió mientras le lanzaba una sonrisa pícara.

—Entonces ¿estamos en paz?

—Absolutamente.

—¿Qué tal en Ahlbeck? ¿Te lo has pasado bien?

Milla la miró, suspiró.

—Conmocionada. Hubiera vuelto antes...

—¿Pasó algo? ¿Estás bien? —Susi parecía preocupada.

—Sí —le confirmó Milla titubeando—. Me pasé dos horas junto a la tumba de Papá sin darme cuenta de la hora. Supongo que necesitaba volver allí.

—¿Y luego? ¿Qué más hiciste?

Milla esbozó una sonrisa que, sin embargo, no le alcanzó los ojos.

—Estuve comprando regalos.

—¿Regalos?

—Para todos, sí. —Milla dio la vuelta al coche hasta el maletero, lo abrió y sacó un montón de bolsas. Las dejó en el suelo, se acucilló junto a ellas—. Conseguí algo para cada uno, una especie de gracias por vuestra hospitalidad.

—¡No hacía falta, mujer! —rechazó Susi.

Pero Milla seguía rebuscando en las bolsas, acabó sacando un velero rojo y blanco, se giró.

—Lenny, Josie, ¿podéis venir, por favor? ¡Y traed a Noah!

Milla la miró.

—Primero los regalos para los niños, luego te toca a ti.

Al principio Susi solo estaba molesta, pero luego se enfadó de verdad. El gesto bienintencionado de Milla le pareció inadecuado. Aún así, simuló emocionarse y observó que Milla también sacaba golosinas del bolso.

—¿Nos has traído algo, Mamá? —Lenny llegó corriendo y resoplando.

—Pues sí —contestó una Milla sonriente y estudió a Lenny—. Ya me he enterado de lo ocurrido. ¿Estás bien?

Su hijo asintió, solo le interesaban las bolsas.

—Le he lavado los ojos —dijo Josie, que, con Noah de la mano, también se había acercado.

—Bien hecho. —Milla le sonrió a su hija—. Tengo un regalo para cada uno, pero primero, Noah porque es el más pequeño.

—¿En serio? ¿Ahora va por edades? —protestó Lenny—. ¿Y lo de *Ladies first*, o sea, las chicas primero?

—Hoy no, Don Caballero —respondió Milla sonriendo y le entregó el velero a Noah—. Espero que te guste.

Noah miró a Milla, luego a Susi.

—Venga, cógelo —lo animó Susi y le guiñó un ojo.

Este, algo tímido, cogió el regalo que le tendía Milla.

—Gracias. —Parecía sentirse algo incómodo, pero también contento.

—Tengo algo más para ti —dijo Milla y le tendió la bolsita con golosinas.

Noah le echó un vistazo, pero la ignoró.

—Cariño —le advirtió Susi con voz tranquila—. Cógelos. Si a ti te gustan las golosinas.

Noah negó con la cabeza.

—Esas no.

Susi sintió la rabia recorriéndole las entrañas. Miró furiosa a Noah.

—Pues las coges igualmente, porque es de mala educación rechazar un regalo.

Noah dirigió la mirada de ella hacia Milla, luego al barco, pero perseveró en su silencio.

—¡Noah, maldita sea! ¿Se puede saber qué te pasa hoy? —Susi miró desesperada a Milla—. Lo siento, cari.

—No pasa nada —dijo mientras se encogía de hombros—. A mis peques les encantan los M&M's y para Noah seguro que ya encontraré otra cosa.

Susi hizo una mueca de enfado.

—Noah, me has decepcionado. ¡Yo no te he educado así! Tu comportamiento es intolerable.

Se hizo el silencio entre ellos. Entonces Noah levantó la cabeza, se la quedó mirando y Susi vio la ira reflejada en ellos.

—Soy alérgico a los cacahuetes, mami. ¿Es que se te ha olvidado?

CATORCE

LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

Madre e hijo se estuvieron mirando fijamente durante varios segundos, hasta que de repente Susi rompió a llorar, saltó hacia Noah, lo estrechó entre sus brazos.

—Oh, Dios mío, cariño —sollozaba—, lo siento tanto. Por favor, perdóname. —Se giró hacia Milla con los ojos dirigidos a la bolsa que llevaba en la mano—. No me había fijado en las golosinas que querías darle. Ni se me pasó por la cabeza que podrían contener cacahuetes. —Volvió a mirar a Noah, cogió su cara entre ambas manos—. Por favor, cariño, créeme, no he visto que eran cacahuetes cubiertos de chocolate.

Noah dejó que lo manoseara y se disculpara, sin moverse. Tampoco se movió cuando Susi le acarició el cabello.

Como perdida, Susi dejó caer los brazos.

—Se me pasó, lo siento —susurró sin mirar a nadie en concreto.

—Eso le puede pasar a cualquiera —intervino Milla en un intento de ayudar y mirando compasiva al despojo que encarnaba ahora mismo su amiga.

Susi se lo agradeció con un gesto de la cabeza.

—Lo dudo, pero gracias.

Sin decir ni una palabra más, Susi regresó corriendo a la casa.

Atrás quedaron los niños quienes incómodos por la situación habían bajado los ojos y permanecido junto a Milla.

—Supongo que necesita un ratito a solas para tranquilizarse — fue como Milla trató de explicar aquella huida. Luego repartió entre Lenny y Josie lo que había traído.

—¡Qué guay! —gritó Lennard al ver la pistola de agua—. ¡Una NERF de verdad! ¡Gracias, Mamá!

Milla se dirigió a Josie, a la que le había comprado un libro.

—¿No era el que querías?

Josie asintió entusiasmada y acarició la portada que mostraba los elementos típicos del mundo de lo fantástico y que pertenecía a su colección favorita y que aún no había completado.

—¿Entramos y de paso le ayudamos a Susi con la cena?

—Nooo, Mamá —protestó Lenny con voz lastimera—. Yo prefiero quedarme y ver qué tal va mi pistola nueva.

—¿Por qué será que no me sorprende? —dijo Milla sonriendo—. Vale, por mí podéis seguir jugando. Pero, por favor, no más dramas... o Susi se volverá loca.

Esto último lo había dicho a media voz, más para sí. Se sorprendió que aquello le hubiera arrancado una sonrisa a Noah. Sus hijos ni habían oído el comentario.

—Hasta luego, aventureros. —Se despidió de ellos y entró a su vez en la casa, donde encontró a Susi sentada y encogida a la mesa de la cocina.

Se sentó a su lado, dejó en la mesa la vela aromática hecha con materiales reciclados sacados del mar.

—Venga, Susi —animó a su amiga enfurruñada—. Contrólate que tampoco fue para tanto. Al menos no tan grave como dejar olvidado a tu hijo en el *parking*.

Susi la miró enojada.

—¿De qué hablas? No he olvidado a Noah en ningún *parking*.

Milla sonrió.

—No, por eso. Tú no dejaste a Noah en el *parking*, pero a mí me pasó en una ocasión con Lennard. El niño acababa de cumplir los cuatro. La cosa pudo haber acabado muy mal.

Susi no daba crédito.

—¿En serio que te pasó eso?

Milla suspiró.

—Lo encontró uno de los de seguridad del centro comercial y llamó a la policía. Ni te imaginas la vergüenza que pasé. Ni lo mucho que se cabreó Joe conmigo...

Susi se rio.

—Ya me siento mejor, gracias. —Se fijó en la vela artesanal—. ¿Es para mí?

Milla asintió.

—¿Te gusta?

Susi la cogió y estudió un rato.

—Está muy bien hecha. Me encantan las cosas que hacen con la madera que sacan del mar. Pero no esperaba que te acordaras de eso.

—Suelo tener memoria de elefante —respondió Milla—. Dejando aparte lo del *parking* y Lenny.

Las dos mujeres se rieron con ganas.

Milla se puso muy seria de repente.

—¿Sabías lo de Rene y Jannik?

Susi la miró desconcertada.

—¿A qué te refieres?

Milla carraspeó incómoda.

—Me encontré con Anja. Se ha casado con Mike, el hermano de Jannik. Me contó que los dos están muertos.

Susi la miró sin poder dar crédito.

—¿Te refieres a Rene Wolf y Jannik Berger?

Milla asintió triste.

—Jannik murió en un accidente marítimo. Su cuerpo sigue desaparecido a día de hoy. Y Rene también murió en un accidente: trabajando en el bosque.

A Susanne se le abrieron los ojos.

—Eso es horrible, Milla. Y no, no tenía ni idea. ¿Cómo iba a saberlo? Tampoco llevo tanto tiempo en la isla.

—El accidente más reciente ocurrió hace un par de meses, pero no hablemos de cosas tan tristes. Es solo que me dejó bastante

chof.

Susi la miró, asintió, parecía seguir pensando en aquellos viejos amigos que habían tenido que morir demasiado pronto.

—¿Sabías que Fabienne también vive en Ückeritz? —preguntó Milla.

Susi alzó sorprendida las cejas.

—¿Dice quién?

—Pues Anja... Eso sí, no sabía nada de ti, es decir, que ahora volvías a vivir en la isla.

Susi se encogió de hombros.

—Aún no nos habremos cruzado.

—Entonces ¿aún no has visto a Fabienne?

Susi negó con la cabeza sin decir nada.

—Tal vez deberíamos averiguar juntas dónde vive. Podríamos montar una fiesta solo de chicas y recordar viejos tiempos.

—No veo la necesidad —soltó Susi, algo brusca de más—. Para ser sincera, me alegra no haberla vuelto a ver desde entonces. Nunca fuimos amigas muy íntimas que digamos. Ella era más bien amiga tuya, ¿ya no te acuerdas?

Milla se quedó mirando a Susi.

—Eso no es verdad, Susi. Nos hicimos amigas las tres a la vez. Vosotras dos os llevabais igual de bien que yo con ella.

La expresión de Susi se petrificó literalmente.

—Tienes unos recuerdos muy equivocados. Yo odiaba a Fabienne porque no hacía más que ponerse entre tú y yo. Era una persona insidiosa, Milla. Un verdadero bicho.

—No recuerdo eso.

—Hola, señoritas —sonó a sus espaldas. Ambas se giraron hacia sus maridos recién llegados.

Theo llevaba un cubo en la mano izquierda del cual salían ruidos sospechosos.

—¡No me digas que los peces aún están vivos! —soltó Milla con cara de asco y mirando a los dos amigos, que parecían rebosantes de orgullo.

—Por supuesto —confirmó Theo sonriendo—. Los monstruos esos van a ir directos del cubo a la barbacoa. Es como mejor saben.

—No usaréis mi cocina para... —Susi se calló, miró asustada a Theo.

Este levantó las manos para tranquilizarla.

—Que no cunda el pánico, cari. Lo haremos fuera.

Joe se fijó en Milla.

—¿Qué pasa, cariño? Pareces afligida. ¿Has ido a ver a tu padre?

Ella asintió.

—Pero no es eso... —Suspiró—. Me encontré en Ahlbeck con una antigua compañera de clase y me contó que hace poco fallecieron dos amigos de Susi y míos.

—Vaya. ¿Erais muy amigos? —preguntó Joe apenado.

Milla asintió.

—Bastante además —añadió Susi. Luego cogió aire, hizo un gesto para restarle importancia—. Pero no hablemos de ello, ¿vale? Tú siempre fuiste la más graciosa de las dos. ¿Por qué no cuentas alguna anécdota de nuestra infancia? —le pidió a Milla.

—Hay demasiadas —se negó Milla—. De la mayoría ni me acuerdo.

—Venga ya, cariño —dijo Joe—. No seas aguafiestas. Quiero saberlo todo, oír la que montabais de pequeñas.

—Vale, vale. —Milla se dio por rendida—. Había una prueba de valor que había que hacer de noche en la playa. Creo que fue Susi la que propuso nadar hasta la boya y volver. Pero yo me largué con el rabo entre las piernas. Bueno, lo habría hecho de haberlo tenido. —Se rio, pero nadie se unió a su risa—. Puede que yo fuera la más graciosa, pero tú eras la más valiente —añadió—. ¡Y lo hiciste!

Susi se dio una palmada en la frente.

—¡Cierto! Recuerdo que nos metimos la dos en el agua y empezamos a nadar. A mitad del trayecto diste media vuelta sin decirme nada y dejaste que siguiera nadando sola. Uf, qué mal me pareció aquello.

Milla se estremeció para sus adentros al oír la dureza en la voz de Susi.

—Me entró el canguelo y estaba segura de que no sería capaz de regresar después a la orilla —se disculpó.

—Podrías haberlo dicho y hubiéramos regresado juntas. De repente me di cuenta de que estaba sola allá fuera en el mar y completamente a oscuras.

—Lo siento —se disculpó Milla compungida—. Actué sin pensar.

—No, eso no es verdad —gruñó Susi.

—¿No ibais a contar algo divertido? —preguntó Theo—. A mí no me ha parecido tan divertido.

Susi miró a su esposo.

—Me acuerdo de algo... Un día Milla decidió tirar nuestra ropa, la de Fabienne y la mía, al agua. ¿Y sabéis por qué? —Miró a los dos hombres—. Estaba cabreada porque no dábamos salido. Ella se había cansado y quería volver a casa. Así que cogió nuestra ropa, la tiró sin más al mar y Fabienne y yo tuvimos que montar en bikini en las bicis y volver así a casa.

—Eso fue asqueroso —dijo Joe lanzándole una sonrisa pícara a Milla—. ¿Algo más que debería saber?

—Cuenta lo del campamento —la animó Susi.

—Si eso no fue nada —se defendió Milla.

Susi la miró, ladeó la cabeza.

—Venga.

—Te refieres a lo de las historias de terror, ¿no?

Susi asintió.

—Vale, a mí me gustaba contar historias de terror cuando por las noches nos sentábamos junto a la hoguera. Fabi y Susi se asustaron tanto que luego no querían ir ni solas al baño. Así que me quedé levantada y las seguí cuando fueron juntas a la caseta de los baños. Esperé a que hubieron entrado y luego arañé la puerta y con voz deformada canté una nana que había aparecido en la historia. Las dos se asustaron tanto que Fabienne casi se cae en la letrina.

Susi asintió.

—A la mañana siguiente Milla se lo contó al equipo al completo y todos se rieron de nosotras.

Milla se fijó en el tono cortante de su amiga.

—Lo dices como si me lo estuvieras reprochando —observó.

—Me pareció muy mal —contestó Susi—. Estuvimos casi dos semanas sin hablarnos. Fabienne también estaba cabreada, pero lo

disimulaba. Lo de Fabienne era muy raro. Estaba como obsesionada contigo. Y eso que te pasabas un huevo con ella.

Milla miró desconcertada a Susi. ¿Estaba hablando en serio? ¿Seguía guardándole rencor por aquello?

—Yo no me pasaba, Susi —se defendió—. Eran bromas. Éramos niñas —dijo con la esperanza de salvar la velada.

—Tus bromas eran crueles y, si quieres ser sincera contigo misma, admítelo —apostilló Susi resentida.

—Si tan mala era, ¿por qué éramos amigas entonces? —preguntó Milla, con más dureza de la intencionada.

Susi se encogió de hombros.

—A pesar de todo, te tenía cariño. Y al mismo tiempo odiaba a la persona en la que te convertías cuando estabas de malas.

En la mesa se hizo un silencio incómodo, luego, sin más, Susi soltó una carcajada.

—Todo eso son recuerdos del pasado, Milla. Eres un encanto de persona, aunque fueras una adolescente horrible. Lo digo para que seas clemente si a Lenny o a Josie les da algún día por comportarse así. Cuando eso ocurra, ya sabrás a quién han salido. —Le guiñó un ojo, le cogió la mano, le dio un apretón suave.

Milla tuvo que controlarse para no retirar la mano. En su interior se había desencadenado el caos. Estaba a punto de levantarse y salir huyendo de aquella situación, de la casa incluso. Entonces vio a Joe y se dio cuenta de que una marcha anticipada quedaba descartada. Tendría que solucionarlo de otra manera, comportarse como una adulta razonable.

Suspiró para sus adentros.

—Venga, Milla. No pongas esa cara. Eras una cabrona. ¿Y? —insistió Susi—. Seguramente yo lo haya exagerado y todo aquello no fuera tan horrible en realidad. Además, había una razón.

Milla la miró sin comprender.

—Recuerda que mi familia estaba como el culo. Puede ser que yo exagerara por eso.

Milla la observó, pensativa. Su amiga sonaba sincera, pero algo en sus ojos la hizo estremecerse.

Algo solapado...

Era como si Susi se hubiera empeñado en desenmascararla
delante de los hombres...

QUINCE

LA CASA EN EL BOSQUE

JOSIE

De vuelta en casa, Lenny la siguió hasta la habitación de invitados que le habían asignado. A Josie le sorprendió con qué cuidado cerraba la puerta tras él.

—¿Pasa algo? —preguntó—. ¿Temes que nos espíen?

—En esta casa tan rara no queda más remedio —gruñó con los ojos fijos en la puerta—. Ya no me fío de nadie. Y cada vez entiendo menos lo que le pasa a Noah. ¿Puedes explicarme por qué hizo eso?

—¿El qué exactamente?

—Pues lo de la playa. Pensaba que por fin se había acostumbrado a nosotros y que confiaba en nosotros. ¿Entonces por qué me lanzó arena a los ojos?

—Yo también me lo he preguntado —respondió Josie.

Lenny se tiró en la cama y la miró expectante.

—¿Y? ¿Alguna idea?

—Puede que tenga que ver con el dibujo que hizo en la arena.

Lenny frunció el ceño.

—Eso no eran más que garabatos. Una casa y cuatro personas, bueno, cuatro monigotes. Pensaste que éramos nosotros y así lo dijiste. Y entonces fue cuando se cabreó Noah de esa manera. Sigo

sin entender por qué tuvo que tirarme la arena a mí. ¿Por qué hace ese tipo de cosas?

Josie lo miró pensativa.

—Pues yo creo que Noah quería decirnos algo muy importante con ese dibujo. Y al interpretarlo nosotros todo mal, se le cruzaron los cables.

—Pero ¿por qué no nos lo dice sin más en vez de enfadarse?

Josie se encogió de hombros.

—Le llevo dando vueltas todo el rato. Pero no se me ocurre nada. Supongo que tendremos que preguntarle a Noah y rezar para que ya se haya tranquilizado.

Lenny sacudió la cabeza.

—O puede que nos hayamos equivocado y que esté loco, sin más.

—Cada vez me cuesta más creer eso, Lenny. Según sus padres, es autista. Y el autismo no tiene nada que ver con estar loco. Lo que pasa es que quiere decirnos algo que no pillamos y eso lo cabrea porque a él le parece muy importante. Supongo que no puede decírnoslo abiertamente y eso lo frustra, porque no captamos las pistas que nos da.

—¿Y de qué se trata?

—Creo que tiene algo que ver con él. Con él y su familia.

—Pero son tres, él y sus padres, pero él dibujó a cuatro personas.

Josie se quedó mirando fijamente a su hermano. La cabeza le estaba echando humo.

—¿Y si tenía una hermana? Así el dibujo tendría sentido.

Lenny la miró asustado.

—¿Tenía?

Josie asintió lentamente.

—Esta habitación... —Extendió los brazos—. Piensa y mira bien.

—Es una habitación de niña.

Ella alzó el dedo índice.

—Tú lo has dicho. Una habitación de niña.

—¿Y?

—Pero el padre de Noah dice que es como la biblioteca de Susi. Que viene aquí a leer. Pero tiene la misma edad que Mamá y esto parece más bien como si aquí hubiera vivido una chica de mi edad.

—¡Mierda! —soltó Lenny—. Puede que tengas razón. ¿Y si Noah tenía una hermana que murió?

—Exacto y Susi y Theo no quieren hablar de eso. Por eso dicen que es su sala de lectura, sus libros, su reino al que se retira de vez en cuando.

—¡Qué fuerte! —murmulló Lenny—. Si eso es cierto...

—¿Qué? —preguntó Josie—. Sigue pensando. ¿Por qué iban unos padres a renegar de su hija muerta? ¿Por qué hacer como si nunca hubiera existido?

—¿Porque están tristes y no quieren hablar de ello? Cuando murió Jacky tampoco quise que nadie me hablara del tema porque dolía demasiado. Y eso que Jacky no era mi hijo, sino mi gato. Aun así, no era capaz de hablar de ello.

—Vale —admitió Josie—. Esa es una posibilidad, pero... —Se calló, miró a Lenny.

—¿Pero? —insistió Lenny al ver que ella se estaba mordiendo el labio.

—¿Y si pasó algo peor? Sigue en el aire la sospecha de que Susi y Theo le pudieran estar haciendo daño a Noah, que por eso esté tan trastornado. Al fin y al cabo, ya ha admitido que les tiene miedo a sus padres, ¿recuerdas?

Lenny no dijo nada, tan solo la quedó mirando ojiplático, como sospechando de a dónde quería ir a parar.

Ella tragó para lidiar con el nudo que sentía en la garganta, trató de buscar las palabras adecuadas.

—¿Has oído hablar del síndrome de Münchhausen por poder?

Lenny negó confundido con la cabeza.

—Hace poco leí una novela policíaca que trataba de eso. Una madre hizo enfermar a su hijo a propósito para que todos los demás la vieran como una madre especialmente abnegada. Le hizo cosas tan horribles al hijo que casi lo mata para luego, a ojos de todo el mundo, cuidarlo muchísimo. Pero siguió haciéndolo, hasta que el

niño casi se muere. Nadie se dio cuenta de que la mujer estaba psíquicamente enferma.

—¿Crees que Susi también tiene eso?

—Es posible. Resulta tan raro cómo se comporta a veces. Piensa en lo de los M&M's. ¿A qué madre se le olvidaría que su hijo es alérgico a los frutos secos? Dependiendo de la reacción alérgica de Noah, podría costarle la vida.

—¿Y si le preguntamos a él directamente?

Josie miró a su hermano, ladeó la cabeza.

—Creo que será mejor que vaya yo sola a hablar con él. Seguro que se siente incómodo por cómo se portó contigo.

—Vale —aceptó Lenny—. Hazlo. Te estaré esperando aquí.

—¿Quieres que vaya ahora mismo?

—Sí. Si de verdad existe esa cosa de Münchhausen y su madre lo tiene, tenemos que ayudarlo.

—No sé —titubeó Josie—. Susi se lo ha llevado a la habitación de ella para que descansara allí. No sé si sería buena idea...

—¡Te aseguro que no está sobando! —la interrumpió Lenny—. ¿Has visto sus ojeras? Noah tiene pinta de no haber dormido bien desde hace días. Seguro que ahora está mirando las musarañas.

—También es verdad —dijo Josie, se levantó y fue hacia la puerta. Allí volvió a girarse una vez más—. Y tú no te muevas de aquí hasta que haya vuelto, ¿entendido?

—Ya, ya. Pero date prisa.

Josie dudó cuando hubo llegado a la puerta de la habitación en la que estaba el niño. Le preocupaba Noah y temía lo que pudieran descubrir. Pero no era solo eso. Estaba avergonzada porque era consciente de estar inmiscuyéndose en los asuntos de los demás. Y cuando nadie se lo había pedido. Al menos no verbalmente.

¿Qué pasaría si ahora traspasaba los límites; si, con acusaciones falsas, desataba una avalancha imposible de detener?

Cuando le había contado a su propia madre sus sospechas acerca de que los padres de Noah lo maltrataban, esta no la había secundado. La había frenado y advertido.

Nada de acciones imprudentes.

Nada de llamadas que pudieran meterlos a todos en problemas.

¿Tendría razón Mamá? ¿Y si estaba malinterpretando el comportamiento de Noah? ¿Y si al inmiscuirse ella, Noah estuviera montándose una película y confundiendo la realidad?

Dio la vuelta, volvió corriendo a su habitación de invitados y se apoyó desde dentro contra la puerta cerrada.

Lenny seguía tumbado en la cama, había cogido un libro que cerró de inmediato y la observó sorprendido.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó—. ¿Por qué has vuelto tan rápido? ¿Está durmiendo Noah?

—No he podido.

—¿No has hablado con él?

Ella negó alicaída con la cabeza.

—¿Y si estamos completamente equivocados, Lenny? Es que tengo miedo de volver a meter la pata y de meterme en líos como la otra vez. Aquí se trata de amigos de Mamá y Papá... ¿Y si estropeamos algo que significa mucho para ellos? Entonces nuestros padres se cabrearían mucho o se pondrían muy tristes, que sería incluso peor.

—Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados solo por miedo a cómo puedan reaccionar Mamá y Papá. ¿Y si Noah necesita ayuda de verdad y nosotros no intentamos siquiera entenderle?

—No tenemos ni una sola prueba de que en esta casa estén pasando cosas malas. Solo son elucubraciones. No sabemos si algo de lo que nos estamos imaginando es verdad.

—Sí, tiene que serlo.

—¿Sabes algo, Lenny? ¿Noah te dijo algo?

—Sí, lo hizo —murmulló Lenny—. Si ya os lo he contado a Mamá y a ti. Pero es que no me lo quito de la cabeza.

—¿El qué exactamente?

—Pues que Noah dijera que no quiere que me muera.

Josie asintió.

—Lo recuerdo. ¿Cómo has dicho que pasó?

—Estaba todo oscuro y él estaba de pie junto a mi cama, mirándome fijamente. Cuando me desperté, me susurró esas palabras. Fue por eso por lo que me puse a chillar y desperté a toda la casa. Me dio mucho yuyu.

—Yo también me hubiese puesto a gritar.

Lenny asintió aliviado.

—Pensé que si Mamá y Papá me convencían de que estoy pirado y que solo eran imaginaciones mías...

—¿Qué pasaría entonces?

—Pues esperaba que tuvieran razón. Que dejaría de montarme películas en mi cabeza sobre esta casa y su gente.

—Pero no fueron imaginaciones tuyas, ¿verdad?

—No, no lo fueron. Lo dijo de verdad, como si quisiera advertirme.

Josie resopló.

—Y luego lo de la playa. Tienes razón, aquí hay algo que no encaja. Definitivamente.

—Y por eso tienes que hablar con Noah, ¿me oyes? Tienes que preguntarle qué quería decirnos con el dibujo de la playa y por qué se enfadó tanto.

Josie miró durante unos segundos muy seria a su hermano, al final asintió.

—Vale. Pero si algo sale mal, si a Noah le vuelve a dar un ataque, o peor, entonces les dirás a Mamá y Papá que también fue idea tuya.

—Entendido. —Lenny le tendió el puño y ella lo chocó ligeramente con el suyo.

De nuevo delante de la puerta de Noah, Josie estaba decidida a hacerlo hablar. Tenía la mano levantada para llamar a la puerta, cuando, asustada, dio un paso atrás. ¿Y si la oían desde abajo llamar a la puerta de Noah?

Accionó el picaporte con determinación, entró.

Tal como había sospechado Lenny, Noah no estaba durmiendo. Estaba sentado en el suelo, delante de su tren de juguete, con los ojos clavados en la locomotora, pero no mostrando verdadero interés.

Al percatarse de su presencia, se levantó de golpe, la miró atemorizado.

—Tranquilo, no pasa nada —le dijo con voz suave—. Solo quería ver qué tal estabas.

Noah dejó caer los hombros, empezó a llorar.

—No, no —dijo ella rápidamente, se puso a su lado, lo abrazó, le acarició la espalda. Cuando el niño se hubo tranquilizado algo, lo alejó un poco para poder mirarlo.

—¿Quieres contarme qué está pasando y por qué te enfadaste antes tanto?

Noah alzó la cabeza, se secó las lágrimas.

—No quería hacerle daño a Lenny —explicó con voz tan baja que apenas lo pudo oír.

—Pero ¿por qué lo hiciste?

Noah pareció sopesar qué podía decir, o qué le estaba permitido decir, antes de contestar acentuando cada palabra.

—Porque hizo como si solo estuviéramos jugando. Adivinó lo que había dibujado y eso fue una mierda.

—¿Porque en realidad no nos dibujaste a nosotros?

Noah no respondió.

—¿Puedo preguntarte algo, Noah?

Él la miró algo confundido, asintió levemente.

—Aparte de ti, ¿hay algún niño más en esta casa?

Ella se dio cuenta de que la pregunta lo había hecho estremecerse, pero volvió a no responderle.

—¿Tal vez una niña, de mi edad más o menos?

Noah parpadeó.

Luego empezó a temblar y Josie notó que iba bien encaminada.

—La habitación en la que estoy durmiendo, no es para tu madre, ¿a que no?

Él negó lentamente con la cabeza, luego le cogió la mano, tiró de ella hasta la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Josie—. ¿Quieres que me vaya?

Noah se giró hacia ella, negó sin articular palabra. Se detuvo en el pasillo, puso el dedo índice sobre los labios.

Josie asintió para indicarle que había entendido el gesto: que no hiciera ruido.

Lo siguió de puntillas hasta las escaleras, las bajó peldaño a peldaño. Los adultos parecían estar reunidos en la terraza y charlar de los viejos tiempos, por lo que pudieron bajar al sótano sin ser vistos. Una vez allí, Noah señaló una pila de cajas de cartón que llegaba casi al techo.

Ella lo miró interrogante. Noah indicó una caja que estaba en el suelo.

—¿Que mire lo que hay dentro?

Él asintió mudo.

Josie abrió la caja, se sorprendió al ver el montón de ropa de chica y que era más o menos de su propia talla. Sacó una camiseta, la sostuvo en el aire.

—¿Es de tu hermana?

Él no dijo nada, pero los ojos le brillaron sospechosamente. Ella abrió y rebuscó en otra caja, que también contenía ropa. En otras cajas encontró un sinfín de peluches.

Él la animó con un gesto de la cabeza a seguir investigando. Cosa que ella hizo, encontró más ropa, más juguetes y no dejaba de lanzarle miradas interrogantes a Noah.

—¿De quién es todo esto? ¿Por qué está en el sótano?

Una pregunta tras otra, pero Noah no parecía dispuesto a hablar.

O puede que no le dejen, le pasó por la cabeza.

Quiere que yo vea esto. Por eso me ha traído hasta aquí. Me lo enseña, pero no habla...

Miró a Noah, frunció el ceño.

—¿Te han prohibido tus padres que hables con nosotros sobre vuestros asuntos familiares?

Él tragó, asintió levemente.

—¿Por eso me enseñas esto? ¿Porque quieres que Lenny y yo descubramos por nuestra propia cuenta qué está pasando aquí?

Noah esbozó una sonrisa, pero acto seguido volvió a ponerse serio.

Josie abrió otra caja en la que, arriba del todo, había una foto enmarcada. Mostraba a un desconocido con una niña. Los dos estaban apoyados contra un coche reluciente y sonreían.

—¡Un momento! —dijo sorprendida—. ¿Ese no es el coche que está en el garaje? Un clásico muy elegante que seguro que tuvo que costar un huevo.

Noah asintió.

Lo miró a él, luego otra vez la foto. Acabó dejándola y estudiando a Noah.

—¿Quiénes son?

Él alzó una mano, puso de nuevo el dedo contra los labios, le brindó una mirada penetrante.

Ella asintió lentamente al entender a qué se refería. La respuesta a su pregunta sobre la identidad de aquellas dos personas era algo que no quería o no podía revelar...

Ella hizo el gesto de la cremallera ante la boca, asintió. No diría nada.

Ni una palabra a nadie...

Él exhaló con fuerza, parecía aliviado.

Satisfecho dio media vuelta y desapareció sin articular ni una palabra más.

DIECISÉIS

LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

—¿Qué pasa, cariño? ¿Por qué te escondes aquí en nuestra habitación?

Milla se giró, vio a Joe, que había entrado sin que se diera cuenta. Esbozaba una sonrisa que no le gustó. Le pareció inapropiada, dadas las circunstancias.

—Nada, todo en orden —le mintió y le molestó que Joe no se enterara de nada, como siempre. Volvió a mirar por la ventana, sin ver nada en realidad. No conseguía quitarse de la cabeza la mirada de Susi. Esa mirada despectiva, realmente malvada.

Pero ¿por qué?

¿Por culpa de unas bromas de la infancia?

¡No! Eso no tenía sentido. Tras la mirada de Susi tenía que esconderse algo más y esa sensación no la abandonaba. De hecho, la tenía aterrada.

—¡Tierra llamando a Milla! ¿Se puede saber dónde estás?

Ella suspiró para sus adentros, volvió a girarse hacia Joe.

—Pues me gustaría largarme lejos de aquí —soltó.

Él se asustó, se acercó a ella, la abrazó.

—Pero ¿por qué? ¿Por lo de antes? ¿Solo porque Susi dijo que eras algo capulla de joven?

Ella lo apartó.

—¿Capulla?

Él se rio, alzó las manos para rendirse.

—¿Prefieres cabrona? Venga, Milla, que eran bromas. Susi las contó así sin más, supongo que quiso que nosotros los hombres formáramos de alguna manera parte de vuestro pasado en común. Además, estaba claro que no iba a contar las anécdotas insulsas.

Milla negó con la cabeza.

—Sabía muy bien lo que hacía, qué contar para dejarme quedar mal. Mi supuesta amiga me ha presentado de tal manera que parezco la más hija de puta de todos los tiempos. Pero lo distorsionó a propósito. Ella hacía tonterías igual que yo. Ella también me gastó bromas a mí, algunas muy pesadas. Pero éramos niñas y los niños hacen tonterías... Sin embargo, a mí no se me ocurriría en la vida contaros esas viejas historias solo para desenmascarar a Susi.

—Seguro que lo has malinterpretado... Estoy convencido de que no había ninguna mala intención detrás.

Milla suspiró.

—No has visto sus ojos, Joe. Era malvados y provocadores. Me asustó de verdad. Por un momento tuve la impresión de estar en sus manos, las de Theo y ella.

—Cariño —murmuró Joe, volvió a atraerla hacia él—. Estás exagerando, en serio. Supongo que será por lo que te contó esa mujer antes en Ahlbeck. La tragedia de vuestros dos antiguos amigos que ahora están muertos.

Ella lo miró, asintió.

—Sí, eso me ha afectado mucho. Pero no me siento como una mierda por eso. No tiene nada que ver von Rene ni con Jannik.

—¿Entonces con qué?

Ella tragó, no supo qué decir.

Había tanto que confesar, pero la cuestión era cómo reaccionaría Joe ante el hecho de que hubiera tardado tantos años en contarle el drama más grande de su pasado.

Hablarle de los remordimientos con los que cargaba desde entonces...

¡Pero díselo de una vez!

Confía en él... Lo entenderá.

A punto de empezar a hablar y confesarle todo, les llegaron voces enfurecidas desde el exterior.

Cerró confundida la boca, miró a Joe, luego de nuevo por la ventana, que abrió del todo.

—¿Son Theo y Susi? —preguntó Joe desconcertado y se colocó a su lado.

—Eso parece —respondió ella—. Están teniendo una buena bronca.

—¿Oyes de qué se trata?

Ella negó con la cabeza, contuvo la respiración, pero aparte de algunas palabras sueltas no se enteró de nada. Los amigos debían de estar lejos de la casa.

Pero ¿por qué iban a meterse Theo y Susi en el bosque o bajar hasta el lago para discutir? No tenía sentido.

Miró a Joe, se encogió de hombros.

—Esta pelea, por ejemplo. Luego todas las anomalías con Noah...

—¿Qué estás insinuando?

—Que no hay ninguno que sea normal o que reaccione normal. Tu colega, por ejemplo, me ha visto desnuda y desde entonces tengo la sensación de que aprovecha cada ocasión que se le brinda para recordármelo con sus miradas. Y Susi ya no es la de antes. Se ha vuelto una completa extraña, por mucho que se esfuerce en disimularlo. Y el pobre niño, Noah,... a saber lo que le pasa por la cabeza.

—Está enfermo, no lo olvides.

—¿Lo está de verdad? ¿O tienen razón nuestros niños al sospechar que sus padres lo maltratan y que esa es su manera de expresar su impotencia? Es solo que... —Calló para dar con las palabras adecuadas—. Tengo la sensación de que en esta casa nada es lo que parece. Piensa en la maldita cafetera. Nadie sabía manejarla. Y Susi ni siquiera sabía dónde estaba el botiquín. ¿No te resulta extraño?

Joe sonrió.

—Theo es Theo. Y Susi, bueno, es caótica, pero eso no la convierte en mala persona ni en mala madre.

—Hay algo de lo que no te enteraste...

Joe frunció el ceño a modo de interrogante.

—Le obligó a Noah a aceptar unas golosinas que le había traído yo. Él se negó y ella se puso hecha una furia. Luego resultó que había una razón para la negativa de Noah. Yo le había comprado cacahuets bañados en chocolate y se ve que es alérgico a los cacahuets. ¡Y a Susi parece que se le había olvidado!

Joe hizo una mueca.

—Eso es una faena, lo admito. Pero ten en cuenta que la mujer tiene que estar completamente grogui, con la de veces que surgen problemas con el niño. Noah no duerme, apenas come y suele tener un comportamiento poco apropiado – seguramente porque le cuesta tener a unos extraños en su casa. Los niños autistas no son fáciles de tratar cuando se los aparta de sus rutinas y costumbres. En estas circunstancias, cualquier madre perdería los nervios en un momento dado.

—¿Y poner en peligro a su hijo olvidándose de sus alergias? Lo dudo mucho.

—Si entiendo que te preocupes —explicó Joe—. Pero una marcha precipitada sería una reacción exagerada y mandaría una señal equivocada.

—¿A quién? ¿A tu colega? ¿A nuestros hijos, que también tienen cada vez más dudas?

Él la miró, ladeó la cabeza.

—Venga, Milla. Sé pragmática. Hoy es sábado, ya solo nos queda mañana y el lunes ya nos vamos de todos modos. ¿No crees que podrías aguantar hasta entonces? ¿Por mí? —Soltó una risita tonta.

Ella le devolvió la sonrisa, aunque por dentro le hervía la sangre. Este era otro de esos momentos de su matrimonio en los que hubiera preferido maldecir a su marido. Él y su impasibilidad. Con esa manera que tenía de cortarle las alas.

Joe sabía perfectamente qué decir y cómo para convencerla y hacerla cambiar de opinión acerca de algo o modificar sus planes y

hacerla virar hacia la misma dirección que él.

Visto desde fuera podría parecer que su marido era un manipulador. Pero describirlo como tal no sería lo más acertado. Joe tenía buenas intenciones. Era un don que tenía, el de dirigir a las personas hasta que tomaran la decisión correcta.

Solo que en este momento solo se centraba en él mismo.

Por otra parte, ¿en el pasado no había cedido él en más de una ocasión para cumplirle los gustos a ella? ¿No sería lo más justo hacer ahora lo mismo por él y armarse de valor?

Además, ¿qué podría pasar?

Vale, Susi se había portado mal con ella, pero considerando lo que le había hecho ella antes... Miró a Joe, apoyó la cabeza contra su pecho.

—Vale. Nos quedamos.

Él la abrazó fuerte, le besó el pelo.

—Gracias. Ya verás como todo se arregla. Puede que tu amiga sea algo especial, pero te tiene cariño y estoy seguro de que no quería hacerte daño.

—Es posible —murmuró ella aún contra su pecho. Aunque lo cierto era que no se sentía mejor. Había demasiadas cosas pululando por su cabeza:

Los fallecidos Rene y Jannik.

Noah, cuyo comportamiento raro les estaba afectando incluso a los niños.

Susi, muy cercana antaño y ahora una completa extraña.

Y finalmente, el pasado.

—Tengo que contarte algo —soltó Milla, ahora firmemente decidida a confesarle a Joe toda la verdad.

Apartó a Joe para poder verlo, abrió la boca y entonces oyeron pasos de alguien que se acercaba, se abrió la puerta y Josie y Lennard entraron como un alud en la habitación.

Milla echó la cabeza atrás, cerró frustrada los ojos. Por fin había reunido el valor para hablar con Joe del pasado...

Y ya surgía algo que lo impedía.

—¿Qué pasa? —les preguntó Joe a los niños, que parecían muy alterados.

—Hemos encontrado algo —dijo Lenny.

Josie le mostró a Milla una foto enmarcada en la que se veía a una jovencita junto a un treintañero atractivo.

—¿Quiénes son? —preguntó confundida.

—El coche contra el que están apoyados —explicó su hija—, ¿te suena?

Milla estudió el vehículo, negó con la cabeza.

—¿Debería?

—El coche está abajo —dijo Joe—. En el garaje.

—Vale. ¿Y? —dijo Milla.

—Jo, Mamá —protestó Lennard nervioso—. ¡No pillas nada!

—Cuidadito con ese tono —avisó muy seria a su hijo.

A diferencia de otras veces, Lenny hizo caso omiso, obstinado le devolvió la mirada.

Ella se volvió hacia su hija.

—¿Qué significa esto? ¿De dónde habéis sacado la foto?

—Estaba en el sótano. Noah me arrastró hasta allí para mostrarme un montón de cajas de cartón. Están repletas de cosas de niña, ropa, juguetes – ese tipo de cosas... Creo que Noah tenía una hermana.

Milla estudió a ambos.

—¿Tenía?

—Sí, tenía —recalcó Josie—. Y creo que mi habitación era la de ella. Nunca fue la sala de lectura de Susi.

—¿A qué te refieres con eso de que Noah tenía una hermana?

Josie se encogió de hombros.

—¿De dónde si no iban a salir todas esas cosas?

—Aunque así fuera —respondió Joe—, no es asunto nuestro. Puede que sea verdad y que hubiera una niña, pero si Theo y Susi no quieren hablar del asunto, están en su derecho.

—Mirad bien la foto —insistió Lenny.

Milla la estudió un rato, luego se la pasó a Joe.

—Puede que sean el hermano de Theo y su hija. Se parecen un poco.

—¿Qué se supone que deberíamos estar viendo?

Josie suspiró y echó la cabeza atrás.

—El coche, Papá. Está abajo en el garaje y supuestamente es de Theo y Susi... Pero entonces, ¿de dónde salen estos desconocidos de la foto?

Joe le devolvió el marco a su hija.

—Porque puede que les gustara el coche y decidieran hacerse una foto junto a él.

—¿Y si no? —preguntó Lenny.

—Lenny, ya vale. Creo que lees demasiados libros malos. Estas personas puede que sean de la familia o que sean amigos de la familia. O invitados, como nosotros. Me imagino que, si se lo pidiera, a Theo no le importaría dejarme hacer una foto junto al coche.

Milla escuchaba y se fijó en la mirada de enfado que le lanzó Josie a Lenny. Parecía querer decirle: *¡Ya te lo había dicho!*

Pero la reacción de Lenny no fue de resignación ni de rabia, tal como había esperado. Parecía estar asustado.

Y eso a Milla la preocupó más que nada de lo demás.

DIECISIETE

LA CASA EN EL BOSQUE

JOSIE

—¿Por qué no se lo dijiste sin más? —preguntó Lenny.

—¿A qué te refieres?

—Pues a decirles a Mamá y a Papá lo que piensas realmente. Lo que pensamos los dos.

—¿Que es...? —Josie miró muy seria a su hermano.

—¿Por qué no les decimos que esa niña de la foto es la hermana de Noah y que Theo y Susi le han hecho algo?

—Eso no lo sabemos, Lenny. No son más que suposiciones. Y ya sabes qué opinan de ellas nuestros padres.

—Sí, sí, lo sé. No tenemos pruebas. Pero ¿y si tenemos razón?

—En ese caso, Noah lo sabe y no puede decir nada. Pero eso tampoco son más que suposiciones nuestras. Solo tenemos la reacción de Noah cuando estuve con él en la habitación y en el sótano. Y no dijo nada. Solo estaba su mirada... su expresión. Y asintió cuando le pregunté si sus padres le habían prohibido hablar. Pero eso no va a impresionar ni a Mamá ni a Papá, ya no hablemos de una autoridad oficial como la oficina de protección de menores.

—Al menos tenías que haberlo intentado. Puede que Mamá y Papá nos hubieran creído.

—Vale, Lenny. ¿Y ahora qué propones?

—Ni idea. Podríamos volver a hablar con Noah y convencerlo de que abra la boca de una vez. Tampoco es para tanto. Si cuenta lo que está pasando aquí, podemos encargarnos de que Susi y Theo paguen por ello.

—No es tan fácil —objetó Josie—. Los servicios sociales no les quitan así sin más los hijos a los padres, solo en base a sospechas. Creo que primero vienen a echarle un vistazo a todo esto y luego deciden por el bien del niño. Y mira a tu alrededor. Esta no parece la casa de alguien que descuida a sus hijos. Además, Noah no tiene moratones, al menos ninguno que se vea.

—Vale, todo eso es cierto, pero ¿y esa cosa del Münchhausen?

—¿Qué pasa con eso?

—Estuve buscándolo en internet —explicó Lenny—. Casi nadie que lo tenga les pega a sus hijos ni les rompe ningún hueso. Los hacen enfermar de otra forma, con comida en mal estado o dándoles veneno o medicinas que en realidad no necesitan.

Josie miró impresionada a su hermano.

—¿Has averiguado todo eso tú solo? ¿Cómo lo has hecho?

—Cuando estabas con Noah, me metí a escondidas en la habitación de Mamá y Papá y cogí el portátil de Papá.

—¿Has borrado el historial para que no se den cuenta de nada?

Él alzó una ceja.

—¿Crees que soy tonto?

—Aun así, no tengo muy claro qué podamos hacer. ¿Una llamada anónima como con lo del perro?

—Mamá y Papá acabaron enterándose de que habías sido tú.

—Porque se lo dije —admitió Josie—. Tenía remordimientos y Mamá no dejaba de insistir. Nuestros padres son abogados, lo notan cuando alguien miente.

Lenny soltó una especie de gruñido.

—Excepto cuando se trata de Theo y Susi. En ese caso están los dos completamente ciegos.

Josie cogió la foto que tenía Lenny en la mano, se sentó en la cama, estudió a la chica.

Era guapa, parecía simpática. Pensar que ya no seguía viva, la asustó. Tal vez porque era más o menos de su edad...

Estudió ensimismada cada detalle de la foto y, efectivamente, encontró algo. ¿Cómo no se había fijado antes?

Alzó los ojos.

—¿Has notado el reflejo en el cristal?

—No. A ver, enseña. —Lenny le cogió la foto, la miró con atención.

—Tienes que fijarte bien —aconsejó Josie—. El cristal a su lado... Hay otras dos personas más.

Lenny soltó un silbido, sin apartar los ojos de la foto.

—¡Mierda, joder! ¿Quiénes son?

Josie le quitó la foto, la acercó lo más que pudo a la cara.

—Parece un niño pequeño y una mujer.

Se concentró en el reflejo, inspiró hondo.

—Es Noah, ¿o no?

Lenny se encogió de hombros.

—Es posible.

—¿Y la mujer fortachona junto a él? Esa no puede ser Susi. La mujer de la foto es más redonda y, además, tiene el pelo de otro color.

—Susi podría haber adelgazado y haberse teñido el pelo.

—Sí, pero no lo creo. —Josie se levantó de golpe—. Ven, vamos a preguntárselo a Noah.

Josie estaba tan nerviosa que una vez más pasó de llamar a la puerta. La abrió sin más y se metió en la habitación con Lenny de remolque. En esta ocasión Noah tampoco reaccionó al instante. Estaba sentado en la cama mirando la nada.

No fue hasta que se hubo sentado a su lado y le mostró la foto, que se sobresaltó y casi rompió a llorar.

Ella señaló con el dedo el cristal en el que se veía el reflejo de la mujer y el niño.

—No tienes que decir nada, Noah, solo mover la cabeza, ¿vale?
Sin reacción.

Josie tragó.

—Eres tú, ¿verdad?

Miró a Noah, pero este no se movió.

—Estoy segura de que eres tú y Lenny también lo cree. Solo que no sabemos quién es la mujer. Porque esa no es Susi, ¿a que no?

Noah se secó las lágrimas, por fin la miró y, de algún modo, pareció aliviado. Pero seguía sin confirmar nada.

—Te prometo que no se lo voy a decir a nadie. Y Lenny tampoco lo hará. Noah, por favor, dinos quién es esa mujer reflejada en el cristal. ¿Y quiénes son los otros? No podemos ayudarte si no nos echas una mano.

Noah cogió la foto y la apretó contra el pecho, luego volvió a llorar.

—Noah, por favor —insistió también Lenny—. No es difícil, solo tienes que asentir o negar con la cabeza.

El cuerpo del niño se estremecía a causa del llanto, pero poco a poco fue calmándose y se dirigió hacia Josie y a Lenny.

—No podéis ayudarme.

—¿Por qué no? —preguntó Josie—. ¿Con qué te han amenazado?

Noah bajó la mirada, parecía reflexionar sobre si seguir hablando o no.

Al final soltó un suspiro profundo.

—Tengo tanto miedo —susurró—. Miedo por mi mamá.

—No entiendo nada —murmuró Josie tan pronto hubieron vuelto a su habitación—. Si nos estuvo mandando señales todo el rato, indicando que le tenía miedo a su madre. Y se cabreó de verdad con ella por lo de los cacahuetes. Y ahora va y dice que tiene miedo por ella. ¿Tú entiendes algo?

—A lo mejor es que sí le falta algún tornillo al pobre.

—No lo creo —dijo Josie—. Pero ¿sabes qué? Voy a volver a bajar al sótano a ver si encuentro algo más en esas cajas. Si a Mamá y Papá les da por preguntar por mí, invéntate algo.

Lenny asintió.

—Vale, pero date prisa.

Josie salió de la habitación, bajó sin hacer ruido hasta la planta baja y de ahí, hasta la puerta que daba al sótano. Respiró aliviada cuando llegó abajo.

¡Conseguido! Nadie había notado nada.

Echó un vistazo y empezó a abrir más cajas. Estaba tan metida en el asunto que no pararía hasta descubrir qué estaba pasando.

A pesar de que hacía poco que conocía a Noah, le había cogido mucho cariño y le resultaba impensable dejarlo atrás sin haber resuelto el enigma de esta misteriosa familia. En esta ocasión la sensación extraña era mucho más intensa que con lo del perro. Sentía en su interior que sería un error abandonar ahora.

Rebuscó una caja tras otra, hasta dar con algo brillante y de color fucsia. Tiró de ello, una camiseta, la que llevaba la chica de la foto.

La olió. No olía a encerrado como esperaba. Más bien como si no llevara aún tanto tiempo guardada en el sótano. ¿Significaría eso algo? Sin pensárselo dos veces, escondió la camiseta debajo de la suya para llevarla para arriba sin que la vieran.

De vuelta en su habitación, Lenny la recibió nervioso.

—¿Y? ¿Has encontrado algo?

Ella sacó la camiseta que había metido debajo de la suya, la sostuvo delante de la cara de Lenny.

—¿La reconoces?

—Sí, es la de la chica de la foto. ¿Por qué la has subido?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? ¿Es que la quieres para ti?

—No digas tonterías, claro que no. Pero creo que ya he visto esta camiseta en otro sitio.

—¿Dónde?

—No estoy segura al cien por cien, pero tuvo que ser poco antes de las vacaciones, cuando fui de compras con Mamá.

—¿Búsqueda fotográfica? —propuso Lenny.

—Buena idea —aceptó ella y extendió la prenda encima de la cama. Hizo varias fotos con el móvil, escogió la mejor y la hizo pasar por el buscador fotográfico. Luego fue pasando por las imágenes de los resultados.

—¡Ahí! —gritó Lenny, que había estado mirando por encima del hombro de su hermana—. ¡Es esa!

Hizo clic en la foto y llegó hasta una marca cara. Twinset Kids...

Echó un vistazo a la web de la tienda.

—¡No puede ser! —murmuró y giró el móvil hacia Lennard—. Es una pieza de esta colección, o sea, es nueva del todo. Si la chica de la foto es la hermana de Lenny, entonces no lleva mucho tiempo muerta.

Lenny frunció el ceño.

—Vale. ¿Y eso qué significa exactamente?

—A ver, piensa. Si la hermana de Noah ha muerto este verano, entonces Susi y Theo tendrían que estar aún de luto profundo. ¿Invitarían en ese caso gente a su casa? Por no mencionar que no se les nota que hayan perdido a una persona tan cercana.

—¿Qué insinúas?

—Que todo esto es un maldito enigma. Me cuesta creer que se hayan librado de la niña metiéndola en una institución.

—¿Y por qué no? Con lo flipados que están...

—Porque si así fuera, la habrían hecho irse con su ropa y sus juguetes.

DIECIOCHO

LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

—¿Y si ponemos la mesa y nos sentamos fuera hasta que los hombres hayan acabado con el pescado?

—Buena idea —aceptó Milla, cogió el montón de platos que le tendió Susi y lo sacó a la terraza. Acababa de repartir los platos en la mesa cuando llegó Susi cargada con una bandeja repleta.

—Espera que te ayudo —dijo, corrió hacia Susi e impidió en el último momento que se cayera una fuente. Juntas acabaron de poner la mesa.

Ninguna dijo nada, como si no hubiera nada que decir.

A Milla aquello la hacía sentirse muy mal. Quedaban tantas cosas sin decir entre ellas, que no sabía ni por dónde empezar ni si romper el silencio con una charla insustancial.

Cuando quedó lista la mesa, Susi la miró.

—Venga. Suéltalo. Por alguna razón estás cabreada conmigo. ¿Qué pasa?

Milla negó con la cabeza.

—Venga, admítelo —insistió Susi—. Estás cabreada porque te dejé quedar mal frente a tu marido.

Milla carraspeó.

—Cabreada no, solo decepcionada. O mejor dicho, confusa. No sabía que pensaras eso de mí.

—Bueno, puede que me lo tomara un poco a la tremenda. Lo de Noah en la playa, luego lo de los cacahuets – supongo que he perdido los nervios.

Milla la miró pensativa. No estaba dispuesta a dar el brazo a torcer, pero al final lo hizo.

—Entonces, ¿todo bien entre nosotras?

—Por supuesto —confirmó Susi—. ¿Brindamos por ello?

Milla sonrió.

—A mí no me des nada fuerte. No vaya a ser que vuelva a convertirme en bestia.

Susi sonrió.

—No es que quiera insistir una y otra vez, pero cuando hacías esas cosas siempre estabas sobria.

—Entendido —masculló Milla, pensando desesperadamente en cómo cambiar por fin de tema.

La ayuda llegó en forma de Theo, quien vino a la terraza en busca de Susi armado con delantal y pinzas.

—Cariño, ¿podrías echarle una mano a Joe? Es el encargado de la salsa y la guarnición y no sabe dónde están las cosas.

—La verdad es que estaba a punto de prepararnos una copa a Milla y a mí—. Susi paseó la mirada de uno a otra, le molestaba tener que dejarlos solos.

—De eso me encargo yo —respondió Theo y le guiñó un ojo a su mujer.

Susi se encogió de hombros y se alejó.

—¿Qué puedo ofrecerte?

—Una copa de vino.

—Marchando —dijo él, pero no se movió del sitio—. Por cierto, lo de antes... No se lo tomes a mal a Susi. Noah acaba con ella. Por eso a veces le falta tacto y suelta cosas que podrían interpretarse mal. No quiso decir eso. Además...

—¿Sí? —Milla sentía curiosidad en la misma medida que cautela.

—Tus bromas tampoco eran tan malas, me parece. Si lo que contó Susi de ti es completamente inofensivo. Eran bromas muy de

mi estilo. Yo también las habría hecho. —Le guiñó un ojo y volvió a observarla de una manera que a ella le resultó incómoda. Demasiado colegeo, demasiadas confianzas — como si hubiera un vínculo entre ambos.

—Ya está olvidado —dijo ella finalmente, solo por decir algo—. He de reconocer que a veces me pasaba un poco. Era la pubertad, que para mí no fue fácil. En esa época no luchaba solo conmigo misma. Se ve que también resultaba bastante cargante para mi entorno y mis amigos.

—La verdad es que no tienes pinta de malvada —bromeó Theo—. Al contrario. A mí me pareces súper amable y nada complicada.

—He cambiado. Supongo que lo hemos hecho todos, incluida Susi.

—Ya que estamos con el tema... —Calló, la miró indeciso—. ¿Susi ya era así antes? ¿Tan... —buscó las palabras adecuadas—, tan pensativa y ensimismada? A veces tengo la impresión de que le gustaría salir huyendo y alejarse de todo. Carga con algo oscuro que la hace parecer triste, aun cuando en realidad debería sentirse bien. Casi como si estuviera traumatizada. ¿Tú también lo has notado?

Y tanto, pensó Milla. Sé exactamente a qué te refieres, pero no puedo hablar de ello. ¡Ni quiero tampoco!

—Susi era la alegría de la huerta —esquivó Milla para no revelar sus pensamientos—. Pero como acabo de decir, cambiamos constantemente, pasamos por un cambio de carácter, marcado por todas nuestras vivencias y aquello a lo que aspiramos.

Theo sonrió.

—¿Ves? A eso era a lo que me refería antes. Eres tan amable y, además, muy lista. Es un placer conversar contigo.

Milla bajó avergonzada la mirada porque ese cumplido en principio inocente sonaba falso saliendo de boca de Theo.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber Susi, que había aparecido detrás de ellos. Parecía haber oído la petición de Milla porque traía una copa de vino que dejó en la mesa delante de Milla y le tendió una botella de cerveza a su marido—. El resto lo trae Joe. —Miró a Theo y luego la miró a ella—. ¿De qué hablabais?

—Acabo de decirle a tu amiga que es un placer conversar con ella —se adelantó Theo. Milla hubiese preferido contestar con algo más inocuo.

Susi asintió con la cabeza, le sonrió a Milla con una mirada que resultaba más bien tensa.

—¡Qué banquete! —Theo se frotó satisfecho la barriga. Milla y Joe asintieron con una sonrisa. A diferencia de Susi y los niños, que solo habían pinchado la comida con el tenedor y la habían cambiado de sitio en el plato.

—¿Podemos levantarnos? —preguntó Lenny, que no hacía más que moverse en la silla, impaciente por poder largarse.

—Pero antes dejáis vuestros platos en el lavavajillas —dijo Joe—. Aunque estéis de visita, eso no puede faltar.

—Ya —murmuró Lenny, cogió su plato casi lleno y se levantó. Josie y Noah también se levantaron. Resultaba raro que después de lo acontecido en la playa, los tres se hubieran reconciliado de nuevo. Mientras que Lenny y Josie desaparecieron de inmediato en la casa, Noah se quedó para ayudar a recoger la mesa, lo que Susi le agradeció con una mirada llena de cariño. Luego fue tras los hermanos.

Cuando se hubieron ido los niños, Theo dio unas palmadas.

—Y ahora, la parte agradable de la velada. —Cogió el móvil, lo dejó encima de la mesa, entró en casa, regresó con un altavoz portátil y lo conectó al móvil. Acto seguido se oyó a Bowie entonar un himno *rockero*.

Theo se levantó, miró a Milla, hizo una reverencia y preguntó:

—¿Me concedes este baile?

Ella se sobresaltó, miró a Joe, que tenía una sonrisa de oreja a oreja y parecía estar pasándoselo en grande.

Ya te he dicho que el tipo este es un loco encantador, parecía estar diciéndole con la mirada.

Que a ella Theo no le pareciera encantador y que no tuviera ganas algunas de bailar agarrado con él pareció pasarle completamente desapercibido a su esposo.

¿Por qué no se lo pide a Susi?

—Venga —insistió Theo al ver que ella seguía sentada, indecisa—. Hazme el favor. Joe ha dicho que te encanta salir a bailar y dado que a mi amorcito no le gusta, deberíamos echarnos unos bailes tú y yo.

Si por Milla fuera, le habría dado calabazas a su anfitrión, pero así solo le quedó mirar a Joe en busca de ayuda, pero su marido no pillaba lo que estaba intentando comunicarle de manera no verbal:

¡Sálvame!

Seguro que pensaba que le daba corte.

—Venga, ve —la animó ahora también él.

Se dio por vencida, se levantó, dejó que Theo la atrajera a sí y echara a girar como loco por la terraza.

En uno de esos giros se fijó en la mirada cargada de veneno de Susi. Su amiga parecía estar hecha una furia.

Cuando hubo acabado la canción, se soltó enseguida de Theo y volvió rápidamente a la mesa.

Theo, mientras tanto, le daba unas palmaditas en el hombro a Joe.

—Creo que aún no te he presentado a mi segundo gran amor.

Joe frunció el ceño, luego se rio al pillarlo.

—El coche, ¿verdad?

—Sí, mi gran orgullo.

—Pues allá vamos. —Joe se levantó y le guiñó un ojo a Milla—. Theo y yo nos largamos al garaje. Hasta luego, cariño.

—Adelante —respondió Milla, contenta de librarse así de Theo. Esperó a que los hombres se hubieron alejado lo suficiente, luego se giró hacia Susi.

—¿Te has enfadado conmigo por haber bailado con Theo? Yo no quería, pero ya has visto lo insistente que se puso.

Susi la miró durante unos instantes, luego se encogió de hombros.

—¿Enfadada? No, claro que no. Es solo que acabo de darme cuenta de que no has cambiado lo más mínimo. Sigues siendo la misma de antes.

—¿A qué te refieres? —preguntó Milla con un poco de dureza de más.

—A que sigues causando el mismo efecto en los hombres. El efecto de siempre. Los fascinas, los hechizas, te encanta recibir sus atenciones. Y sé que eres muy consciente de ese efecto que tienes en el otro sexo...

—¡Un momento! —protestó Milla.

—¡No! Déjame acabar de hablar —la interrumpió Susi—. Yo ya me di cuenta cuando éramos jóvenes. Tan pronto hay un hombre presente, te las das de niña inocente, a veces desvalida, para despertar en ellos su instinto protector. Es pura táctica, porque de desvalida no tienes nada, ¿verdad?

Milla se quedó patidifusa.

Pero ¿eso qué era?

No dijo nada, trató de descifrar la expresión de Susi, que había curvado los labios en una sonrisa desdeñosa.

—No me mires con esa cara de espanto, Milla. No ha sido ningún reproche. Eres una mujer guapa y sabes exactamente cómo embelesar a los hombres. Eres muy buena ocultando tu verdadero yo, es un hecho. Y que no tienes un pelo de tonta, tampoco es ningún secreto.

—No entiendo a qué te refieres —balbuceó Milla—. ¿Eso se supone que ha sido un cumplido o un insulto?

—Ni lo uno ni lo otro —respondió Susi—. Simplemente una constatación. Eres quien eres y puede que yo sea la única que te conozca de verdad y quien vea más allá de tu fachada. —Susi se dobló por encima de la mesa, le sonrió—. Eres la reina cuando se trata de hacerte pasar por ingenua e inocente, de engañar a tu entorno. Pero eres de todo menos una damisela en apuros. Eres una luchadora. Estás dispuesta a hacer lo que haga falta para conseguir lo que quieres. ¡Venga, admítelo!

Milla, completamente abrumada, le devolvió la mirada. No se sentía para nada como una luchadora. Se sintió, de un modo

extraño, a merced de todo.

—Creo que para alcanzar tus objetivos estarías dispuesta a matar. Subestimarte sería un grave error —añadió Susi con una sonrisa congelada.

Milla sintió el deseo de salir corriendo, los mecanismos de huida de su cuerpo se habían puesto en marcha. Solo quería alejarse, lejos de Susi, lejos de su aura tóxica. Trató de hacerlo de manera diplomática. Bostezó, echó un vistazo al reloj.

—Creo que me voy a ir a dormir —anunció ignorando las palabras de Susi. Vio de reojo que los hombres por fin volvían. Los dos parecían contentos y de muy buen humor.

Joe le puso el brazo sobre el hombro.

—Cuando no sepas qué regalarme por Navidad, échale un vistazo a esa joya de Theo. Ese coche es una locura. —Sin esperar respuesta, volvió a girarse hacia Theo—. ¿Y cuánto te costó esa maravilla? Y ahora no digas que fue una ganga o que lo heredaste. Porque entonces me va a corroer la envidia.

—Ya no me acuerdo —respondió Theo, sonriendo y halagado—. Tardé más de dos años en restaurarlo y no dejo de invertir dinero y tiempo en él. Pero bueno, es mi *hobby*.

Todavía sonriendo se dirigió a su mujer.

—Por cierto, ¿no hay postre?

—Claro, por supuesto. —Susi se levantó, miró a Milla—. ¿Me echas una mano?

Milla canceló con pesar sus planes de retirarse. No ayudar a Susi hubiera sido de muy mala educación. Así que asintió y la siguió a la cocina.

Al llegar, y sin previo aviso, la amiga se le colgó al cuello. Tras la sorpresa inicial, Milla la apartó un poco, la miró confundida.

En los ojos de Susi había lágrimas brillantes.

—Estoy tan contenta de habernos reencontrado —dijo con voz contenida.

—¿En serio? —preguntó Milla. Aquella explosión emocional de Susi no tenía ningún sentido después de la conversación de antes. La voz de Susi había carecido del más mínimo cariño, de todo tipo de amabilidad...

¿Y ahora esto?

Como si fuera otra persona.

¿Qué le pasaba a su amiga?

¿Al final resultaría que el del problema en esta familia no era Noah sino la Susi adulta?

Recordó las palabras de Theo de antes.

Había mencionado algo oscuro que envolvía a su esposa. Ella no había comentado nada al respecto, pero ahora se hizo una idea de a qué se había referido Theo.

Y no solo eso.

A diferencia de Theo, ella conocía la razón.

¿Sería esa la solución al enigma?

¿Estaba Susi así de mal porque a día de hoy aún no había digerido lo acontecido entonces?

Tantas muertes, tantas pérdidas... más dolor del que una sola persona era capaz de soportar.

¿Sería su amiga Susi simplemente un alma rota y de ahí su comportamiento tan contradictorio?

Milla se sintió mal de repente. Si ese era el caso, entonces que Susi estuviera tan jodidamente mal, era sobre todo por culpa de Milla. Un dolor agudo la atravesó. Estudió a su amiga, trató de sopesar qué le estaba pasando por la cabeza.

¿Cabía la posibilidad de que lo supiera...?

Milla se fijó en el brillo de los ojos de Susi cuando empezó a hablar:

—¿Qué te parece si mañana hacemos una excursión de chicas? Cogemos alguna ruta de senderismo mientras que los muchachos se quedan a cargo de los niños. Creo que nos va a sentar bien pasar algo de tiempo a solas. ¿Qué opinas?

Milla la miró.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio. Me alegro de que vuelvas a formar parte de mi vida, Milla. Todos estos años... te he echado mucho de menos, en serio, y no dejaba de pensar en ti, puedes creerme.

—Vale —aceptó Milla, aunque todo su interior parecía rebelarse a la idea de ir con Susi a solas a saber a dónde.

Esta la miró feliz, le dio dos besos en las mejillas.

—Estupendo. Nos lo vamos a pasar genial mañana. Prometido.

Milla no supo qué responder a eso, además, temía que se le notara en la voz que en realidad no le apetecía nada ese plan de chicas. Así que se conformó con asentir con la cabeza.

Susi le guiñó un ojo, se giró hacia la nevera para sacar el postre.

En la cabeza de Milla todo daba vueltas. Había vuelto a verlo: esa mirada ladina que le llegaba al alma. Ese tipo de alegría ratera que de inocente no tenía nada.

Los cambios de humor constantes de Susi y esos caprichos que cada vez surgían de manera más notable, le estaban dando más que quebraderos de cabeza.

Observando disimuladamente a Susi, cambió la opinión que se había formado de ella.

Esa mujer – supuestamente su mejor amiga del pasado – encendía en ella un temor progresivo ante el cual solo deseaba salir corriendo. Pero estaban los niños y Joe.

DIECINUEVE

LA CASA EN EL BOSQUE

JOSIE

Alguien llamó suavemente a la puerta. Un segundo más tarde asomó su madre por la rendija.

—¿Puedo entrar?

Josie asintió.

—¿Estáis solo vosotros dos? —se sorprendió Mamá al entrar—. ¿No ibais a jugar con Noah?

—Y lo hemos hecho —contestó Josie—. Pero le entró el sueño y quiso quedarse solo. Y como Lenny y yo aún no tenemos sueño, se nos ha ocurrido jugar a las cartas.

—Anda. —Su madre frunció el ceño—. Así que jugar a las cartas. Pues yo no veo ningún naípe? ¿Dónde está la baraja?

Josie soltó un suspiro.

—¿Es que siempre tienes que ir de abogada, Mamá? ¡Me sacas de quicio! ¡Ya no somos bebés!

—Pero para ser adultos aún os falta mucho. Así que venga, ¿qué está pasando aquí? —preguntó su madre con voz seria—. Y nada de escaquearse. Os lo veo en la cara, habéis hecho algo.

—Vale —admitió Josie, miró a Lenny, quien, efectivamente, parecía personificar la mala conciencia. No soportaba decepcionar a

Mamá. Era lo que se dice un verdadero niño de mamá; ella era más bien de Papá.

Así que se encargó ella de hacer a Mamá partícipe de todo para ahorrarle el mal trago a su hermano.

—He encontrado algo más en el sótano.

—¿En qué sótano?

—¡Venga ya, Mamá! Si ya te lo he explicado con pelos y señales. Aquí está pasando algo raro. Y ha sido Noah, quien me llevó primero al sótano y me mostró las cajas. Fue allí donde encontré la foto que os enseñé a Papá y a ti.

—¿Y?

—Estoy preocupada por Noah, así que volví a bajar al sótano. Sola.

—¡Un momento! ¿Has estado cotilleando en un sótano que no es el tuyo?

Josie la miró, asintió terca.

—Sí y no me arrepiento porque he encontrado algo más.

Haciendo caso omiso del espanto reflejado en el rostro de su madre, fue hacia su maleta, sacó la camiseta de Twinset, la extendió sobre la cama para que Mamá la viera.

—¿La reconoces?

—Josie, esto ya no tiene gracia. Estamos de visita, maldita sea. No puedes andar rebuscando entre la ropa de otra gente y llevarte lo que te guste. ¡Eso es robar!

Josie miró atónita a su madre.

—¿Crees que he robado este trapo ridículo? ¡Joder, Mamá! Yo jamás haría algo así. Y ahora, por favor, mira bien la camiseta. A ver si así te das cuenta de que yo jamás me pondría esto.

—¿Entonces por qué la tienes?

—Porque le pertenece a la chica de la foto.

—Dios, Josie, ¿ya empezamos? ¿Se puede saber qué te pasa con esa chica? Todo eso no es asunto nuestro, ¿me oyes?

Josie ignoró las palabras de su madre.

—Pero, Mamá, fíjate bien. La chica de la foto lleva esta misma camiseta. Y sacaron la colección este año. O sea, hace menos de seis meses. Entonces, ¿por qué guardar esta camiseta junto con

ropa vieja en el sótano? Mamá tendrías que verlo, allí abajo hay un montón de ropa nueva. Esta camiseta solo es una pequeña parte.

—¿Y qué? Josie, ¿sabes cuántas cajas guardo yo en nuestro sótano con ropa tuya y de Lenny para algún día poder dársela a tus hijos o vender parte de ella? Hay por lo menos veinte. Veinte cajas con cosas tuyas y de tu hermano. Pues aquí será lo mismo. Estas cosas podrían ser de cualquiera y o bien Susi quiere venderlas o las guarda para alguien. Si ni siquiera sabemos quién es la chica de la foto.

—¿Y por qué no se lo preguntaste a Susi y a Theo?

—¿Por qué iba a hacerlo? Primero, que al hacerlo, estaría revelando que andáis husmeando por ahí sin permiso y, segundo, me estaría inmiscuyendo en algo que no me incumbe. A saber cómo reaccionarían Susi y Theo. Pero tampoco quiero averiguarlo.

—Muy bien —dijo Josie, muy lejos de rendirse—. Yo se lo he preguntado a Noah.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada. —Ahora fue Lenny quien contestó—. Empezó a temblar y a llorar y a hacernos entender con gestos que no le dejan hablar de la chica.

—Justo eso fue lo que pasó —volvió a intervenir Josie—. Tiene miedo, Mamá. Miedo a las consecuencias si va en contra de esa prohibición tan rara de hablar. Lenny y yo creemos que esa niña es la hermana de Noah.

—¿Y de dónde habéis sacado eso?

—Cuando le mencioné la niña, Noah se puso a llorar. Creo que está muerta y que al menos uno de sus padres tiene algo que ver.

Su madre se la quedó mirando boquiabierta. Luego jadeó nerviosa.

—Eso es una acusación horrible, Josephine. ¿Cómo demonios se te ocurre pensar algo así?

—¿Por qué si no iba a llorar Noah al comentarle lo de la foto? Le pregunté además si el niño que se ve reflejado en la ventanilla era él y dijo claramente que sí. Cuando le pregunté por la mujer que estaba al lado, me cogió la foto de la mano, la apretó contra el pecho y se puso a llorar desconsoladamente. —Josie se calló, alzó

las manos, volvió a dejarlas caer—. Aquí hay algo que no está bien, Mamá. Tienes que creerme.

—Hay algo más —añadió Lenny—. Noah dijo que estaba asustado por su madre. Cuando tratamos de sacarle más, hizo mutis. Al principio pensé que era por su enfermedad. Pero ahora ya no lo creemos. Creemos más bien que Susi y Theo han estado mintiendo. Puede que Noah no esté enfermo. Lo que pasa es que quieren que lo creamos para que no nos llame la atención lo asustado y triste que está.

—¿Es que ahora sois Sherlock Holmes?

Josie sintió la mirada de su madre sobre sí, pero algo había cambiado. Ya no había tanto escepticismo en ella.

Se abrió la puerta. Papá echó un vistazo.

—¿Qué pasa aquí? ¿Una reunión familiar sin mí?

Mamá le resumió en pocas palabras la conversación mantenida.

Papá tan solo sacudió la cabeza.

—No me lo puedo creer, Josephine. Os exijo que dejéis de husmear por ahí. Es algo muy insolente y va en contra de todas las normas de cortesía y respeto hacia nuestros anfitriones.

—Pero, Papá —protestó Lenny.

Una mirada de Papá bastó para hacerlo callar.

—Por favor, Papá —intentó ablandarlo Josie.

Pero él se mantuvo firme.

—Vuelvo a repetirlo para que quede bien claro, cariño: esto se termina aquí y ahora. Theo es mi amigo y le tengo mucho aprecio. Y Susi es amiga de vuestra madre. No podéis llegar y cuestionar sin más la vida de una familia. Noah es un niño enfermo y Theo ya me avisó antes de nuestra llegada que el pequeño, bueno, que a veces cuenta cosas escalofrantes y que le gusta sembrar miedo y confusión. Lo hace también con sus propios padres. Los enfrenta entre ellos. Eso es parte de su trastorno. No entiende que con sus palabras y acciones hiere o asusta a los demás porque tiene muchos problemas a la hora de experimentar emociones, aceptarlas o expresarlas. Pero vosotros dos sí tenéis un sentido común sano y espero que lo uséis.

—¿Y la chica? ¿Dónde está? ¿Por qué están sus cosas...

—¡Se acabó! —Papá interrumpió a Josie—. Os hemos explicado varias veces ya que seguramente haya una explicación lógica para todo, pero no es asunto nuestro. Puede que haya habido una hija que ahora viva en otro sitio o que, en el peor de los casos, esté muerta. Pero aunque si así fuera, ese problema es de Theo y Susi.

—¿Entonces por qué no están apenados? ¿Por qué no están de luto? ¿Por qué nos han invitado tan pronto después de la muerte de su hija? ¿Vosotros haríais algo tan estúpido? —se opuso Josie, que estaba empezando a cabrearse mucho. ¿Por qué a sus padres no les entraba en la cabeza que aquí había algo que olía a podrido?

—Puede que esa niña solo sea una sobrina. Puede que Theo tenga un hermano y creo recordar que el hombre de la foto, el que estaba junto a la niña, guardaba cierto parecido con él.

—No, no lo guardaba. —La ayuda de Mamá llegó inesperadamente.

O sea, no se había equivocado. Al menos Mamá también parecía empezar a dudar de esta historia misteriosa.

—Pues estará emparentado con Susi. Su hermano o un amigo de la familia. Incluso yo he podido sentarme al volante de este maravilloso coche. Theo incluso me ha ofrecido sacarlo para dar una vuelta en él.

—Susi no tiene ningún hermano —replicó Mamá con voz extrañamente temblorosa—. Ya no.

Papá la miró molesto.

—¿A qué te refieres?

—Has dicho que podría ser que el hombre de la foto fuera el hermano de Susi. Pues no puede ser. Su hermano está muerto, hace muchos años ya.

Papá se quedó mirando a Mamá, consternado.

—Lo dices como si hubiera pasado algo.

Josie se fijó en que no era solo la voz de Mamá la que temblaba, también sus manos. Y parecía estar a punto de romper a llorar.

—Cariño —dijo Papá preocupado—. ¿Qué te pasa?

Mamá abrió la boca, pero volvió a cerrarla enseguida.

—No delante de los niños —dijo tras lo que pareció una eternidad y la miró a ella y a Lenny—. Iros a dormir, los dos. Y mañana por la

mañana nos marchamos. No aguanto ni un segundo más en esta casa.

—Eso sí que ha sido raro, raro —soltó Lenny a los pocos segundos. Sus padres los habían dejado solos sin explicación alguna.

Josie miraba al vacío sin entender nada.

—Pero di algo —le espetó Lenny al ver que ni siquiera lo miraba.

Por fin se giró hacia él, asintió pensativa.

—Tienes razón, eso ha sido muy raro. Creo que Mamá también tiene miedo —emitió finalmente con voz baja—. Cuando mencionó lo del hermano de Susi, creí que iba a derrumbarse de un momento a otro.

—Puede que ella y el hermano de Susi fueran novios.

—Es posible —aceptó ella, se levantó y fue hacia la puerta.

—Un momento, ¿qué vas a hacer?

Se volvió hacia Lenny.

—Tengo que averiguar qué pasó en el pasado.

—¿Con Mamá, te refieres?

Josie asintió.

—Sí. Voy a acercarme a su habitación y escuchar a través de la puerta. Tengo que saber por qué de repente Mamá está tan rara y quiere irse ya de aquí. Seguro que están hablando de eso ahora mismo.

—Voy contigo —decidió Lenny.

—De eso nada. ¡Tú te quedas aquí!

Josie hizo caso omiso de los morros de su hermano, salió de la habitación, recorrió el pasillo a hurtadillas hasta llegar a la puerta de sus padres.

Tras echar un vistazo y asegurarse de que nadie se había percatado de nada, pegó la oreja a la madera de la puerta, contuvo la respiración.

Por desgracia, Josie solo captó alguna que otra palabra suelta, pero lo suficiente como para hacerse una idea. Tal como había

supuesto, estaban hablando del deseo de Mamá de marcharse. Papá parecía muy cabreado y Mamá intentaba desesperadamente evadir sus preguntas.

Pero ¿ahora por qué lloraba de repente?

Algo en el interior de Josie se rompió.

¿Era por su culpa?

Se sintió mal al instante.

Mamá y Papá discutían cada vez más hasta que Mamá pareció controlarse de nuevo. Balbuceó algo.

Josie apretó la oreja más hacia el ojo de la cerradura. ¿Y ahora por qué estaba disculpándose con Papá?

Las explicaciones que soltaba Mamá entre sollozos no formaban ningún sentido para Josie. Luego captó la palabra matanza y se sobresaltó.

Apretó la oreja aún más, pero no sirvió de mucho. Hablaban demasiado bajo.

Solo permaneció la palabra matanza.

¿Qué tenía que ver una matanza con el llanto de Mamá?

Josie notó que le empezaba a hormigear la piel. Le pasaba siempre que se concentraba mucho y trataba de dar con una respuesta. Pero de momento tan solo unió las piezas del puzzle. Y recordó de golpe la negación de Mamá de venir a la isla.

Pero había más: hacía siglos que Mamá no venía. ¿Y por qué no visitaba nunca la tumba de su padre? Luego esa tensión entre Susi y Mamá, si se suponía que eran viejas amigas. A Josie ya le había llamado la atención durante el primer encuentro, cuando se reconocieron. Mamá parecía otra.

¿Estaban Susi y Mamá unidas por un secreto tan terrible que ninguna de ellas se lo había contado a nadie? Mamá no a Papá y Susi seguramente no a Theo.

Había oído lo suficiente. Al menos suficiente para preocuparse todavía más. Se dio la vuelta, volvió a hurtadillas a su habitación y junto a Lenny.

Su hermano seguía sentado en la cama, pero se levantó de golpe al verla entrar.

—¿Y? ¿Te has enterado de algo? —preguntó agitado.

Ella asintió.

—¡Pues, venga! ¡Cuenta!

—No creo que quieras saberlo. En serio.

Lenny abrió mucho los ojos.

—¿Y tú qué sabes? Venga di. Lo has prometido. Mientras estemos aquí seremos una piña, pase lo que pase.

Ella suspiró y asintió con la cabeza.

—Pero antes tienes que prometerme que no vas a salir corriendo a atosigar a Mamá con preguntas.

Él alzó la mano a modo de juramento.

—Está bien. Hubo una matanza. Aquí en la isla. Cuando Mamá aún iba al colegio. Creo que el hermano de Susi murió en esa matanza.

VEINTE

LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

No supo si solo se había quedado dormida un instante o si había sido más tiempo. Incluso ahora no conseguía quitarse de la cabeza la expresión horrorizada de Joe. Cómo la había mirado al hablarle de lo ocurrido. Del peor día de su vida. De aquel día en el que un chico – no mucho mayor que ella – había matado a disparos a muchos alumnos y profesores.

Ese día ella no había ido a clase porque estaba enferma, pero sus amigos supervivientes se lo habían contado luego todo con pelos y señales. Le habían hablado de la sangre, los gritos, el pánico a ser encontrados en sus escondites, a quedar expuestos...

Pero lo peor que recordaba era el momento en el que fue consciente de quién había sido el responsable de aquel horror.

Cerró los ojos, se concentró en su propia respiración, en los latidos de su corazón, pero supo que esa noche no pegaría ojo. El recuerdo en su cabeza era demasiado real. Demasiado cerca al miedo de entonces, demasiado pesado el peso con el que cargaba desde entonces.

Se asustó al oír un ruido.

Milla parpadeó en mitad de la oscuridad.

Joe estaba profundamente dormido a su lado, no se movía.

¿Entonces de dónde había salido ese ruido?

Su subconsciente le lanzó un aviso. Había alguien en la habitación. Y en ese instante lo sintió.

La sensación de vulnerabilidad en la oscuridad por no poder ver de quién se trataba. No saber qué pretendía ese alguien.

Empezó a sudar.

El corazón se le disparó en el pecho.

Tenía claro que no era ninguno de sus hijos.

Notó que el peligro estaba justo delante.

Pero ¿de quién emanaba?

Sopesó si extender el brazo izquierdo, pellizcar a Joe para despertarlo. Pero quienquiera que se hubiera metido en la habitación, percibiría cualquier movimiento, cualquier sonido.

Contuvo la respiración, los pensamientos giraban como locos en su cabeza.

¿Qué debía hacer?

¿Gritar?

Al final decidió jugárselo todo a una sola carta.

Se incorporaría, agarraría rápidamente el móvil, activaría la pantalla para comprobar quien estaba allí junto a su cama.

Justo en el instante de incorporarse, la rozó una corriente de aire. Notó una mano en la boca. Una mano pequeña, pero fuerte, que con energía le apretaba la cabeza contra la almohada.

Noah...

Tenía que ser Noah.

Le cogió la mano, quería apartarla de la boca, pero él la mantuvo firme ayudándose con la otra mano.

Luego lo oyó susurrar.

—Tenéis que iros. Ahora mismo. ¡Por favor!

Milla intentó hablar, pero él no la soltaba.

—Shhh, no puedes hacer ningún ruido, Milla. No deben oírnos.

Ella asintió con la cabeza.

Noah dudó unos segundos, luego la soltó.

Al distinguir la silueta de Noah, respiró aliviada.

—¿Qué haces en plena noche en nuestra habitación? —le preguntó en voz baja.

—Tenéis que largaros —siseó Noah entre dientes—. Ahora mismo. Y sin hacer ningún ruido. No deben oíros.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Milla—. ¿Has vuelto a pelearte con Lenny? ¿Se portó mal contigo?

—Lenny me cae bien —dijo Noah y su voz sonó sincera—. Por eso tenéis que iros. No quiero que les pasa nada a él o a Josie.

—¿Y qué les iba a pasar?

—¿Por qué no me escuchas? —dijo con un tono algo agudo de más—. Tenéis que iros ya. Dejad las cosas. Quizás mis padres puedan mandároslas luego.

—¿Qué significa eso, Noah? ¿De qué estás hablando? ¿Por qué íbamos a irnos en plena noche y aún por encima sin nuestras cosas? Eso no tiene ningún sentido.

—Es una trampa —susurró Noah—. Dicen que solo quieren hacerte daño a ti, pero no les creo.

—¿Quiénes?

Noah negó con la cabeza en medio de la oscuridad.

—¡No seas tonta! ¡Tú haz! Tienes que despertarlos a todos y decirles que no hagan ruido. Bajad y corred al coche. Largaros de aquí y buscad ayuda, por favor. ¡Pero daros prisa!

Milla cerró por un momento los párpados. Los disparates de aquel niño no tenían sentido alguno. Pero sonaba muy apremiante. Y jodidamente serio.

Recordó las palabras de Joe de antes. De que Noah tendía a inventarse historias.

Que formaba parte de su trastorno.

Pero ¿y si no era para nada así?

Ella también se había sentido incómoda durante la conversación con Susi a la hora de la cena. Y de Theo no se fiaba desde el primer momento. Estaba siempre esa sensación de angustia.

Y luego el comportamiento de Noah desde que habían llegado...

¿Cuánto valor debía darle a la advertencia de este niño?

Tal vez todo...

O ninguno.

—Noah, escucha —susurró—. Voy a llevarte al cuarto de tu mamá, ¿vale? Creo que ella podrá ayudarte.

Noah sacudió con vehemencia la cabeza, se apartó de ella. Gimoteó por lo bajo.

—¿Qué pasa, peque? —preguntó. Quiso cogerle del brazo, pero de repente una sacudida atravesó el cuerpo menudo del niño.

—¡Susi no es mi mamá!

A pesar de haberlo dicho susurrando, captó el pánico en sus palabras.

—¿Qué?... No entiendo —balbuceó ella—. ¿Qué quieres decir?

Se abrió una puerta. Cerca. Luego oyó unos pasos enérgicos, fuera en el pasillo.

Noah sollozó más fuerte.

Luego se acercó a ella, le dio con su pequeño puño contra el pecho.

—Ya es demasiado tarde —susurró con la voz oprimida—. No quisiste hacerme caso.

Los pasos se acercaron, enmudecieron justo delante de su puerta.

Noah desapareció velozmente en el cuarto de baño.

Apenas hubo cerrado la puerta tras de él, cuando Milla percibió el chirrido del picaporte.

Un haz de luz se coló en la habitación. Susi metió la cabeza. Parecía asustada. Preocupada.

—¿Has visto a mi niño? No está en su habitación.

Milla pensó en cuestión de segundos, decidió que mentir no serviría de nada.

—En el cuarto de baño —dijo—. Creo que ha tenido un episodio de sonambulismo. O puede que haya tenido una pesadilla.

Susi soltó un quejido, la miró con ojos de disculpa.

—Voy a llevármelo. Siento la molestia.

Milla asintió, volvió a recostarse contra la almohada, esperó a que Susi hubiese salido del cuarto de baño con Noah en brazos.

Una vez en la puerta, su amiga volvió a girarse hacia ella.

—Sigue durmiendo, Milla, y perdón otra vez. No volverá a ocurrir.

Ella le restó importancia con un gesto de la mano.

—No pasa nada. Es solo un niño. Los míos a esa edad también se asustaban a menudo y tenían pesadillas.

Cuando Susi hubo cerrado la puerta tras ella, Milla esperó unos segundos, luego le dio unos golpes a Joe.

Este murmuló algo medio en sueños, pero no se movió.

—¡Joe, despierta, joder! —dijo Milla en voz baja, pero tan apremiante que tenía que oírla.

Por fin se movió. Pero pasó demasiado tiempo antes de que estuviera lo suficientemente despierto para reaccionar.

—¿Qué pasa? ¡Es noche cerrada, Milla!

—Noah acaba de estar aquí. Ha dicho que Susi no es su madre y quería que nos largáramos dejando nuestras cosas atrás. Fue como si estuviera avisándonos.

Joe hizo ruido con la manta, luego una luz inundó la habitación. Había encendido la linterna del móvil y estaba enfocándosela a ella a la cara.

—Para —pidió ella—. Ya sé que parece una locura, pero, no sé por qué, le creo.

Joe bajó por fin el móvil, pero dejó la linterna encendida.

—Milla —dijo, acentuando cada sílaba, como si estuviera hablando con una niña pequeña—. Hace solo unas horas que hemos tratado ese tema. Noah hace ese tipo de cosas. Cuenta tonterías, causa alboroto y confusión. No dejes que se meta en tu cabeza.

—Y tú eres demasiado crédulo —soltó ella enfadada—. Piensas que todo el mundo en el fondo está dispuesto a hacer lo correcto y que solo necesita un empujoncito en esa dirección. Pero no es así. Si ni siquiera a mí me conoces bien, y eso que llevamos siglos juntos.

—¿Y qué significa eso ahora?

—No sabías nada sobre la matanza.

—Y eso te traumatizó, Milla. Por eso no me contaste nada. Lo entiendo. Pero eso no te convierte en mala persona. No me lo ocultaste por maldad. Guardaste silencio para protegerte, porque te daba miedo tener que enfrentarte otra vez a todo aquello.

—Eso solo es una parte —confesó ella.

—¿Qué quieres decir?

Ella tragó, luego reunió todo su valor.

—Esa matanza... —Se interrumpió, cogió aire—. Fue culpa mía.

VEINTIUNO

LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

Joe le clavó los ojos.

Tras un minuto que resultó eterno, carraspeó.

—¿Cómo he de interpretar eso?

—Hice algo que desencadenó que el francotirador hiciera algo tan horrible.

La mirada de Joe expresaba estupefacción.

—¿Le dijiste que matara a vuestros compañeros y profesores?

Milla resopló, negó con la cabeza.

—¡Claro que no! Pero hice algo que les causó problemas a él y a otros. No se lo he contado a nadie más. Tú eres el primero. Pero si yo no hubiera actuado así, jamás habría tenido lugar aquella matanza.

Joe le dedicó una sonrisa tierna.

—¿Milla, de qué estás hablando? Nada de lo que tú hayas podido haber hecho justifica un cortocircuito como salir y armarse a tiros con todo aquel que se cruce en tu camino. Ese chico debía de tener un trastorno psíquico de algún tipo para hacer algo tan cruel, así que, definitivamente, no fue culpa tuya, ¿me oyes? Fue él quien disparó. Él quien decidió matar a gente, ¡y no tú!

Milla luchó contra las lágrimas.

—Llevo años intentando interiorizar lo que acabas de decir, pero no lo consigo. No consigo quitarme de la cabeza que fue mi estúpida idea la que desencadenó todo, culminando en la matanza.

Joe se deslizó hacia ella, la abrazó y apretó contra su pecho.

—No fue por tu culpa, Milla, créeme. El único culpable fue el chico que apretó el gatillo.

Ella se desprendió, negó renuente. Había una parte de ella que quería contarle el resto de la historia, pero era consciente de que de momento tendría que bastar con esto.

—Pero sigue estando lo de Noah —dijo con voz prensada—. Después de lo que ha dicho, tengo mucho miedo.

Joe negó con la cabeza.

—En tu interior sabes que tu miedo es injustificado.

Cada fibra de Milla se rebelaba a gritos contra los argumentos razonables de Joe, aun así, siguió escuchando las palabras de su marido, acostumbrado a exponerlo todo de tal manera que pareciera lógico.

—Aunque el niño hubiera dicho la verdad —prosiguió Joe—, aunque Susi no fuera su madre biológica, si lo hubiera adoptado con su marido o si lo está criando porque es hijo del primer matrimonio de Theo, seguro que hay una explicación racional para todo. No significa que tras el deseo de Noah de que nos vayamos de aquí haya algo turbio. Lo que pasa es que no nos quiere tener aquí, Milla. Ponemos patas arriba su estructura familiar. Su día a día, que por lo visto necesita tanto.

—No sé yo —respondió Milla reticente—. Estabas dormido, Joe, no has oído su voz. Había pánico en ella, como si estuviera preocupado de verdad por nuestro bienestar.

—Escucha, cariño, ahora vamos a dormir y cuando nos levantemos luego, recogemos nuestras cosas y nos largamos, tal como querías. Ya volveremos en otra ocasión, cuando Noah sea mayor y más estable en sus emociones.

—¿Me lo prometes? ¿Nos vamos mañana a primera hora?

Joe asintió.

—Sí. Y ahora duerme, Milla. Si quieres que partamos dentro de un par de horas, necesito dormir un rato. Al fin y al cabo, nos espera un viaje de diez horas en coche.

Transcurrida apenas una hora, Joe ya roncaba y dormía profundamente. Ella, sin embargo, ni siquiera había cerrado los ojos. Seguía dándole vueltas a las palabras insistentes de Noah.

Aquí había algo que no estaba para nada bien. A cada segundo que pasaba era más consciente de ello. Ya no aguantó más en cama, apartó la manta, se levantó, fue a hurtadillas hasta la puerta. Tenía que ver cómo estaban sus hijos. Y Noah...

Puede que estuviera despierto... En ese caso podría intentar volver a hablar con él.

Fue despacio hacia su habitación, accionó el picaporte, apoyó el hombro contra la madera, pero nada...

La puerta no cedió ni un solo milímetro.

Volvió a intentarlo, en vano.

La ira se disparó en su cuerpo al percatarse de lo que aquello significaba...

Susi no solo había encerrado a su hijo, sino también a Lenny.

¡Por eso sí que no pasaba!

Contuvo el primer impulso de aporrear furiosa la puerta, hasta que también la última alma de la casa estuviera en pie. Se acercó preocupada a la habitación de Josie y suspiró aliviada cuando la puerta de esta se abrió con un leve crujido.

Entró, se acercó a la cama, soltó otro suspiro de alivio al ver a Lenny tumbado en la cama junto a su hermana. Los dos estaban profundamente dormidos.

O sea, Susi solo había encerrado a Noah...

¿Por qué hacer eso?

Hubiera bastado con llevárselo a la habitación de ella, como hubieran hecho unos padres normales.

¿Padres normales?

No, ni Susi ni Theo eran normales.

Pero entonces, ¿qué eran?

¿De verdad esta casa encerraba secretos, tal y como sospechaban Josie y Lenny?

Milla recordó la excursión de Josie al sótano.

Necesitaba certeza, ¡ya!

Sin hacer ruido salió de la habitación, cerró la puerta, se puso a escuchar conteniendo la respiración.

En la casa reinaba un silencio sepulcral.

Fue hasta las escaleras, las bajó sin apenas hacer ruido. La puerta que daba al sótano no estaba cerrada con llave, lo que ella interpretó como una señal. Lo que ya no era de tanta ayuda era haber olvidado el móvil en su habitación. Así que palpó la pared en busca del interruptor de la luz.

Tras encontrarlo, cerró la puerta tras de sí, emprendió el descenso.

Encontró la habitación de la que había hablado Josie y vio el montón de cajas. Les echó un vistazo a algunas, negó con la cabeza sin poder dar crédito.

Josie no había exagerado. Un poco raro sí que era encontrar aquí abajo todas estas cosas de niña. Pero seguía sin poder expresar en palabras lo que su subconsciente ya había captado hacía mucho.

Cerró los ojos, se concentró.

Entonces lo vio claro y consideró confirmado lo que Josie había intentado comunicarle.

Las cosas guardadas en las cajas no parecían las posesiones gastadas y desechadas de una niña, demasiado mayor ya para ellas. Eran pertenencias a las que se les había cogido cariño, pero que habían sido metidas en cajas sin ton ni son, para ocultarlas ante miradas curiosas.

¿Las de visitantes?

¿Las suyas?

Rebuscó varias cajas sistemáticamente. Apiló algunas concretas dejando libre así la caja de más abajo. La abrió.

Al ver la esquina de un marco de fotos igual al que había descubierto Josie, lo sacó.

Titubeó.

La foto mostraba a la misma niña que en la foto asegurada por Josie. A su lado estaba Noah, sonriéndole feliz a la cámara. Parecía otro niño. Completamente normal y feliz.

Milla siguió rebuscando en la caja, dio con otra foto enmarcada.

Una mujer, a su lado de nuevo Noah y la niña.

Algo se encogió en el interior de Milla. Conocía aquella cara. Estaba más redondeada que antes, pero era...

Fabienne...

La mujer de la foto era Fabienne.

¡La vieja amiga del colegio de Susi y ella!

Milla dejó caer la mano con la foto, cerró los ojos.

¿Qué significaba esto?

¡Si ya lo sabes!, le susurró su interior.

Abrió los ojos, se asustó al percibir algo oscuro bajo la pila de cajas.

Se acuclilló, estudió la mancha.

¿Qué demonios era eso?

Se incorporó, apartó la pila haciendo el menor ruido posible, notó que se le paraba el corazón al ver que la mancha era enorme.

Pero no solo eso...

Se mareó.

Luego le entraron arcadas.

Se tambaleó, volvió a acuclillarse para poder verla de cerca.

Al percatarse de que su instinto no la había engañado la primera vez, apretó consternada una mano contra la boca, para no emitir un grito.

Esta mancha aquí en el suelo...

¡Era sangre seca!

VEINTIDÓS

LA CASA EN EL BOSQUE

SUSI

—¡Ha llegado la hora! —Su voz sonó casi chillona, pero en este momento estaba demasiado excitada como para tener en consideración a Theo, que odiaba cuando le hablaba con ese tono de voz.

¿Cómo era capaz de volver a dormirse después de lo que acababa de pasar? Debía de ser un don que tenían muchos hombres. Daba igual bajo la presión a la que estuvieran sometidos, igual lo estresados que estuvieran, tan pronto sus cabezas entraban en contacto con una almohada mullida, quedaban dormidos. Theo no era una excepción y, aunque normalmente a ella eso no le molestaba, en este instante le hubiese gustado despertarlo a golpes.

Cuando por fin se hubo despertado, tan solo la miró con ojos de tonto y confusión.

—¿Se puede saber qué pasa? Es mitad de la noche. ¿Qué me quieres?

—¡Hay que ponerle fin a esto ahora! ¡Ahora, de inmediato!

—¿Has perdido la cabeza o qué?

—Ya sé que lo habíamos planeado de otra manera. Que tenía que parecer un accidente y que luego nosotros nos largaríamos en

secreto.

—¿Entonces? —balbuceó Theo, a punto de volver a darse la vuelta.

—¡No te duermas, joder! Y escúchame. Hay que hacerlo ahora. ¿Entendido? De todos modos, lo otro jamás hubiera funcionado.

Theo la miró, frunció reacio el ceño.

—¿Qué estás diciendo? Nuestro plan es perfecto.

—¡Qué va a serlo! Lo he repasado todo mentalmente.

—Como si no lo hubiéramos hecho ya un sinfín de veces. Deja que lo hagamos como habíamos acordado.

—¡Que no! ¡Qué no funcionará! A ver, piensa. A más tardar, Joe llamaría a los maderos nada más enterarse de que su mujer ha tenido un accidente mortal haciendo senderismo. ¿Cuánto crees que tardarían en averiguar que esta no es nuestra casa?

—¿Y qué? ¡Que lo averigüen! Para cuando lo hagan nosotros ya estaremos muy lejos de aquí. Lo único que tienes que hacer es llamarme como habíamos acordado cuando hayas despachado a Milla. Yo le digo a Joe que vais a retrasaros un poco y me largo. Cuando Joe se dé cuenta por fin de que no vais a volver, tú y yo ya estaremos en el avión.

Susi hizo una mueca que reflejaba sus dudas.

—¿Y luego qué? ¿Te has parado a pensar en eso? No, claro que no lo has hecho. Pues te lo digo yo. No podríamos regresar jamás. Viviríamos con el miedo constante a ser descubiertos. Eso no es vida, Theo, ni futuro. Después de todo por lo que he tenido que pasar, de todo lo que he dejado atrás, me merezco algo más que una vida de fugitiva. ¿No te parece?

Theo la atrajo hacia él.

—Te mereces lo mejor del mundo, mi amor. Pero son niños, por favor, tenlo en cuenta. Ellos también se merecen un futuro.

—¿Eso es lo único que te importa?

Él asintió.

—Ellos no tienen la culpa de nada. Son inocentes.

—Los hombres también —replicó ella—. Joe y Daniel son igual de inocentes que los críos. El único error que cometieron fue casarse con las mujeres equivocadas.

Él suspiró.

—Puedo con eso, pero no con el asesinato de tres niños. Ya bastante malo es lo que le hemos tenido que hacer a Noah. Va a tener que lidiar con ello el resto de su vida.

—¡Yo también tuve que hacerlo! Y sigo haciéndolo. Yo no era más que una niña y por culpa de esa puta perdí a toda mi familia. Mi hermano lo era todo para mí. Sigo viendo su cabeza destrozada, el agujero enorme en ella, veo toda esa sangre. Es el día de hoy que a veces sigo con esa sensación de tener el sabor de su sangre en mis labios, después de que la bala repartiera mitad de sus sesos en mi cara. Thomas se pegó un tiro ante mis ojos. ¡Y yo solo tenía quince años!

—Lo sé, cariño. Pero los niños nunca formaron parte de nuestro trato.

—¡Pues van a hacerlo ahora, Theo! Va a parecer que fue Milla la que se volvió loca. —Se encogió de hombros, lo miró furiosa—. Dime, ¿qué habías pensado? ¿En serio querías dejar que el tío y sus hijos se librasen? ¿Y los otros tres también? ¿Y cómo? ¡Han visto nuestras caras!

—El único de los Rabe que ha visto nuestras caras es Noah y a él puedo manejarlo. El cagoncete ese me tiene tanto miedo que jamás me delataría. Y su hermana y su padre solo han visto a una persona con la cara cubierta por un pasamontañas. Y seguro que tampoco recordarán ningún detalle habiéndolos mantenido todo este tiempo drogados con ese medicamento, como has hecho. Declararán que los atacaron. Que unos desconocidos entraron en casa y que los sacaron de ella, que los maniataron y que les inyectaron algo. Eso es todo. Los dos ni se enteraron de lo que le hiciste a Fabienne.

—Pero Noah sí —replicó ella—. Estaba presente y eso fue idea tuya. Lo mismo que tenerlo todo el rato en casa con nosotros.

—No había otra manera. Lo de la excursión con la que contacté con Joe por internet estaba en un foro como sugerencia para el día del padre. Así que tenía que inventarme un hijo. Hubiese quedado raro que llegaran y no tuviera ninguno.

—Podríamos haber dicho que estaba de campamento.

Theo suspiró descaradamente.

—Pero no lo hemos hecho, ¿vale? Y ahora las cosas son como son y tenemos que apandar con lo que hay.

—Pero Joe nos ha visto, igual que Lenny y Josie. ¿Cómo vas a conseguir que ninguno de ellos abra la boca?

—¡Si te lo acabo de explicar! Si lo hacemos tal cual lo habíamos planeado, no habrá nada que nos señale. Joe y sus hijos no van a enterarse de nada. Va a parecer que durante vuestra excursión Milla perdió los estribos de repente y que se largó sin más. Que la estuviste buscando como loca porque pensabas que le había pasado algo. Luego encontrarán su cadáver. Junto al de Fabienne. Ni Joe ni el resto de la familia Rabe sabrá qué pasó exactamente.

—¿Y cómo vas a explicarle a la policía que ocupamos esta casa y que la hicimos pasar por nuestra? Joe les va a decir por supuesto que fuimos nosotros y no los Rabe quienes los invitamos. ¿No crees que eso no va a levantar sospechas?

Theo bajó la mirada, aparentemente sus argumentos le parecían bastante válidos y no se le ocurrió nada.

Ella lo observó, esperó, hasta que por fin se dio cuenta.

—¡Mierda, joder! —maldijo él y la miró con gesto sombrío—. Tienes razón, no hay explicación para eso.

—Y eso va a ser nuestra sogá al cuello.

—Pero son niños, Susi. No voy a ser capaz.

Ella lo miró y suspiró.

—Tampoco tienes por qué. Nos deshacemos del esposo de Milla, llevamos a los niños junto a los demás a la otra cabaña, los maniatamos y drogamos. A partir de ahí tú solo tendrás que ocuparte de Daniel, ¿vale? Nadie dará con Noah, Lenny y Josie hasta que ya estén muertos. Así que, vamos a hacerlo tal cual te acabo de explicar. Todos van a creer que a Milla se le fue la pinza, que le dio algo así como un brote psicótico. Vamos a obligarla a escribir una carta de despedida que le va a dar credibilidad al asunto.

—¿Y cómo piensas obligarla a hacerlo?

—Si le decimos que a los niños no les pasará nada, lo hará. Todo el mundo va a pensar que colapsó bajo el peso de los remordimientos. Que primero mató a Fabienne y al marido de esta, luego a Joe. La policía creerá que llevó a los niños a otro sitio para

que no se enteraran de nada. Supondrán que contaba con que encontrarían a los niños a tiempo, cosa que desgraciadamente no será el caso. Todos pensarán que después de hacer todo lo que hizo, Milla se suicidó. Y nosotros nos habremos librado y salido de rositas.

—No sé yo. Suena todo bastante complicado.

—Que no. Es todo súper lógico y está más claro que el agua. Solo tenemos que borrar todas nuestras huellas, incluidos los mensajes y los correos electrónicos entre Joe y tú. Tienes que borrarte del foro en el que te ganaste su confianza. No puede haber nada que te señale, y si quedara algo, para cuando lo descubran ya estaremos muy lejos, a la espera de a ver qué pasa.

—Vale, ¿y por qué ahora? ¿Por qué esta noche y no mañana tranquilamente como habíamos planeado?

—Porque ha bajado al sótano.

Él se la quedó mirando.

—¿Quién?

—Pues Milla. La he seguido. La he oído jadear. Ha encontrado la mancha de sangre.

—¿Y has dejado que ande por ahí espionando? ¿Y si ya ha sacado a Joe de la cama?

—La he encerrado, por supuesto. Pero aun así, deberíamos ponernos en marcha con Joe antes de que a ella le...

Se oyó un estruendo.

—¡Mierda, joder! —Susi corrió hacia la puerta—. Ocúpate de Joe, que yo me ocuparé de la puta esa.

Theo asintió, pero no parecía muy contento.

—¿Y los niños? —preguntó—. ¿Qué pasará si despiertan?

Susi sonrió.

—No lo harán. Les he llevado antes un cacao especial que tomaron obedientemente. Solo que Noah aparentemente no lo ha tocado. Se metió antes en la habitación de Milla y parece que hizo saltar la liebre. Ahora mismo está en el sótano por culpa del niño.

—Pues adelante —dijo Theo, la siguió hasta la puerta.

Susi registró cómo cogía el bate de beisbol y lo escondía tras la espalda. Eso la hizo sonreír satisfecha. Por fin Theo había parecido entender que no les quedaba otra opción.

Salió al pasillo, donde casi chocó con Joe.

—¿Qué está pasando? —preguntó él desconcertado, mirándola primero a ella luego a Theo—. ¿Qué son esos porrazos?

—Ni idea —respondió ella, tratando de aparentar lo más inocente posible para no hacer levantar sospechas en Joe. Tenía que aprovechar el momento sorpresa para dejarlo fuera de combate.

—Dejadme salir ahora mismo —chilló Milla de repente desde abajo.

Susi suspiró para sus adentros.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Joe miró a Theo.

—Tengo miedo —gritó Noah en ese preciso momento—. Abrid, que alguien abra la puerta. El picaporte subía y bajaba, pero la puerta seguía cerrada. Acto seguido, otro grito de Milla llegándoles desde el sótano.

Joe corrió hacia las escaleras, las bajó y se puso a tirar de la manija.

—¡Milla! —gritó—. ¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo ahí dentro? ¿Y por qué no se abre esta maldita puerta?

—¡Tienes que largarte de aquí! —le gritó ella desesperada—. ¡Ahora mismo! Coge a los niños y largaros.

—No entiendo —balbuceó él, luego se apartó de la puerta y se giró hacia ellos.

Susi notó cómo la mano de Theo agarraba con más fuerza el bate a su espalda.

—Noah no es autista y estuvo diciendo la verdad desde el principio, cariño —gritó Milla—. Susi sabe lo que he hecho. Que todo es culpa mía y que su familia tuvo que morir por mi culpa. No es la madre Noah y Theo no es su padre. Esta casa le pertenece a otra familia. Susi y Theo nos han tendido una trampa.

—¿Qué? —Joe sacudió la cabeza, parecía no poder dar crédito—. No lo entiendo. —Miró a Theo—. ¿A qué se refiere?

Susi puso los ojos en blanco. ¡Mira que había tíos cortitos!

—¡Venga ya! ¿En serio que aún no lo pillas? —le espetó a Joe—. Y tú dices ser abogado —dijo con desprecio—. Esta es la casa de la familia de Fabienne. Una amiga de Susi y mía. Fabienne pescó un

ricachón: Daniel Rabe, el arquitecto. Tienen dos hijos... Al niño ya lo conocéis.

—¿Y dónde está ahora la familia de Fabienne? ¿Por qué estáis vosotros...? —Joe se detuvo en medio de la frase. Sus ojos se le abrieron como platos—. ¿Qué le habéis hecho a esa gente?

—Están todos estupendamente, excepto Fabienne —dijo Susi, encogiéndose de hombros en un gesto de indiferencia.

—¿Y qué pasa con Fabienne?

Susi suspiró.

—Ay, la pobre. Digamos que está criando malvas, igual que hará tu mujer muy pronto.

Esa era la señal para Theo...

Tenía que actuar ahora.

Notó cómo los músculos de Joe se estaban tensando.

Y como si pudiera ver a través de la puerta del sótano lo que estaba pasando, Milla se puso a chillar.

Joe fue a lanzarse sobre Theo, pero este fue más rápido. En una milésima de segundos el bate se estrelló en la cara de Joe. Se desplomó.

De repente se hizo un silencio absoluto en la casa.

El griterío de Milla también había enmudecido.

Susi miró a Theo, sonrió triunfalmente.

—Buena puntería —lo felicitó y señaló con la cabeza hacia la puerta cerrada del sótano—. De eso me encargo yo, lo prometido es deuda. Tú solo vigila de que hace lo que le decimos.

VEINTITRÉS

LA CASA EN EL BOSQUE

MILLA

Theo se inclinó sobre Milla.

—Creo que se te ha roto un diente. ¿Es que también cómo se te ocurre agacharte detrás de la puerta?

Susi silbó entre dientes.

—Tu nariz tiene un aspecto horrible. —Se acucilló junto a Milla, la observó muy seria—. Ojalá las cosas no hubieran transcurrido así. También lo siento por los buenos viejos tiempos. Pero lo que va a pasar ahora te lo tienes más que merecido.

Milla tragó.

—Por favor, Susi, no lo hagas. Mis hijos no, Joe no.

Susi hizo una mueca horrible.

—¿Y a mí qué me importan tus críos?... Dime, ¿tú sabes a cuántas personas tienes sobre tu conciencia?

—Pero mis hijos no han hecho nada.

—¡Pero tú sí! Eres la responsable de la muerte de mis padres. Vale, lo admito, mi padre era un cabrón, pero mi madre no tenía culpa de nada. Estaba a merced de mi padre. Y lo que tú hiciste, destrozó a mi hermano. Sascha se suicidó por tu culpa. ¡No tenía ni

treinta años! Y Thomas... Lo amaba y ni siquiera pudo ir a su entierro, porque mi padre lo había encerrado en el sótano.

—Pero, Susi, ¿cómo podía saber yo que tu hermano sería capaz de algo así? Y desde luego que nunca quise que Sascha sufriera tanto.

Susi le lanzó una mirada de asco desde arriba.

—Lo hubieras pensado antes, antes de sacar esas fotos. Esas malditas fotos estaban por todas partes, todo el mundo las vio. A mi hermano con su amante gay, que resulta que era su profesor. Pero Thomas ya tenía diecisiete años, ya no era un niño cuando se lió con Sascha. Lo que había entre ellos era amor y no algo censurable. Aun así trataron a Sascha como a un delincuente, solo por ser gay y haberse enamorado de un alumno. Los dos ya habían planeado su futuro. Tan pronto Thomas cumpliera la mayoría de edad irían a vivir juntos. Mi hermano estaba esperando el momento adecuado para contarles a mis padres que le gustaban los hombres. Pero tú lo estropeaste todo con tus fotos. Fotografiaste a dos personas enamoradas y colgaste las fotos por el colegio adelante para que todo el mundo pudiera ver y repartir las fotos de su amor. Los dejaste al descubierto. Antes de que pudieran profesar su amor, convertiste ese sentimiento en algo feo. Mi padre estaba tan furioso que denunció a Sascha por tener sexo en público con un alumno. Y después de eso trataba a mi hermano como a un apestoso.

Milla notó que Susi se estaba enfureciendo cada vez más y contaba con lo peor. Pero entonces vio por el rabillo del ojo que la otra dejaba el bate a un lado y se sentaba en la postura del loto a su lado. Pensó desesperada en cómo poder calmar a Susi, pero no se le ocurrió otra cosa que dejarla hablar.

—Sascha perdió el trabajo y no solo eso: jamás volverían a contratarlo como profesor en ningún colegio —prosiguió Susi su monólogo—. Toda la carrera, el esfuerzo, las horas de estudio, las buenas notas, los trabajitos para ganar algo de dinero extra y poder seguir a flote – todo para nada. ¡Y solo por tu culpa! Por culpa de tu broma asquerosa lo perdió todo. ¡Destrozaste su vida!

»Ya no había futuro para Sascha, ninguna esperanza, no le quedaba nada. Por eso se sentó al volante y estrelló el coche contra

un árbol.

»A mi hermano le rompió el corazón, ¿lo entiendes? Nunca antes había tenido un novio, nunca antes había amado a alguien tanto como a Sascha. Y los idiotas de sus amigos tampoco fueron de ayuda. Al contrario... —casi le escupió—. Cuando se enteraron de que era gay y lo que hacía con su profesor, no pararon de meterse con él, de burlarse de él. Lo dejaron tirado como a un perro. Y papá, el único que podría haberlo apoyado, también se puso en su contra. Thomas quedó completamente aislado, ya no le quedaba nadie.

—Yo solo tenía quince años, Susi —Milla intentó hacerla entrar en razón—. No tenía ni idea de las consecuencias que tendría mi broma.

—¿Por qué tuviste que hacerlo, maldita sea? ¡Dímelo!

—Estaba enamorada de Sascha —soltó Milla desesperada—. Y cuando lo vi con Thomas, me destrozó. Tenía celos de tu hermano. Yo creía que yo también le gustaba a Sascha porque siempre estaba tonteando conmigo.

—Venga ya, ahí la tenemos de nuevo, la Milla que cree que todos los hombres van a caer rendidos a sus pies. Pues mira, con Sascha te equivocaste. Obviamente, no iba a mandarte a la mierda descaradamente cuando lo mirabas con cara de alumna embobada. Le daba mucho miedo salir del armario porque por aquel entonces, y todavía hoy, había mucha gente que juzgaba a los demás en base a su orientación sexual. Sascha no quería que sus alumnos ni los demás profesores lo miraran con otros ojos solo por preferir a los hombres. Además, es un asunto privado. ¿Por qué iba a salir del armario precisamente contigo? ¿Solo para que unas estúpidas como tú no fantasearan y se montaran películas?

Milla tragó para combatir las lágrimas.

—Si pudiera, desharía lo que hice, pero no puedo. Por favor, Susi, créeme cuando te digo que lo siento muchísimo. Cargo con esa culpa desde hace años. Que por culpa mía murieran tantas personas es algo que me sigue persiguiendo en sueños.

—Sí, sí. Déjate de lloriqueos. Ya es demasiado tarde para eso.

Susi se giró hacia Theo.

—He acabado con ella. Te toca a ti.

El marido de Susi se acercó, se acucilló junto a Milla.

—Una de las víctimas era mi madrastra, por cierto. ¿Lo sabías?

Milla negó consternada.

—Era la directora sustituta del colegio y la responsable de que echaran a Sascha. Yo solo tenía trece años y a mi padre se le vino el mundo encima. Tras mi madre, era la segunda mujer que perdía. Le llevó solo dos años morir de borracheras y a mí me mandaron al continente a vivir con unos familiares.

»Durante años sufrí por haber perdido a mis padres y mi hogar tan pronto.

»Odiaba a Thomas por eso, enfermó, caí en depresiones, me internaron en una clínica. Allí conocí a Susi y cuando me enteré de que era la hermana del causante de la muerte de mi familia, me entraron ganas de matarla. Tanto odio llevaba dentro.

»Años más tarde apareció Susi ante mi puerta. Al principio pensé que estaba chiflada por presentarse allí, pero luego me contó las razones de por qué Thomas había reaccionado así. Me contó que habías sido tú quien había hecho aquellas fotos funestas y que eras la culpable de que todo hubiera salido de madre. Aquel encuentro selló nuestro destino, el de Susi y el mío.

»A partir de ese momento empezamos a planear cómo hacerte pagar por todo.

Milla miró primero a uno, luego a la otra.

—¿Entonces no estáis casados? ¿Solo os habéis juntado para vengaros? ¿De mí?

Susi se rio.

—No estamos casados, no. Pero con el tiempo nos hemos convertido en pareja porque nuestro pasado común nos ha unido. Al menos salió algo bueno de toda aquella mierda. —Resopló—. Así que, hubiese sido mejor que no le hubieras enseñado a Fabienne tu obra de arte. Fue idea suya colgar las fotos reveladoras por todo el colegio. Ya sé que tu idea solo era mandarlas a dirección para que echaran a Sascha. Pero no contaste con tu querida amiga.

Milla tragó.

—Así fue como te enteraste.

—Sí. La muy boba se lo contó a su ex. Me topé con él por casualidad cuando volvió a la isla. Estaba borracho como una cuba y lo contó todo.

—¿Y qué pasa con Rene y Jannik? Ambos muertos. Supongo que eso tampoco fueron accidentes. ¿Me equivoco? ¿También planeasteis y escenificasteis sus muertes?

Susi soltó una risa despectiva.

—Mira tú por dónde. Por fin lo pillas. Sí, Theo me ayudó a administrarles el castigo que se merecían. Esos cerdos eran amigos de mi hermano desde parvulario y le hicieron la vida imposible solo por ser homosexual. La intención de Thomas era matarlos él mismo, pero esos estúpidos de mierda no fueron aquel día al colegio, como recordarás.

Todo le daba vueltas en la cabeza. De algún modo tenía que conseguir que dejaran libres al menos a Joe y a los niños, si es que su marido había sobrevivido al golpe del bate de beisbol...

—Repito, Susi, entiendo lo herida y furiosa que te sientes —volvió a intentarlo—, pero Josie y Lenny no tienen nada que ver con lo que hice ni con quién soy. Creo que Thomas no querría que les hicieras daño. —Milla era consciente de que introducir al hermano de Susi en la ecuación era jugar con fuego, pero no se le ocurrió nada mejor—. ¡Por favor, no les hagas nada! —le rogó a su vieja amiga.

Pero en la mirada de Susi no había rastro de compasión. Cogió impulso y le dio una patada fuerte en la cadera.

Milla gritó, se encogió de dolor, se giró hacia Theo, esperando encontrar en él más piedad.

—Por favor, Theo, los niños no —emitió con la voz ahogada por el dolor—. Recuerda cómo te sentiste tú cuando ya no tenías a nadie. No dejes que mis niños paguen por algo que hice yo.

Theo alzó las cejas, le echó un vistazo a Susi.

—¿Qué opinas? ¿Hay algo que Milla pueda hacer por nosotros para que dejemos en paz a sus hijos?

—Deja que piense... —Susi balanceó la cabeza, miró a Milla—. Sí, creo que hay algo. Vas a redactar una carta de despedida. En ella vas a reconocer lo que hiciste entonces y lo que has hecho hoy.

—¿Hoy? —consiguió articular Milla con voz forzada.

Susi asintió con la cabeza, la miró fijamente a través de ojos entrecerrados.

—Has matado a Fabienne. Y a tu marido.

—Eso no se lo va a creer nadie —soltó Milla—. ¿Por qué iba yo a matar a Joe?

—Porque ya no aguantaste más y le contaste lo que hiciste en el pasado. Se lo dijiste a Joe y él te condenó por ello. Te pidió el divorcio y te amenazó con quitarte a los niños. Tú no podías permitir eso. Y a Fabienne la has matado porque había sido idea suya lo de colgar las fotos en el colegio.

—¿Está... muerta? —preguntó Milla con voz temblorosa.

Susanne asintió.

—Lo hice poco antes de que llegara. La idea no era que la espichara tan pronto. Es más, la intención era que fuera muriéndose muy lentamente y con mucho dolor y sufrimiento. Noah estaba presente cuando le di el primer golpecito, al que sobrevivió. Con eso pudimos presionarlo a que colaborara en nuestro juego. Le hicimos creer que su madre se recuperaría si le hacíamos las curas.

—Pero no lo hicisteis.

—No. La rematé después de que Theo hubo sacado al niño de allí y lo hubo intimidado lo suficiente para que hiciera todo lo que queríamos. Por cierto, no te hagas falsas esperanzas. Noah seguirá mintiendo por nosotros, para que al menos no les hagamos nada a su padre ni a su hermana.

—¿Qué le estáis exigiendo al pobre niño?

—Bah, nada especial. Solo tiene que identificarte como la autora. Vamos a decirle que él y su familia también morirán si a la policía le da por buscarnos a Theo y a mí.

—Eso no vais a conseguirlo con mis hijos. ¡Ellos no van a mentir por vosotros! Les van a contar a la policía que yo jamás... —Milla se detuvo de repente, al percatarse de que había cometido un error horrible. Susi y su amigo estaban completamente locos y decirles a dos desequilibrados que su plan no era perfecto era una estupidez. Cerró los ojos. Se mordería la lengua si pudiera.

Observó la manera en la que Susi miró a Theo, quien asintió lentamente con la cabeza.

—Pues entonces —soltó Susi—, hasta aquí la historia de vuestros hijos estupendos. —Alzó los hombros como si lo sintiera—. Lo único que aún puedes hacer es redactar esa carta. Vas a escribir que aparte de a tu vieja amiga del colegio y a tu marido también mataste a tus propios hijos. Perdiste la cabeza, se te fue de las manos.

A Milla le entraron arcadas. Lanzó una oración muda al cielo.

De repente oyeron unos gemidos sonoros procedentes de arriba.

—¡Joe! —gritó ella con todas sus fuerzas, aunque dudaba seriamente de que en su estado, con aquellas lesiones, su marido fuera capaz de enfrentarse a Theo y a Susi.

Una sacudida recorrió su cuerpo. Tenía que hacer algo, aportar su parte para salvarse.

Pensó desesperadamente una posible secuencia de movimientos. Quería ponerse en pie y lesionar al menos a uno de ellos de alguna manera. Pero no pudo ni levantarse. Susi le clavó de inmediato el bate de beisbol en el pecho. Luego, con la otra mano, sacó un arma escondida en la cintura del pantalón, la apuntó con ella.

—Vigíla —le ordenó Theo—. Será mejor que vaya a mirar qué tal está mi colega. —Desapareció.

—Levántate muy despacito —le ordenó Susi—. Vamos a ponerle fin a esto ahora mismo. Y no olvides quién tiene el arma en la mano. Así que venga, arriba, sube delante mía las escaleras, muy despacio, y ve a la cocina. Una vez allí vas a sentarte a la mesa como una niña buena y vas a escribir tu última carta. Si haces lo que te digo, dejaré que tus hijos se despierten tranquilamente. Pero si haces el tonto, Joe tendrá que pagar las consecuencias, y luego Josie y Lenny. Y no voy a ser muy amable con ellos.

Milla notó el sabor de la bilis en la boca. Tragó. Luego hizo lo que Susi le ordenó, subió las escaleras peldaño a peldaño.

Cuando por fin lo hubo conseguido y llegó al pasillo, vio a Theo doblado sobre Joe clavándole la punta de un cuchillo en la garganta.

Su mirada se cruzó con la de su marido.

Había tanto que quería decirle: que sentía muchísimo lo que le estaban haciendo; lo mucho que sentía ya no ver crecer a sus hijos... que daría su propia vida a cambio de la de todos ellos.

Pero no consiguió articular ni una sola palabra.

Pasó junto a Joe sin decir nada, sintiendo el arma de Susanne apoyada en su espalda, registró que a cada metro que se acercaba a la mesa de la cocina, iba perdiendo un poco más de esperanza.

Se había acabado. Ya no había manera de darle la vuelta a la tortilla.

Joe tenía la cara destrozada e incluso ileso no era capaz de matar ni una mosca. Era abogado, no un matón con la astucia suficiente de acabar con sus torturadores.

Las personas como Joe eran demasiado buenas para este mundo.

Consciente de su derrota se sentó a la mesa.

Tras unos segundos de silencio, notó el arma apoyada en la sien.

—¡Escribe o Theo le cortará los huevos a tu marido! Y luego será el turno de los niños...

Milla cogió el bolígrafo con dedos temblorosos, empezó a escribir.

Cuando hubo terminado, le pasó la hoja a Susanne.

—¿Y ahora qué? —soltó, sorprendida al oír el tono monótono de su propia voz. Había dejado de ser ella misma.

—Salgamos. Vas a acabar con esto ahí fuera.

Milla la precedió, de nuevo con el arma pegada a su espalda, salió al exterior.

Ya frente a Susi, delante de la casa, sobre el suelo de arena y grava, se encogió de hombros.

—¿A qué esperas? ¡Dispara!

Susi se rio.

—¿Me tomas por tonta? —Sacó una navaja del bolsillo del pantalón, se la lanzó a los pies—. Vas a degollarte tú solita. Es cosa rápida. O puedes cortarte las venas. Tú decides... Eso sí, como se te ocurra hacer alguna tontería, te pego un tiro en la cabeza, lo que será la señal para Theo para que se deje de florituras con Joe y tus hijos.

Milla asintió, se dobló, abrió la navaja.

—Por cierto, esa navaja era de mi hermano —dijo Susi con voz áspera. Luego alzó los ojos al cielo estrellado, sonrió—. Siento que

hoy es un día muy especial para él, está de fiesta allá arriba. ¡Qué orgulloso estaría de mí!

Milla miró a Susi, negó con la cabeza.

—Conocí a tu hermano y sé que él jamás habría querido nada de esto. No cuando está en juego la vida de niños inocentes.

La expresión de Susi cambió.

—¡No digas que conocías a mi hermano! ¡Yo soy la única que realmente sabe lo que hubiera querido! ¡Y yo digo que hubiera querido justo esto!

Empezó a hacer aspavientos con la pistola en la mano. Por un instante Milla temió que pudiera dispararse, lo que sería la perdición de Joe.

—Tienes razón, por supuesto —dijo rápidamente—. Yo apenas tenía trato con él, al contrario que tú.

Susanne asintió, bajó el arma.

—Ni siquiera nuestros padres lo conocían. Era un ser humano con sentimientos. Y todos vosotros lo convertisteis en un monstruo. Y ese monstruo fue quien lo mató al final.

Milla agarró el cuchillo con todas sus fuerzas. Por un instante barajó la idea de lanzarse sobre Susanne y reducirla. Pero aunque lo lograra, seguía estando Theo.

Daba igual las vueltas que le diera, no parecía haber salida posible.

Al final apoyó el cuchillo en el brazo izquierdo, empezó a cortar.

Se encogió de dolor. Emanaba de su brazo y parecía salir disparado a cada fibra de su cuerpo.

De repente un grito...

Fuerte, lleno de dolor, animalesco.

El grito de un depredador pensó Milla.

—Vaya, parece que tu Joe no se ha portado tan bien como tú. Theo habrá tenido que disciplinarlo. —Susi esbozó una sonrisa malvada—. O sea, que ahora la cuestión solo son tus hijos. Pórtate bien y te aseguro que no tendrán que sufrir. No como el de ahí de dentro.

Milla, que ya tenía unos cortes de unos veinte centímetros en su brazo izquierdo, gimió cuando la asaltó una fuerte oleada de mareo.

—Ahora el derecho.

Pasó el cuchillo a la mano izquierda, pero los cortes debían de ser demasiado profundos porque no consiguió sostenerlo entre los dedos. Se le escurrió, cayó al suelo.

Susi la observó detenidamente, asintió satisfecha.

—Supongo que tendremos que apañarnos con un solo brazo. Llevará unos minutos más. —Echó la cabeza hacia atrás, parecía plenamente satisfecha.

A Milla le empezaron a fallar los sentidos, pero aún distinguió el contorno de un hombre saliendo de la casa. Llevaba un bate en la mano, pero no le pareció para nada amenazante.

Cuando registró a través de la niebla espesa de su cerebro que no era Theo el que se abalanzaba sobre ella, sino Joe, se obligó a poner cara de miedo, a pesar de su euforia.

—¿Cómo lo has hecho, cariño? —preguntó Susi muy segura de la victoria, sin girarse.

—Le he rasgado la carótida en dos a base de un mordisco —soltó Joe. La voz le temblaba de rabia. En ese momento descargó con toda su fuerza el bate sobre la cabeza de Susi.

Milla llegó a registrar cómo a Susi le salían los ojos de las órbitas y caía de rodillas.

Esbozó una sonrisa, miró a Joe, cuya imagen se borró ante sus ojos.

—Sí que eres un depredador —dijo con las últimas fuerzas que le quedaban. Luego todo se volvió negro.

EPILOGUE

DOS DÍAS DESPUÉS...

—No se asuste, por favor —la avisó la enfermera amablemente y señaló en dirección a la puerta—. Parece peor de lo que es.

Milla asintió débil.

—¡Pase! —dijo la enfermera alzando algo la voz.

La puerta se abrió y entró Joe, sentado en una silla de ruedas y empujado por un cuidador que lo dejó junto a su cama. Lo cierto era que estaba hecho un cromo. Sin embargo, le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, si es que a aquello podía llamársele sonrisa.

Llevaba un vendaje aparatoso en la nariz, igual que ella. Pero a diferencia de ella, también tenía los labios hinchados, al igual que un lado de la cara que, además, lucía una amplia gama de tonos azul y violeta.

A Milla se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Cariño —emitió Joe con voz algo gangosa e imprecisa—. Estoy bien. La nariz se ha ido al garete, pero ya se arreglará. Y el resto de mí también volverá a ser como antes. Llevará su tiempo, pero los médicos dicen poder con ello.

Aún moqueando y luchando contra las lágrimas, Milla extendió los brazos. Joe entendió, se acercó en la silla más a la cama para que ella pudiera tocarle. Se incorporó en la silla todo lo que pudo, la abrazó, la miró a los ojos.

Ella intentó abrir la boca, decirle todo lo que la estaba consumiendo por dentro.

Pero él negó con la cabeza.

—Déjalo estar, cariño. No fue culpa tuya. —Su voz sonó severa, parecía no estar dispuesto a tolerar que lo contradijera.

Ella se calló, miró a la enfermera.

—¿Puedo quedarme un momento a solas con mi marido?

La mujer asintió. Luego se retiró discretamente.

Cuando se hubo cerrado la puerta tras la enfermera, Milla agarró la mano de Joe y se la apretó.

—¡Gracias!

—¿Por?

—¡Por habernos salvado la vida!

Él asintió serio.

—Cualquier hombre lo hubiera hecho por su familia. Además, conté con ayuda.

A ella se le abrió la boca por la sorpresa.

—¿De quién?

—De Noah.

—¿Qué hizo?

—Arriesgó su vida y la de su familia para ayudarnos.

—¿Cómo? Si estaba encerrado.

—Se coló por la ventana de su habitación hacia fuera. Se escondió, lo escuchó todo. Lo de la sangre en el sótano, la muerte de Fabienne. Tuvo que presentir qué pretendían realmente esos dos. Que ninguno de nosotros podría quedar con vida. Y cuando Theo se arrodilló y se dobló sobre mí, Noah cogió el bate y lo distrajo por un segundo. Supe que era la única oportunidad que tendría y la aproveché.

Milla lo seguía mirando con la boca abierta.

—¿En serio le metiste un bocado en el cuello?

—Sí. Le mordí todo lo fuerte que pude con mi cara rota. No tenía otra alternativa, tenía que sacármelo de encima como fuera. Cuando se agarró al cuello, le saqué el cuchillo y rematé la faena.

—O sea, está muerto.

Joe asintió con la cabeza.

—¿Y Susi?

—Tiene traumatismo craneal y está en coma. Nadie sabe si despertará alguna vez. ¡Esos dos gilipollas se metieron con las familias equivocadas!

—¿Cómo están los niños?

Joe sonrió.

—Los dos están bien.

—¿Y la familia de Noah?

Joe hizo una mueca.

—Fabienne, la madre de Noah, está efectivamente muerta. Susi y Theo la apuñalaron y hundieron en el lago. La policía está ahora mismo haciéndole la autopsia al cuerpo.

De nuevo volvieron a llenársele los ojos de lágrimas a Milla, pero Joe le cogió de inmediato la mano y se la apretó suavemente.

—¡No fuiste tú quien la mató, sino Susi!

—Por todo lo que hice yo en el pasado.

—No eras más que una cría, cariño. Susi, sin embargo, tiene 35 años y lleva planeando esto desde hace mucho. Ella y Theo te localizaron, investigaron a nuestra familia y así fue como descubrieron que me encanta pescar. Theo, bajo otro nombre, fue quien me habló a través de Facebook de aquel foro en internet. Así fue como él y Susi nos tendieron la trampa.

—¿Qué pasa con el resto de la familia de Noah?

—Su hermana y su padre están bien... Susi y Theo los atiborraron a medicamentos para tenerlos bajo control. Los encontraron en un estado lamentable. La niña era la que peor estaba. Los medicamentos eran demasiado fuertes para ella. Pero ha superado lo peor y ya se encuentra mejor.

Milla cerró los ojos.

—Pobres. Tener que crecer sin una madre es horrible.

Joe asintió, también estaba triste.

—¿Y Noah? ¿Cómo está Noah?

Joe sonrió.

—Podrás preguntárselo tú misma. Está fuera en el pasillo con nuestros hijos. Como su padre aún tiene que quedar ingresado, me

he ofrecido a ocuparme de él. Al fin y al cabo, es nuestro pequeño héroe...

—Me gustaría asistir al entierro de Fabienne. Le debo al menos eso.

Joe le dirigió una mirada penetrante.

—No le debes nada a nadie, Milla. Pero respeto que quieras acompañarla en ese último viaje.

—Entonces, ¿no te importa si nos quedamos un poco más? También quiero hablar personalmente con las familias de Jannik y Rene, decirles que su muerte no fue ningún accidente.

Joe inspiró hondo.

—Casi se me olvida. —Dejó una tarjeta de visita sobre la cama—. Es el número de una agente de policía. Dice que os conocéis de antes y es quien lleva el caso. Deberías llamarla cuando te sientas con fuerzas.

Milla cogió la tarjeta, leyó el nombre, suspiró aliviada.

—¿Una antigua amiga del colegio?

Ella negó con la cabeza.

—Ni amiga ni enemiga. Estábamos a pocas mesas de distancia y pasábamos literalmente la una de la otra.

—Eso suena bastante bien, diría yo.

Ella asintió. De momento no le apetecía lo más mínimo volver a ver a una supuesta *buena amiga*.

—¿Se lo has dicho a los niños?

—¿A qué te refieres?

Ella lo miró.

—¡A todo esto, Joe! Por qué pasó. Considero que deberían saberlo.

Él la miró y por primera vez no supo interpretar la expresión de su marido.

—¿Quieres contarles todo?

Ella asintió.

—Y a la familia de Noah también.

—¿Por qué?

Ella tragó, miró a Joe, luego a la puerta, sonrió.

—Nos han regalado una nueva vida, a todos. Una segunda oportunidad, gracias a un niño increíblemente valiente que hace tan solo unos días perdió a su madre. Cada vez que pienso que me parecía un niño complicado, me muero de la vergüenza.

Joe asintió.

—Josie me dijo lo mismo hace un rato.

Milla tragó para deshacer el nudo de la garganta.

—Estamos aquí solo gracias a Noah. Él nos salvó. No deberíamos aceptar este valioso regalo partiendo de más mentiras y secretos.

Joe reflexionó unos segundos, luego asintió con la cabeza.

—¿Cuándo quieres hacerlo?

Ella intentó encontrar la respuesta en su interior, se encogió de hombros.

—¿Qué te parece ahora mismo?

FIN

ACKNOWLEDGMENTS

A mi grandísima diseñadora de portada Kristin Pang por su obra tan hermosa.

A mi editora Inca Vogt y a mi correctora Ilka Bredemeier. Una vez más habéis hecho un gran trabajo. Gracias por este maravilloso trabajo en equipo.

A Inca Vogt por el precioso diseño interior que les da a mis libros.

A mi traductora Eva Trillo Caramés por el gran trabajo de traducción y la corrección que ha hecho para la versión española. ¡Espero seguir por mucho tiempo más con esta fructífera colaboración!

A todos los lectores y compañeros que me ayudaron a escoger una portada y que me apoyaron con esos problemillas que siempre surgen.

A vosotros los blogueros por todo lo que hacéis por nosotros los escritores. Valoro muchísimo vuestro trabajo y vuestros esfuerzos: ¡Muchas gracias!

A mis compañeros que están siempre dispuestos a escuchar y a tenderme una mano cuando se trata de preparar la contraportada, una labor que no me entusiasma demasiado.

Quiero dedicarle otro gracias especial a Inca Vogt, la cual no se encarga solo de la maquetación, sino que también repasa con ojo avizor el texto al completo, descubriendo siempre algún que otro descuido.

A mi hijo, que, aunque no lee mis libros, comprende que me encierre durante días en el despacho y que esté insoportable como... (no se me ocurre ningún símil de lo insoportable que me pongo a veces).

Y finalmente, aunque no menos importantes, mis agradecimientos a mis amigos que me levantan la moral cuando la tengo por los suelos.

Cualquier error cometido a la hora de investigar a mis protagonistas es única y exclusivamente responsabilidad mía o producto de mi fantasía desbocada. Por lo demás, en esta novela también me he tomado algunas licencias artísticas, como siempre – y que, por supuesto, no pienso revelar.

Podéis mandarme vuestras sugerencias o comentarios a:

autorin@daniela-arnold.com